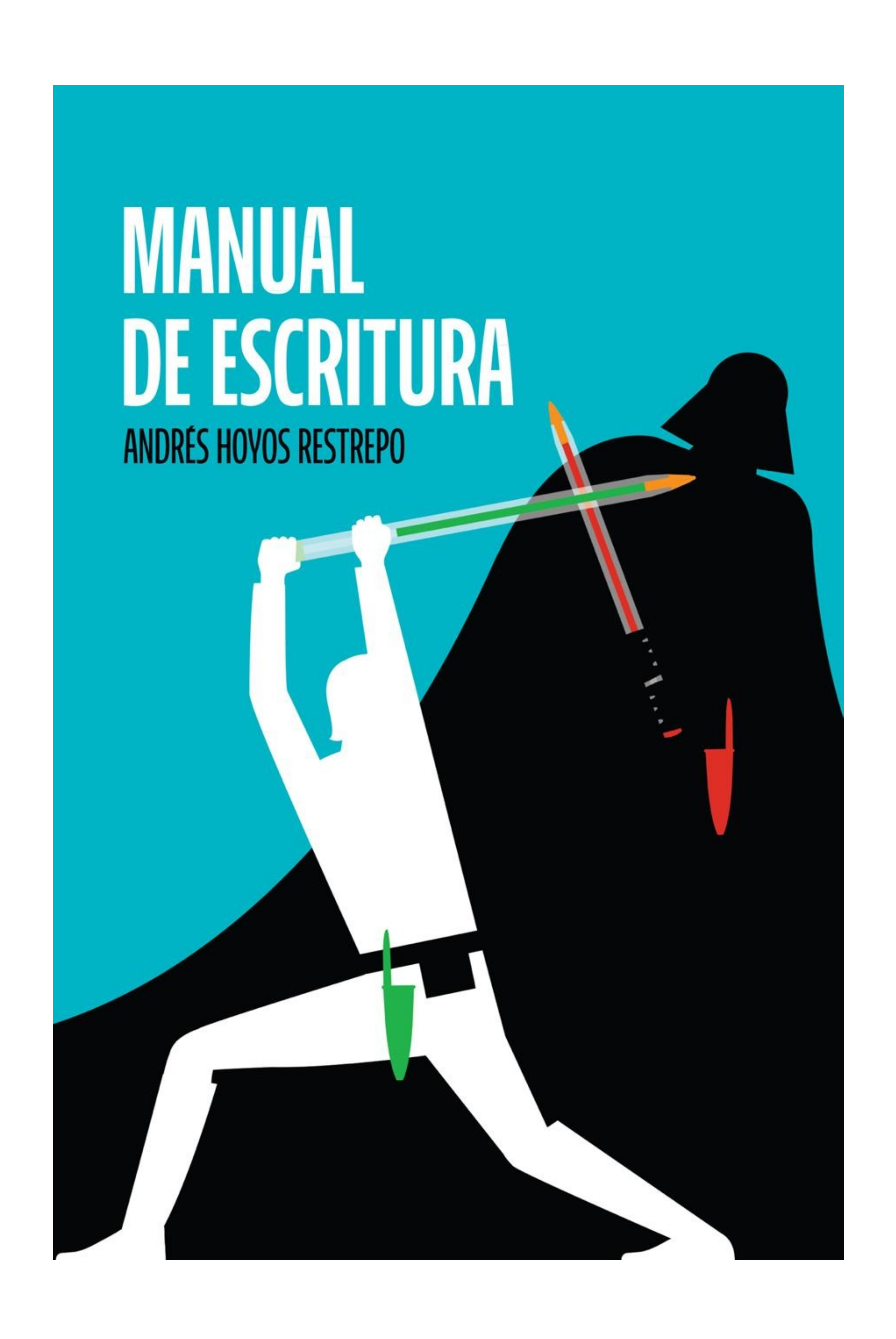
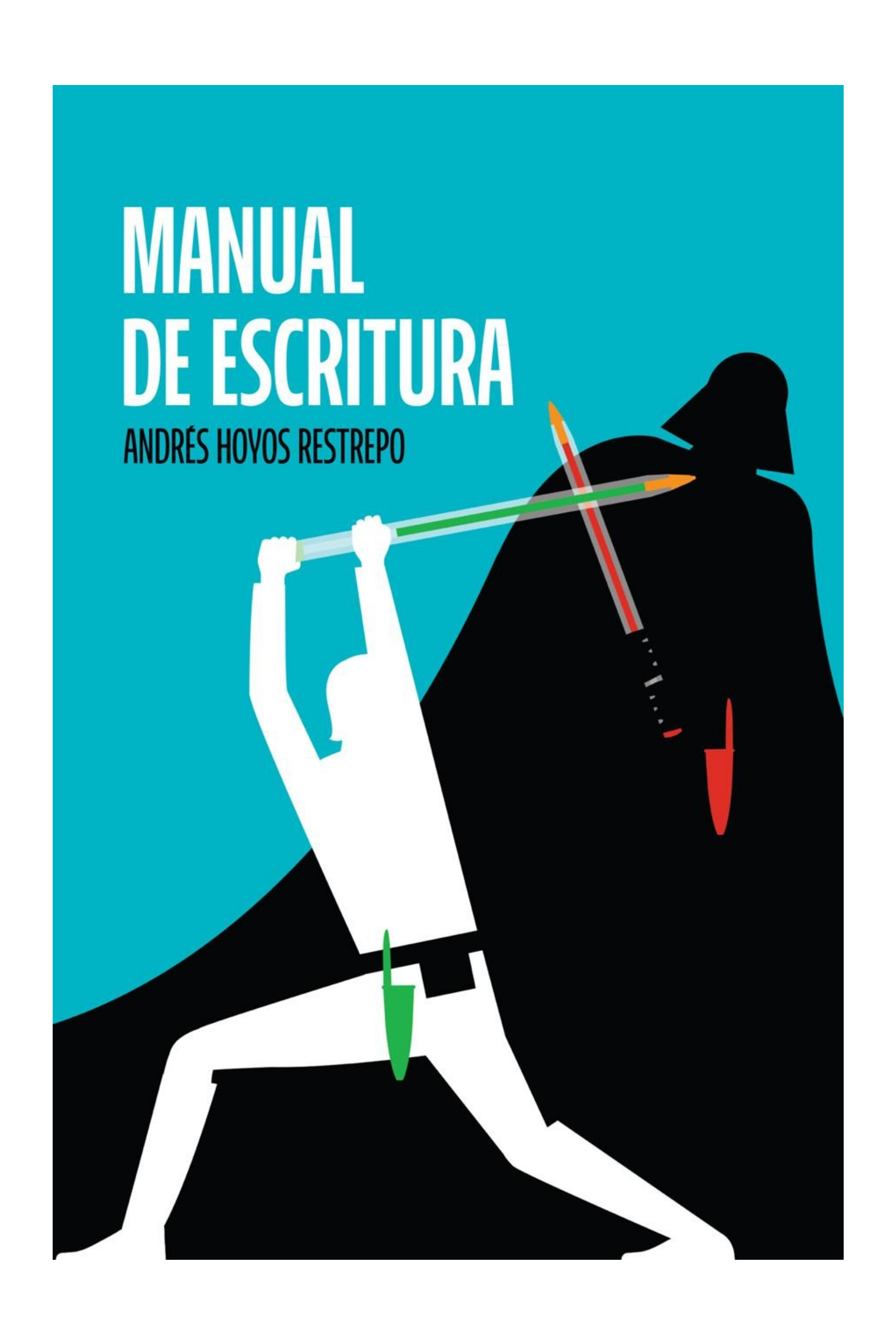

MANUAL
DE ESCRITURA
ANDRÉS HOYOS RESTREPO


MANUAL
DE ESCRITURA
ANDRÉS HOYOS RESTREPO

MANUAL DE ESCRITURA

ANDRÉS HOYOS RESTREPO



libros m malpensante

MANUAL DE ESCRITURA

Séptima impresión, marzo de 2020

Diseño de cubierta

George Anderson Lozano y Ángel Unfried

Ilustración de cubierta

© Neil Webb

Diagramación

Vicky Mora

Apoyo en investigación

María José Montoya

Apoyo en edición

Adriana Gómez

Asistencia editorial

Daniela Espitia y Karim Ganem Maloof

Producción libro electrónico

eLibros Editorial

Impreso en Bogotá por Delfín S.A.S.

ISBN 978-958-58942-1-1 (impreso)

ISBN 978-958-53861-1-2 (epub)

LIBROS MALPENSANTE

Fundadores

Andrés Hoyos Restrepo y Rocio Arias Hofman

Dirección editorial

Andrés Hoyos

Editor

Karim Ganem Maloof

Dirección ejecutiva

Diana Castro Benetti

Tel. +51 (1) 320 0120

Calle 35 N. 14-27

Bogotá, Colombia

www.elmalpensante.com

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

Escribir es un acto de fe, no un ejercicio gramatical”.

E. B. WHITE

PARA QUIEN NO TIENE LA HABILIDAD , escribir puede ser doloroso y frustrante; quien aprende a hacerlo lo hallará estimulante y divertido.

La escritura ha dado lugar a mil clichés: que es un don divino, que no hay modo de enseñarla, que el escritor nace y no se hace. Pues bien, debemos darle al lector que empieza a acompañarnos en estas páginas una noticia buena y una mala. La mala es que las probabilidades de que llegue a escribir con la potencia y la calidad que se requieren para volverse famoso, sin hablar de ganarse el Premio Nobel de Literatura, son estadísticamente muy bajas, como lo son para que un joven aficionado al fútbol llegue a integrar la selección nacional de su país. El futuro autor de mérito y el futuro crack del balón necesitarán todo el talento que recibieron en la cuna, toda la dedicación que les aporte una recia personalidad y todas las enseñanzas y consejos que vayan acumulando a lo largo de los años, y aun así corren el riesgo de quedarse cortos.

La buena noticia es que sin alcanzar la cumbre se puede vivir a plenitud, ir a muchas partes y pasarla bien. Aparte de que hay dignidad en el intento de escalar una montaña sin coronarla, aprender a escribir es en extremo útil para una gran cantidad de empeños en la vida. Está demostrado, además, que la escritura es enseñable, pese a que no todo el mundo aprende igual ni tiene las mismas necesidades. De hecho, hubo un tiempo en que el futuro Premio Nobel de Literatura no sabía redactar y otro en que el futuro goleador de la Copa Mundial no había pateado el primer balón. También es seguro que alguien los inició a ambos en los rudimentos de la actividad que después los llenaría de gloria. Los tiempos de Tarzán, el autodidacta absoluto de la ficción de Edgar Rice

Burroughs, pasaron hace mucho.

Existen dos prerrequisitos a la hora de sentarse a escribir: hay que apreciar la lectura adquiriendo en ella habilidades por lo menos medianas y hay que tener ganas. El resto corre por cuenta de un modelo pedagógico adecuado y de un buen manual de acompañamiento, como ojalá lo sea este.

A veces es preciso aclarar desde el principio lo que uno no quiere hacer, para evitar engaños. La idea de este libro no es ayudarle a usted a convertirse en un escritor frío y correcto. Escribir bien y escribir “correctamente” son dos cosas distintas. Si lo que desea es esquivar los errores que los ubicuos cazadores de gazapos persiguen con fruición cruel, este libro tal vez podrá aportarle detalles y guiarlo en cuestiones mecánicas, aunque habrá fracasado en su propósito básico: abrirle las puertas a una relación afectuosa, incluso sentimental, con la escritura. Cuando alguien escribe, el lado racional de la mente participa y tiene que participar, pero si el corazón no se involucra, la comunicación obtenida será limitada.

Cabe anticipar otra buena noticia: así como no es necesario volverse un mecánico experto para manejar un automóvil, tampoco es necesario ser un gramático erudito para escribir bien. Con rudimentos sólidos, oído y buenos hábitos bastará. De hecho, enmarcar el aprendizaje de la escritura en un esquema punitivo de reglas gramaticales y sintácticas inviolables es mala idea y puede conducir al mutismo. Nadie quiere tener un sirirí revoloteándole encima todo el tiempo. Las reglas, que son necesarias hasta cierto punto, deben irse domesticando en forma desenfadada. Solo dos premisas son de rigor: tener algo que decir y decirlo con gracia y elocuencia. Aunque nosotros mencionaremos aquí lo primero, haremos énfasis en lo segundo.

La escritura tiende a variar con la personalidad y la ocupación de quien escribe. Según eso, son numerosos los tipos de escritura a los que usted podrá aficionarse con el tiempo. Ninguno está prohibido en los códigos. Aquí, sin embargo, abogaremos por la escritura general, útil como base para las demás, y por el idioma llano, lo que no significa insípido.

Este libro no aspira a cubrir la totalidad del tema. Claro que no. Para ello habría que sumarle varios volúmenes y aun así quedaría muchísimo por fuera. Sucede que la enseñanza de escritura creativa ha corrido con fortuna en los últimos tiempos, sobre todo en el mundo anglosajón, hasta el punto de que hoy es

posible obtener un PhD en la materia. Allá usted si quiere acumular títulos o incurrir en excesos académicos; lo nuestro es identificar los obstáculos comunes que impiden que personas de otro modo agudas se expresen de forma ingeniosa e interesante. Eso por el lado negativo. Por el lado positivo, esbozaremos una serie de buenos hábitos, sacados de la larga experiencia acumulada. Removidos los principales obstáculos y establecido un régimen de buenos hábitos, usted estará listo para progresar por su cuenta, o sea, para decirnos adiós.

La mayor parte del contenido de este manual dista mucho de ser original. Para no ir tan lejos, su estructura y parte de su filosofía están basadas en The Elements of Style, un libro celebérrimo también conocido como Strunk & White, que durante generaciones ha enseñado a escribir a medio mundo en Estados Unidos. Así, cuando un pensamiento particular sea extraído de alguna fuente porque vimos que no lo podíamos decir mejor, lo entrecomillamos. Al mismo tiempo, es tal la profusión de reglas y contrarreglas que, si busca, usted encontrará y es tal el cúmulo de contradicciones que afectan a la escritura nada más en español, que nuestro aporte consistirá en organizar el material con un énfasis y un enfoque relativamente heterodoxos.

Tampoco tiene sentido exaltar la escritura más allá de sus propios límites. Pepe Sierra era un campesino antioqueño que llegó a Bogotá a comienzos del siglo XX y se hizo muy rico. Cuentan que algún día don Pepe estaba redactando un documento, quizá la escritura de una de sus muchísimas propiedades, y se lo pasó al secretario, un clásico señorito bogotano, tan al tanto de las leyes de la gramática como estrecho de peculio. En el documento don Pepe se refería a una acienda, error ortográfico que le fue señalado por el secretario. El latifundista alzó la mirada fastidiado y contestó: “Mire, joven, yo tengo veinte aciendas sin hache, ¿cuántas con hache tiene usted?”. Según quien cuente la anécdota, varían el interlocutor y el número de aciendas de don Pepe, pero no el mensaje de fondo.

Suponemos que si usted tiene este manual entre las manos es porque lo necesita o le resulta útil. Pues bien, lo dejará de necesitar (aparte de abrirlo de tarde en tarde para hacer tal cual consulta puntual) cuando sea capaz de violar la mayoría de las reglas que aquí proponemos, no solo sin que se note sino con provecho. Antes, sin embargo, le conviene dominarlas para aspirar a jugar con ellas luego. Un principio paradójico del conocimiento es que las excepciones suelen ser más interesantes que las reglas, aunque dependen de ellas para funcionar. El autor inexperto incurre en casi todas las excepciones sin saberlo; el experto escogerá

las que le atraigan. Así, estimado lector, quizá le aportemos algo en su camino para vivir también en la excepción.

Andrés Hoyos Restrepo, Bogotá, 2015

PREÁMBULO: EL ESPAÑOL,

UN IDIOMA INTERNACIONAL

EL PUNTO DE PARTIDA de un manual de escritura es el idioma, en nuestro caso, el español. En España, la cuna de este maravilloso vehículo de expresión, existe una polémica sobre el nombre, pues algunos prefieren llamarlo castellano para no herir la susceptibilidad de las otras naciones y regiones de la península. Semejante polémica resulta absurda en América Latina. Lo que hablamos los 350 millones de personas que vivimos al sur del Río Bravo y al oeste de Brasil es español, no castellano, por la simple razón de que no fuimos colonizados mayoritariamente por castellanos –que sí abundaban entre los altos dignatarios de la Colonia–, sino por gentes de toda la península: andaluces, extremeños, canarios, asturianos, murcianos, toledanos, cántabros, navarros, incluso catalanes, vascos y gallegos hispanohablantes, y me quedo corto. Todos ellos nos dejaron sus virtudes y sus vicios, además de su idioma, que ya en el nuevo continente sufrió transformaciones importantes, aunque nunca radicales. En Argentina se habló lunfardo unas pocas décadas, y en tal cual reducto de esclavos cimarrones, digamos San Basilio de Palenque en la Costa Caribe colombiana, se llegó a usar un dialecto difícil de entender, pero ambos fenómenos tuvieron corta vida.

La Real Academia Española (RAE en adelante) es, como su nombre lo indica, una institución de raigambre monárquica y peninsular. Surgió por razones ideológicas que no podemos discutir aquí y, desde un principio, ancló su ideario en la profunda desconfianza que causaban en la Corona del siglo XVIII las formas de hablar y de escribir de la gente del común. Al referirse a ellos, los académicos los llamaban "el vulgo", palabra de obvia connotación despectiva. Pasaron dos siglos y medio y subsistió, morigerada y matizada, esta desconfianza, la cual por décadas fue dirigida con particular énfasis a los latinoamericanos. Ya para los años cincuenta del siglo XX, y tras algunas escaramuzas como la que enfrentó a Borges con Américo Castro, se decía que la supervisión académica del idioma era necesaria porque este se hallaba en peligro de desintegración. Pasó otro medio siglo y la unidad del español no aparece amenazada por ninguna parte, excepción hecha de Filipinas, donde la derrota de

la Corona española en la guerra contra Estados Unidos condujo a un debilitamiento paulatino de la cultura en español. Al final, los hispanohablantes prácticamente desaparecieron del archipiélago por la fuerza mancomunada del tagalo y del inglés, las dos lenguas oficiales. También hay quien diga que la forma de hablar de los latinos de segunda y tercera generación en Estados Unidos implica una desintegración del español. La verdad, sin embargo, es que la mayoría de ellos habla spanglish, no español. Dado que con el tiempo el inglés ha disuelto en Estados Unidos el idioma de casi todos los inmigrantes, exceptuando algunos chinos e italianos, el spanglish puede interpretarse como una muestra de fortaleza, no de debilidad del español. Si en ningún país de América Latina pegaron las monarquías, no se entiende por qué deberíamos adoptar instituciones de origen monárquico.

Entrando ya en el habla concreta, el español, aparte de alguna palabra o giro que significa A en un país, B en otro y nada en un tercero, tiene una sorprendente unidad, de suerte que los neologismos y las incorrecciones son lo que los chinos llaman “un tigre de papel”, o sea, una amenaza falsa. Dos son los fenómenos que pueden destruir un idioma: un analfabetismo rampante, como el que siguió a la caída del Imperio romano y destruyó el latín en el sur de Europa durante la larga Edad Media; el segundo es el derrumbe de un régimen político, por el estilo del que sucedió en Filipinas.

Claro, si la unidad del español no está amenazada, tampoco es necesario atrincherarse para defenderla. Decía don Pedro Salinas en su ensayo “La responsabilidad del escritor” que “la lengua, como el hombre, de la que es preciosa parte, se puede y se debe gobernar”. A despecho de sus excelsas calidades poéticas, es necesario contradecir a don Pedro, porque pocos propondrían hoy que un idioma, cualquier idioma, sea gobernable. Muy al contrario, los idiomas, por su propia naturaleza multitudinaria y desbordada, son desobedientes. Muchísimas veces las “autoridades” autoerigidas de un idioma proponen una regla que les parece útil y sensata, y la regla no se sostiene, al tiempo que prospera la excepción. En este manual citaremos varios intentos fallidos que resultan instructivos. Por lo demás, el lema de la RAE, “Limpia, fija y da esplendor”, suena bien en el papel hasta que uno entiende que es imposible limpiar y fijar una lengua y que a veces lo que le da esplendor es lo cotidiano o lo vulgar.

Tomará todavía años, pero el criterio central que otorga o niega la carta de nacionalidad a una palabra en cualquier idioma es que la aprueben los hablantes,

no una junta de notables. La filología contemporánea considera justamente que el uso en sus distintas vertientes –culto, especializado o popular– es la principal norma lingüística que existe, lo que no significa que cada cual no sea libre de seguir las normas, académicas o no, que prefiera. Dicho de otro modo, estimado lector, nada impide que usted opte por un enfoque purista en materia de idioma si es el que le llena el corazón. En cuanto a nosotros, nos interesa señalar aquí que un idioma se enriquece a medida que quienes lo hablan se educan y adquieren experiencias diversas. Por definición, un profesor de posgrado hablará un idioma más rico y variado que quien no terminó el bachillerato. Ambos, sin embargo, podrán entenderse sin ningún problema en español y lo enriquecerán.

El español tiene de particular que las naciones en las que se habla como lengua nativa están dispersas. México alberga la mayor comunidad, seguido en su orden por Colombia, España y Argentina. Por cuenta de esta dispersión, el nombre del fastidio que se siente al día siguiente de beber en exceso será resaca en algunas partes, guayabo, cruda, caña, ratón, goma o chuchaqui en otras. Un fenómeno análogo se repite para multitud de palabras. ¿Conduce esto a la incomunicación? En lo más mínimo. Averiguadas las definiciones locales de aquellas palabras y expresiones que cambian de sentido apenas uno cruza la frontera o que se usan en un determinado país o región y en otros no, y acostumbrado el oído al amplísimo abanico de acentos locales, un hispanohablante se hará entender de otro sin más inconveniente que tal cual confusión divertida.

Las dispersiones de sentido que fueron surgiendo en el siglo y medio de aislamiento relativo en que vivieron España y América Latina después de las guerras de Independencia empezaron a ser derribadas por los libros, primero, y por la radio, el cine y la televisión, después. Estos cuatro medios de comunicación viajaban de país en país instruyendo a millones de lectores, radioescuchas, espectadores y televidentes. Ahora se sumaron internet y sus sucedáneos, por lo que es raro que un suramericano no entienda a qué se refieren dos mexicanos cuando platican, en vez de hablar, que no sepa que una recámara en México es lo que en otras partes se conoce como una alcoba y que una chamaca es lo mismo que una niña o una muchacha.

El diccionario más famoso del inglés americano es el Merriam- Webster, cuya versión completa agrega al título una palabra importante: se llama Third New International Dictionary. Aquí sobre todo nos concierne eso de “internacional”, pues el español, al igual que el inglés, es un idioma internacional, como no lo son, digamos, el italiano o el catalán. El español, en realidad, es uno de los

idiomas más internacionales (o menos nacionales) que existen. Esta dispersión tiene implicaciones fundamentales que influirán en lo que discutiremos aquí. Aclaremos de entrada que la internacionalidad de nuestro idioma es una de sus características más envidiables –ya querrían contar con algo parecido los italianos o los catalanes– y que por cada problema menor que causa la proliferación de nacionalidades de los hispanohablantes, surgen diez beneficios en términos de riqueza y variedad.

Aprendamos, entonces, a usar el español de manera eficaz en sus múltiples vertientes, en vez de pretender gobernarlo a las malas. Por algo decía en su momento don Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764), uno de los más lúcidos filólogos que ha dado España, que la pureza de una lengua debía de llamarse pobreza.

EL PURISMO O LA HIPERCORRECCIÓN

Para mí, el mejor idioma no es el más puro, sino el más vivo. Es decir, el más impuro”.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

“Qué tristeza, qué miseria, cuando la mayor virtud a que se aspira es la corrección gramatical”.

JORGE LUIS BORGES

Un idioma es tan hospitalario como la gente que lo habla. ¿Somos xenófobos los hispanoparlantes? Claro que no. ¿Entonces por qué la fobia a las palabras nuevas, importadas, robadas o traídas de contrabando? Tal vez sea la vieja actitud numantina de aquellos protoespañoles que prefirieron incendiar su ciudad antes que entregarla a los romanos. Pero venga de donde venga, la personalidad del español peninsular y su particular historia internacional han dado lugar a un subproducto ya esbozado atrás: el purismo o la hipercorrección. Puristas hay en todos los idiomas y están en su derecho de utilizar y defender un enfoque restrictivo, como también decíamos. Para nosotros, sin embargo, el idioma hipercorrecto no conduce a una escritura sápida y expresiva. Hay excepciones, quizá la más significativa de las cuales sea Fernando Vallejo, quien opina que la RAE es un organismo sin espina dorsal que ha dejado colar cualquier cantidad

de expresiones espurias al idioma. En contraste con él, otros pensamos que la así llamada escritura correcta constituye un lastre. Por cuenta de lo que, según los académicos, está mal o bien dicho, gran cantidad de gente ha llegado a odiar el idioma. ¿Por qué? Porque los que se saben las reglas que modera, corrige y hasta olvida la RAE con frecuencia suelen ir por el mundo exhibiendo una superioridad moral, detrás de la cual hay un complejo de inferioridad que más o menos dice: pobres nosotros, pobre español, miren cómo nos asedian, miren cómo nos vapulean, cómo nos transforman, cómo nos enriquecen estos forasteros ignaros.

Igual no nos vamos a querellar contra quien adopta una normativa discreta. De ahí que a lo largo del libro señalemos algunas reglas que siguen los puristas, aclarando que no son las que seguimos nosotros. El lector hará bien en detectar el uso contemporáneo por la vía de la lectura. Cuando una palabra ingresa al idioma, lo normal es que halle su lugar en alguna vertiente. Podrá asentarse en el uso vulgar, en el uso culto o en el uso especializado. Muchas palabras llegan para quedarse; otras solo están de vacaciones.

La gramática y la sintaxis son convenciones recogidas con paciencia tras analizar el uso de los idiomas. Ambas tienen la aspiración plausible de establecer un acuerdo de comprensión entre hablantes, lectores y escritores. Estos acuerdos son cambiantes, flexibles, caprichosos y exigentes a la vez. Como usuario del idioma que los gramáticos sistematizan, el prosista básico sacará provecho si va adquiriendo nociones sólidas en ambas disciplinas, aunque conviene insistir en que es contraproducente obsesionarse con la corrección. No sabemos que hayan fusilado a nadie por el uso de un que galicado. El problema con el enfoque del gramático típico es que se parece al del forense, cuando no al del taxidermista. Examina el texto como un cadáver, en tanto a otros nos interesa saber por qué está vivo, no de qué murió.

Quizá sirva de consuelo que ha habido grandes escritores que incurren en el pecado de la impureza. Por ejemplo, la prosa del peruano Julio Ramón Ribeyro, quien vivió la mayor parte de su vida adulta en Francia, introduce frecuentes galicismos que tienen incluso un efecto vivificador. A ningún editor sensato se la ha ocurrido corregirlos. En síntesis, este manual es partidario de un enfoque liberal. Cuando sea necesario matizar, pondremos algún comentario sobre el uso purista versus el uso tolerante. Se utilizarán las palabras incorrecto o error solo cuando no exista mayor discusión sobre lo equivocado de un uso. De resto, acudiremos a deficiente o inconveniente versus mejor o preferible, o expresiones

análogas, en aquellas materias que no dependen de la gramática sino de nuestro propósito expreso: el sabor, la diversión y la libertad de la escritura.

Más adelante discutimos algunos de estos temas de forma extensa.

LA CORRECCIÓN POLÍTICA

Este manual tampoco propicia la corrección política, un fenómeno que se encuentra en las antípodas de la hipercorrección, pues quiere acelerar el cambio lingüístico, en vez de frenarlo.

Un idioma es el precipitado de su larga historia y dista mucho de ser un producto inocente o neutro. Por el contrario, contiene tanto la sabiduría y la poesía, como los prejuicios y la estupidez que sus hablantes le han ido inyectando con el tiempo. La renovación de los idiomas es lenta, así a veces uno se sorprenda con giros que ayer nada más no oía. Un idioma, en síntesis, muestra en la epidermis una larga colección de heridas a medio cicatrizar.

Pues bien, 5.000 años de predominio masculino en el poder político y familiar de los pueblos que fueron forjando lo que después sería el español se reflejan en la forma de hablar contemporánea de una manera que para la corrección política es sexista y discriminatoria. Una frase muy popular quizá ilustre estos prejuicios. Cuando uno se ve enfrentado a una alternativa poco apetitosa, se dice que le tocó bailar con la más fea, obvia evocación de un escenario machista. El habla discrimina también a las minorías, porque al menos en los países latinos de Occidente no mandaron los hombres machistas per se, sino los hombres machistas, blancos, cristianos y a veces enemigos de la democracia y de los defectos físicos.

El Diccionario del uso del español de María Moliner define cafre y apache de la siguiente manera:

cafre

1. adj. y n. Se aplica a los habitantes de una región del sudeste de África, de

color cobrizo.

2. Bárbaro y brutal en el más alto grado. 5. Salvaje.

apache

1. adj. y n. Se aplica a ciertos indios que habitaban en Nuevo México, Arizona y norte de México, y a sus cosas.

2. m. Nombre aplicado a los ladrones y gentes de mal vivir de los bajos fondos de París, que cometían particularmente agresiones nocturnas.

Poco le importaba al hablante de hace cuarenta años que al equiparar a un apache con un bandido estuviera agregando sal a las heridas del aguerrido pueblo aborigen comandado por el legendario Jerónimo hasta que la conquista del Oeste lo diezmó.

El sustantivo negro aplicado a una persona era descriptivo hasta hace poco en español y no tenía el sentido peyorativo que tiene, por ejemplo, en inglés. Designaba apenas al individuo con ese color de piel. En cambio, negro como adjetivo sí tiene los matices denigrantes derivados de la noción ancestral que asocia lo oscuro, lo turbio y lo tenebroso con lo malo, mientras que blanco, brillante, transparente y claro son matices de bondad. Al comercio ilegal se le dice mercado negro, una persona mala es la oveja negra de la familia, la magia maligna es la magia negra, una lista de proscritos es una lista negra, una merienda de negros era otra forma de decir caos, la raíz etimológica de denigrar significa “manchar de negro” y trabajar como un negro es trabajar muy duro.

Veamos la definición que da doña María Moliner de género gramatical:

Accidente gramatical por el que los nombres, adjetivos, artículos y pronombres pueden ser masculinos, femeninos o (solo los artículos y pronombres) neutros.

Ahí la palabra clave es accidente, es decir, algo que no representa la esencia o la naturaleza de las cosas.

Por eso, por accidente, no existe la correspondencia entre el género y el sexo en muchas palabras. Arriba mencionábamos el sustantivo familia, femenino, pese a que en Occidente ha predominado la familia patriarcal. Hermafrodita es un sustantivo masculino, que termina en a y se refiere a una criatura de doble sexo. En español se dice la leche (aunque su más famoso derivado se llama el queso), pero en francés, un idioma de morfología parecida al español, se dice le lait, sustantivo masculino, sin que el género de la palabra tenga relación alguna con el origen glandular del líquido. Y vaya que es divertido saber que la poesía romántica en español se montó sobre el hecho de que Luna es un sustantivo femenino, mientras que en alemán Mond es masculino. La de dolores de cabeza que deben haber padecido los traductores al alemán para lograr una versión de la frase “señora Luna”.

El sexo tampoco tiene nada que ver con el nombre que se les da a muchas especies de animales. Así, la culebra, la pantera, la lechuza, la abeja, la paloma, la golondrina, la jirafa, la ballena, la mosca, la rana, la araña, la rata, son sustantivos femeninos, pero hay también el pingüino, el buitre, el leopardo, el rinoceronte, el hipopótamo, el elefante, el murciélago, sustantivos masculinos. Si la idea es diferenciar al animal individual por el sexo, será necesario agregar macho o hembra, según sea el caso: “la pantera macho” o “el leopardo hembra”. Solo es común usar palabras distintas para los dos sexos en los animales domésticos, dada la familiaridad que tenemos con ellos: el perro/la perra, el caballo/la yegua, el toro/la vaca, el loro/la lora, el carnero/la oveja. En los animales salvajes la correspondencia entre el género y el sexo es más rara: el león/la leona, el tigre/la tigresa y quizás uno oirá decir por ahí la elefanta.

Para la corrección política los inconvenientes citados arriba se solucionan jubilando las palabras contenciosas. Según este ideario, no conviene usar el sustantivo ni el adjetivo negro para referirse a una persona. Proponen que

digamos afroamericano o afro, sin importar que la persona en cuestión tenga, aparte de la piel negra o apenas morena, ancestros en los cinco continentes, no solo en África. La corrección política asimismo nos sugiere evitar palabras de sólida raigambre española, como enano, tullido, lisiado, ciego, sordo, tartamudo o gordo. Usted, de usarlas, lo hará por su cuenta y riesgo. La corrección política prefiere que se hable de corto de estatura, discapacitado, invidente, no oyente, disléxico o subido de peso, cuando no propone frases hilarantes como verticalmente retado para decir enano o disminuido en sus capacidades motrices para decir lisiado. Los eufemismos no se inventaron ayer –la frase corto de entendederas tiene más de un siglo–; lo que sí es reciente es la obligatoriedad de su uso.

En cuanto al sexismo del idioma, nuestras cruzadas de último hervor proponen tres soluciones. Una es la generalización de los sustantivos femeninos donde antes no se usaban. Ahora hay presidentas, juezas, fiscalas, concejalas, parientas y un larguísimo etcétera. Estos usos son razonables, aunque en algunos casos el hablante incurra en cacofonías, como miembra, pilota, cancillera, individua, lideresa o pacienta. Hay debate sobre la pertinencia de seguir usando algún viejo sustantivo de aire cursi que cambiaba según se tratara de un hombre o una mujer: ser poetisa sigue siendo menos atractivo que ser poeta, y ser sacerdotisa, menos serio que ser sacerdote. Sin embargo, nadie diría reya por decir reina, ni príncipa por decir princesa, ni abada por decir abadesa. La segunda idea para contrarrestar el sexismo es mencionar ambos sexos al referirse a cualquier genérico. Así, no se dirá “los estudiantes se sublevaron”, sino “las estudiantas y los estudiantes se sublevaron”. La tercera idea es recurrir a una forma de acción afirmativa o de discriminación positiva consistente en usar los pronombres femeninos a manera de genéricos, alternándolos con los masculinos que solían ocupar ese lugar.

Pongamos un ejemplo:

Versión corriente

No es este un libro de fácil comprensión. Se recomienda a los lectores prepararse a cabalidad para navegar por sus laberintos.

Versión políticamente correcta

No es este un libro de fácil comprensión. Se recomienda a las lectoras prepararse a cabalidad para navegar por sus laberintos.

Yo no veo qué se gana con hablar de las lectoras en vez de los lectores en el segundo ejemplo, pero si a usted estos usos le generan satisfacción o le dan una sensación de justicia histórica, no habrá problemas y será comprendida con facilidad.

En cualquier caso, mucha gente ya no acepta el uso del genérico hombre, de suerte que una frase tan venerable como los derechos del hombre hoy tiende a convertirse en los derechos humanos. Menos aún puede hablarse de trata de blancas; ahora se dice trata de personas, perdiéndose por el camino la noción de que las personas traficadas suelen ser mujeres pertenecientes, eso sí, a todas las razas.

Dado que los idiomas son reacios a estos tratamientos con purgantes, la cura a veces resulta peor que la enfermedad. Nadie que no tenga oído de cañonero (¿hubo muchas cañoneras?) dejará de entender que la proliferación de giros como las amigas y los amigos, las abogadas y los abogados, las jugadoras y los jugadores tiene un efecto disolvente sobre el ritmo de la escritura. Además, ¿qué impide que detrás de la corrección política venga el insulto? Uno podría escribir, por ejemplo:

Las abogadas y los abogados son todas y todos unas hamponas y unos hampones.

o

Todas las jugadoras y todos los jugadores son promiscuas y promiscuos.

La redacción será farragosa, pero el prejuicio no quedará menos en evidencia. Es todavía peor evitar la multiplicación de los géneros cambiando las vocales a y o por el signo arroba @, que en su origen nada tiene de epiceno. El resultado es espantoso. Cuando usted lea un mensaje como...

L@s polític@s están tan desprestigiad@s que solo l@s ilus@s o l@s loc@s votan por ell@s...

...salga corriendo.

No sugerimos un regreso pleno al lenguaje de antaño. La palabra señorita, pese a ser eufónica, ya no se debe usar para designar a las mujeres en general y, menos, a las que no están casadas, sobre todo ahora que las uniones conyugales se han vuelto tan variadas. Queda el doña, que suena feo pero que no parece tener sustituto, a menos que sea el muy serio señora, que en la actualidad designa a cualquier mujer mayor de edad sin distingo de estatus marital.

Aunque no recomendamos la corrección política, entendemos que hay gente que prefiere incurrir en ella. Si usted pertenece a este grupo, nadie le va a quitar la idea de la cabeza y pocos, quizá algún humorista del otro lado, se la van a sacar en cara. Sintetizando, para nosotros lo ideal es que cada persona calibre su tolerancia al fenómeno de la corrección política y proceda a hablar y escribir según le plazca, con la obvia advertencia de que si se arriesga más allá de ciertos límites, podrían lloverle rayos y centellas.

LA ÉTICA DE LA ESCRITURA

La tecnología ha vuelto cada vez más fácil copiar y pegar textos (copy & paste), ya sea de un material escrito por uno mismo y guardado en el pasado o escrito por otros. Es esencial recordar aquí que en esos casos existe la obligación de dar crédito a quien lo merece. No porque las cosas anden sueltas en internet o estén escritas en idiomas raros dejan de tener dueño. Son de rigor las comillas cuando se copia algo y es obligatorio reconocer explícitamente cuando se usa una idea o un desarrollo de otra persona. Suprimir las comillas de donde deben estar es, además de una grave indelicadeza, una tontería, pues vale tanto la persona que sabe investigar y rescatar ideas o formulaciones ajenas, como quien descubre el agua tibia sin a veces percatarse de que corre el riesgo de quemarse con ella.

Si uno está seguro de haber variado en forma sustancial la idea original, tiene derecho a reclamarse autor de esos cambios. Igual, y para no tomar riesgos, no sobra explicar el origen de lo que está modificando. Atrás hablábamos de buenos hábitos de escritura. Pues bien, el recurso a una ética estricta en materia de derechos de autor es uno de los principales.

I. REGLAS BÁSICAS

DEDICAMOS ESTE CAPÍTULO a las reglas básicas que, pese a lo elementales, son las que con mayor frecuencia violan las personas descuidadas o los aprendices. Póngase, pues, cómodo y vaya despacio, sin asustarse con la nomenclatura. Lo ideal, como decíamos atrás, es que llegue a usar de forma casi inconsciente las reglas que siguen, mediante una práctica continuada y cuidadosa. Las que faltan –y faltan muchas– conviene irlas desempacando una por una como paquetes que nos envía una tía que vive a medio mundo de distancia.

1. Las oraciones simples van así: sujeto, verbo,

predicado, punto, en ese orden

La estructura básica del idioma español es la oración. Una oración simple contiene una acción finita o una idea completa.

María estuvo de visita en casa de su hermana.

Las oraciones simples tienen un solo sujeto, una sola forma verbal y un solo predicado. En nuestro caso, María es el sujeto, estuvo es el verbo y de visita en casa de su hermana es el predicado.

Cuando estamos ante una oración sencilla sin frases subordinadas ni apéndices de otro tipo, el único signo de puntuación que se usa y que es obligatorio es el punto seguido final. Sería, pues, erróneo escribir:

María estuvo de visita, en casa de su hermana. [incorrecto]

o

María, estuvo de visita en casa de su hermana. [incorrecto]

o

María estuvo de visita en casa de su hermana, más tarde regresó a su propia casa. [incorrecto]

La forma correcta de escribir esto último es:

María estuvo de visita en casa de su hermana. Más tarde regresó a su propia casa.

o

María estuvo de visita en casa de su hermana; más tarde regresó a su propia casa.

Dos oraciones simples relacionadas se pueden unir con una conjunción sin que medie entre ellas un punto seguido, por ejemplo, cuando tienen el mismo sujeto.

María prefería no almorzar con su cuñado y por eso llamaba antes por teléfono para saber si él estaba en casa.

Si las dos oraciones tienen sujetos diferentes, es preferible separarlas con comas, aunque no es obligatorio.

María prefería no almorzar con su cuñado, y él igualmente la evitaba cuando ella iba de visita.

En este caso cada oración tiene su propio sujeto, María en la primera y él en la segunda. Cuando prima la cercanía o si se trata de oraciones compactas, se puede omitir la coma:

A María no le gustaba el pescado y a su cuñado le fastidiaba la mostaza.

Ausente la conjunción, no es correcto usar comas para separar dos oraciones.

María era alérgica al apio, su cuñado, por fastidiarla, siempre pedía que incluyeran este vegetal en las ensaladas. [incorrecto]

Es indispensable poner un punto seguido después de apio y empezar lo siguiente con una S mayúscula.

María era alérgica al apio. Su cuñado, por fastidiarla, siempre pedía que incluyeran este vegetal en las ensaladas.

Aunque esta primera regla parece obvia, es de muy lejos la más violada en el idioma.

2. El verbo es el eje de la oración

Los verbos, o sea aquellas palabras que expresan acciones, son el eje alrededor del cual gira cualquier oración. No se puede, por ejemplo, formar una idea completa enunciando apenas un sujeto, como Pedro o como gato; tampoco se transmite una idea completa con un adjetivo, como azul o pesado; mucho menos con un adverbio, como todavía.

Un único verbo, en cambio, puede indicar la acción verbal, los sujetos que la ejecutan, el tiempo en el que ocurre y si la acción recae sobre otros elementos, que serán los complementos. Si usted escribe...

Llueve.

...sus lectores podremos intuir quién es el agente activo (las nubes), cuándo sucede la acción (en el presente) y en qué recae el acto de llover (en la tierra).

El verbo, entonces, es la guía que le permitirá saber si expresa ideas completas y lógicas. En caso de duda, el verbo (presente, implícito o ausente) será el principal indicador para juzgar si los demás elementos de la oración están bien usados, si las comas separan correctamente el flujo de la información y si el sentido de las ideas está completo o necesita complementos. Tenga siempre presentes los verbos cuando revise sus textos y deténgase en ellos y en la relación que establecen con los demás elementos de la oración.

Los errores que se cometen en este terreno son abundantes y variadísimos. Más que enumerarlos, conviene entender su lógica para no cometerlos. Como con frecuencia el verbo expresa la acción de más de un sujeto y actúa sobre más de un predicado, cualquier oración de una cláusula (algo así como un sentido único) ha de ser coherente por separado. Muy común es pretender que un verbo active dos complementos incompatibles entre sí, como aquí:

María visitaba todas las semanas a su hermana y con la bicicleta iba de paseo. [incorrecto]

Buscábamos a un amigo que nos acompañara y la forma de interpretar el mapa. [incorrecto]

Al intentar leer en secuencia las expresiones resaltadas se nota la incongruencia. La redacción correcta sería:

María, cuando visitaba a su hermana todas las semanas, aprovechaba para pasear en bicicleta.

Buscábamos a un amigo que nos acompañara y que nos ayudara a interpretar el mapa.

Tiempos verbales y verbos auxiliares

Una característica muy atractiva del español es que los verbos pueden venir en muchos tiempos y ser simples o compuestos. Estos últimos permiten una forma ampliada que incluye los verbos auxiliares (“podría suceder”, “quería saber”, “debería entender”) o participios (“había vuelto”). También existe el gerundio, a cuyo espinoso uso dedicaremos un aparte más adelante. Baste con decir por ahora que la regla 1 no varía para los verbos compuestos:

María pensó que tendría que ir a hacer visita a casa de su hermana.

Aquí, de nuevo, solo se requiere el punto seguido al final.

Verbos transitivos e intransitivos

El español, al igual que muchas lenguas, tiene verbos transitivos e intransitivos. Los primeros, como su nombre lo indica, son aquellos en los que la acción del sujeto hace tránsito directo y recae sin intermediación sobre uno o varios elementos adicionales, que se denominan el complemento directo.

Manuel pinta el retrato.

El retrato, pintado por Manuel, es el complemento directo. Otra forma de verlo sería decir que el complemento directo es el elemento transformado por la acción del verbo transitivo. Por ejemplo, si decimos...

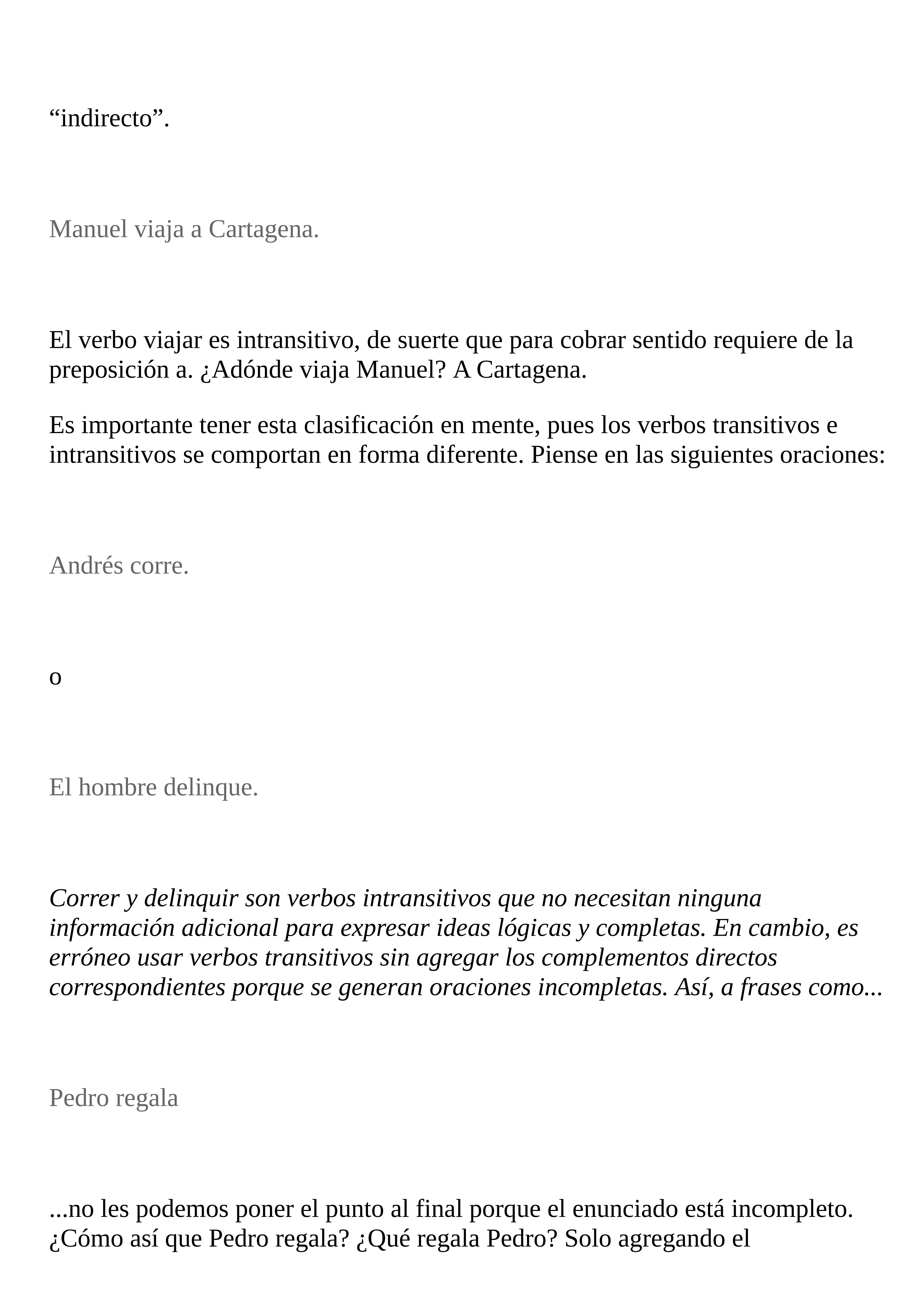
Alicia comió galletas.

...las galletas se transforman, ya que terminan comidas. Y si escribimos...

Ángel cruzó la calle.

...la calle es el complemento directo transformado por la acción, pues fue cruzada por Ángel.

Con los verbos intransitivos, la acción del sujeto requiere de la mediación de una preposición para poder recaer sobre su complemento, que en este caso se llamará



“indirecto”.

Manuel viaja a Cartagena.

El verbo viajar es intransitivo, de suerte que para cobrar sentido requiere de la preposición a. ¿Adónde viaja Manuel? A Cartagena.

Es importante tener esta clasificación en mente, pues los verbos transitivos e intransitivos se comportan en forma diferente. Piense en las siguientes oraciones:

Andrés corre.

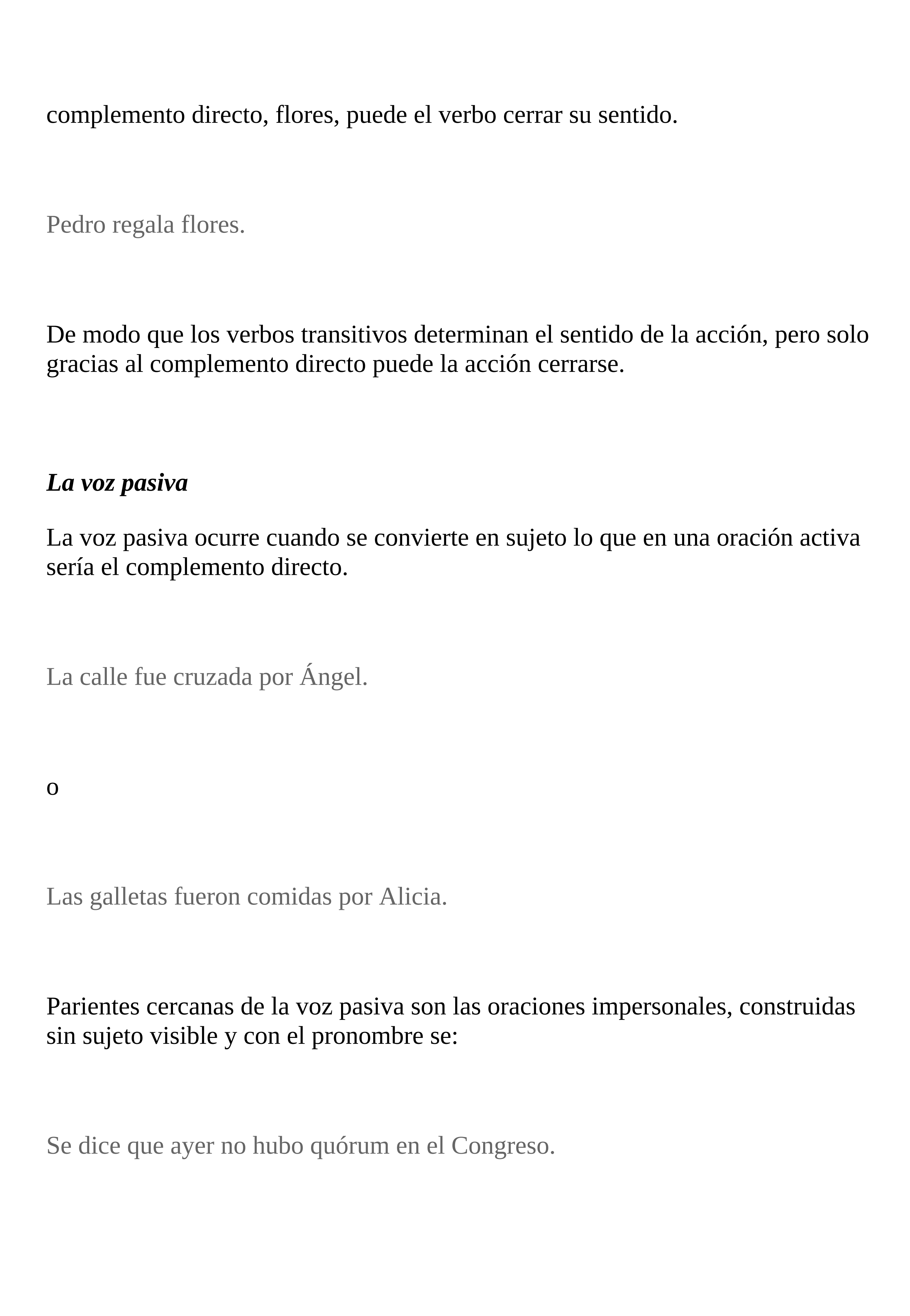
o

El hombre delinque.

Correr y delinquir son verbos intransitivos que no necesitan ninguna información adicional para expresar ideas lógicas y completas. En cambio, es erróneo usar verbos transitivos sin agregar los complementos directos correspondientes porque se generan oraciones incompletas. Así, a frases como...

Pedro regala

...no les podemos poner el punto al final porque el enunciado está incompleto. ¿Cómo así que Pedro regala? ¿Qué regala Pedro? Solo agregando el



complemento directo, flores, puede el verbo cerrar su sentido.

Pedro regala flores.

De modo que los verbos transitivos determinan el sentido de la acción, pero solo gracias al complemento directo puede la acción cerrarse.

La voz pasiva

La voz pasiva ocurre cuando se convierte en sujeto lo que en una oración activa sería el complemento directo.

La calle fue cruzada por Ángel.

o

Las galletas fueron comidas por Alicia.

Parientes cercanas de la voz pasiva son las oraciones impersonales, construidas sin sujeto visible y con el pronombre se:

Se dice que ayer no hubo quórum en el Congreso.

Se estima que este año el país exportará 80 millones de toneladas de carbón.

En ambos casos, el sujeto es impreciso, pues no sabemos quién dice que no hubo quórum en el Congreso ni quién estima que el país exportará 80 millones de toneladas de carbón.

Hay otras formas de despersonalizar el sujeto, por ejemplo, con el uso del pronombre uno, al cual Enrique Santos Discépolo dedicó su famosísimo tango homónimo.

“Uno busca lleno de esperanzas...”.

Uno les abona la buena voluntad.

También sirve usar el pronombre usted en un contexto impersonal.

Si quiere ir al centro, usted puede tomar el autobús.

Otra ventaja muy comentada del español es la posibilidad de hacer elipsis de los pronombres. Así:

Si quiere ir al centro, puede tomar el autobús.

El pronombre usted se sobreentiende.

En un capítulo posterior haremos advertencias de estilo sobre el uso, o más bien el abuso, de la voz pasiva y de las oraciones impersonales. Baste, por ahora, con definirlas.

3. En una enumeración use comas después

de cada elemento, salvo antes del último

Una de las funciones del lenguaje es establecer un sistema de distancias significativas, ojalá con algún grado de precisión. Las conjunciones son esenciales en esta materia porque, como su nombre lo indica, unen, aunque a veces unen mientras separan, es decir, acercan sin unir del todo. En contraste, la mayoría de los signos de puntuación, menos los dos puntos, separan.

La coma separa los elementos de una enumeración.

verde, azul y rojo

oro, plata, bronce o cobre

Él abrió la carta, la leyó, tiró el sobre a la basura y puso los documentos adjuntos sobre la mesa.

Cuando la enumeración es completa o exhaustiva, como en los ejemplos que acabamos de citar, el último elemento se introduce con una conjunción (y, e, o, u, ni).

Es un chico muy reservado, estudioso y de buena familia.

No le gustan las manzanas, las peras ni los plátanos.

¿Quieres té, café o infusión de manzanilla?

Los elementos que la coma separa pueden ser sustantivos (personas, animales o cosas), adjetivos (características) o verbos (acciones).

Hay biografías, ensayos, novelas, volúmenes de correspondencia, documentales, miniseries y hasta leyendas urbanas sobre las hermanas Mitford.

Nuestra amistad era tan violenta, obsesiva, crítica, envidiosa y cruel como la de cualquier pareja.

Cuando vayas a salir de casa, recuerda correr las cortinas, cerrar las ventanas, apagar las luces y echar llave.

Un error muy común es poner comas delante de la conjunción, como se ponen, por ejemplo, en inglés.

Es un chico muy reservado, estudioso, y de buena familia.

[incorrecto]

No le gustan las manzanas, las peras, ni los plátanos. [incorrecto]

¿Quieres té, café, o manzanilla? [incorrecto]

Todas las comas antes de la conjunción sobran.

Respecto a la diferencia entre los listados completos e incompletos, estos últimos dejan abierto el conjunto. Todos los ejemplos antecedentes ofrecen listados completos, lo que se advierte al ver que los cierra una conjunción. Para expresar una enumeración incompleta de cuyo conjunto solo se han elegido elementos representativos, la conjunción final debe cambiarse por una coma. Esta enumeración también puede terminar con la palabra etcétera (o su abreviatura etc.), con puntos suspensivos o simplemente con un punto final.

El zoológico tenía toda clase de animales: mamíferos, reptiles, aves, etc.

Estamos decorando la casa; hemos pintado, cambiado las alfombras, renovado las lámparas...

El paisaje es muy tranquilo: no hay autos, se oye el viento entre los árboles, corre alrededor un tranquilo riachuelo.

Nota bene: abreviaciones, como etc., llevan siempre un punto al final, el cual es superfluo cuando la abreviación cierra la oración.

Mis amigos, mis primos, mis compañeros de colegio, etc., están todos invitados a mi graduación.

Van a venir mis amigos, mis primos, mis compañeros de colegio, etc.

4. Ponga los incisos entre comas

Un inciso es una frase que se intercala en la oración principal para explicar algo. Cuando los incisos interrumpen fuertemente el flujo de la información, deben separarse de esta poniéndolos entre dos comas.

La mejor forma de ver un país, a menos que uno pase por allí de afán, es recorrerlo a pie.

La oración principal en nuestro ejemplo es: La mejor forma de ver un país es recorrerlo a pie. El inciso corresponde al segmento intercalado entre las dos comas.

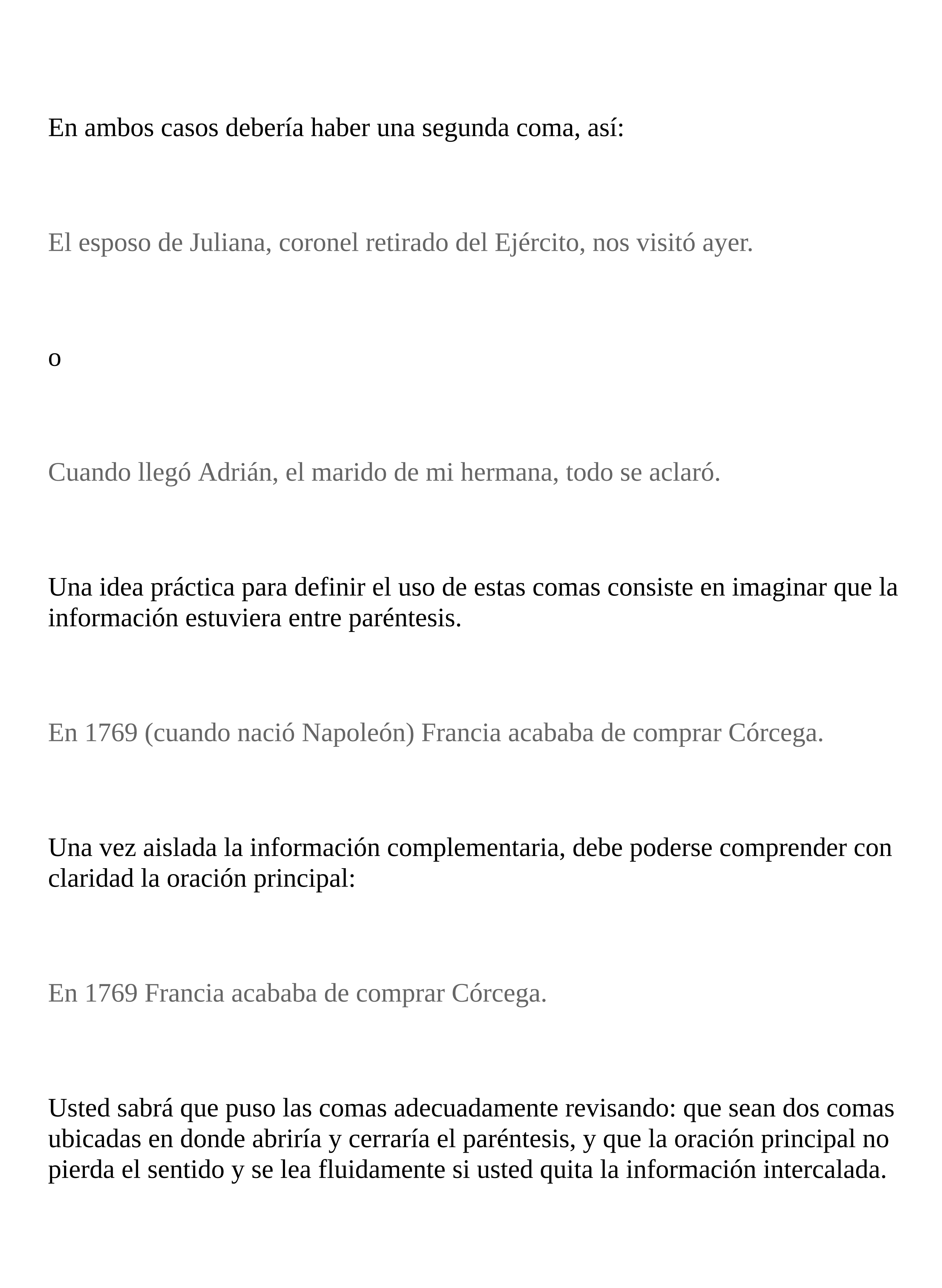
En ocasiones esta norma resulta difícil de aplicar, pues no es tan simple decidir si una sola expresión, como sin embargo, o una frase breve es o no un inciso que deba separarse del resto de la oración. Si la interrupción es muy ligera, las comas pueden omitirse. Pero, al margen de que la interrupción sea ligera o fuerte, es incorrecto omitir una coma y dejar la otra.

El esposo de Juliana, coronel retirado del Ejército nos visitó ayer.

[incorrecto]

o

Cuando llegó Adrián el marido de mi hermana, todo se aclaró. [incorrecto]



En ambos casos debería haber una segunda coma, así:

El esposo de Juliana, coronel retirado del Ejército, nos visitó ayer.

o

Cuando llegó Adrián, el marido de mi hermana, todo se aclaró.

Una idea práctica para definir el uso de estas comas consiste en imaginar que la información estuviera entre paréntesis.

En 1769 (cuando nació Napoleón) Francia acababa de comprar Córcega.

Una vez aislada la información complementaria, debe poderse comprender con claridad la oración principal:

En 1769 Francia acababa de comprar Córcega.

Usted sabrá que puso las comas adecuadamente revisando: que sean dos comas ubicadas en donde abriría y cerraría el paréntesis, y que la oración principal no pierda el sentido y se lea fluidamente si usted quita la información intercalada.

El buen gobernante, según sostenía un célebre político, debe estar siempre preparado para abandonar el poder.

La audiencia, cuya atención al inicio parecía dispersa, demostró un interés cada vez mayor.

Fíjese que si lee omitiendo el inciso que resaltamos, la oración principal está completa y no ha perdido su orden lógico:

El buen gobernante debe estar siempre preparado para abandonar el poder.

La audiencia demostró un interés cada vez mayor.

Es importante tratar como incisos, aunque gramaticalmente no lo sean, las explicaciones que se dan con frases o adjetivos:

Los médicos, cansados, se fueron a dormir.

El perro, un pastor alemán, aún no está vacunado.

En ambos casos la información que va entre las dos comas sirve para caracterizar un elemento de la oración. Estas comas no se usan cuando no hay intención explicativa:

Los médicos cansados se fueron a dormir.

Aquí la redacción indica que solo los médicos cansados se fueron del lugar, mientras que otros posiblemente hayan permanecido allí.

El perro pastor alemán no está vacunado.

Esta redacción indica que, entre otros perros, el pastor alemán es el que carece de vacunas. Por si acaso, aquí puede suprimirse con ventaja el sustantivo perro.

El pastor alemán no está vacunado.

También es importante tratar la información accesoria intercalándola como un inciso y separándola del resto de la oración con dos comas:

Tus poemas, ¡bellísimos!, aparecieron por fin publicados.

El mar, dime tú si no es hermoso, golpea con fuerza el acantilado.

5. Otras comas obligatorias

La puntuación es en últimas un asunto de ritmo y oído. Sin embargo, la coma se considera obligatoria en los siguientes casos:

• Antes de una conjunción adversativa (son las que reversan o desvían el curso de la acción), como pero, aunque y sino, en particular si introduce una oración larga.

María iba de vista a casa de su hermana, pero siempre averiguaba antes si su cuñado estaba presente.

• Cuando un inciso puede prestarse para confusiones:

Los bienes y los capitales, que se destinan al comercio internacional, están exentos de ese tributo.

Sin la coma, podría entenderse que solo los capitales se destinan al comercio internacional.

• Cuando se suprime algún elemento para evitar repeticiones o por razones de estilo.

Unos prefieren la carne; otros, el pescado.

• La versión completa sería:

Unos prefieren la carne; otros prefieren el pescado.

• Cuando la palabra como no implica semejanza sino que introduce un ejemplo:

Me gustan los libros largos, como Guerra y paz.

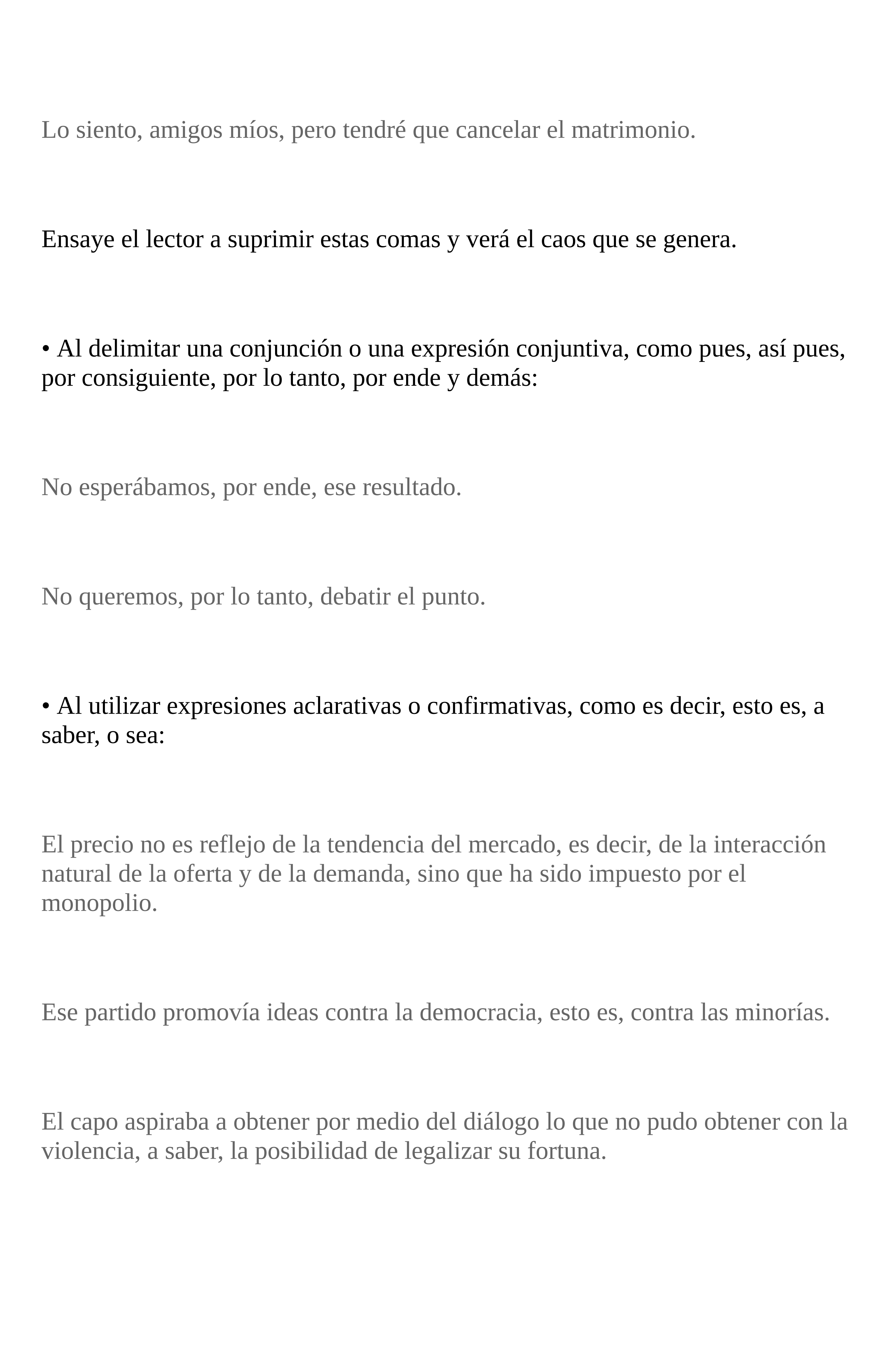
• Cuando hay que delimitar una expresión intercalada entre el verbo y otras partes de la oración:

Octubre, el mes de las lluvias, este año resultó muy seco.

• Al aclarar un nombre mediante aposición (término que para María Moliner significa “unión de dos nombres de los que uno es aclaración o especificación del otro”):

José Joaquín Casas, ilustre filólogo bogotano, vivió hasta avanzada edad.

• Al delimitar un vocativo (palabra que sirve para llamar a alguien):



Lo siento, amigos míos, pero tendré que cancelar el matrimonio.

Ensaye el lector a suprimir estas comas y verá el caos que se genera.

• Al delimitar una conjunción o una expresión conjuntiva, como pues, así pues, por consiguiente, por lo tanto, por ende y demás:

No esperábamos, por ende, ese resultado.

No queremos, por lo tanto, debatir el punto.

• Al utilizar expresiones aclarativas o confirmativas, como es decir, esto es, a saber, o sea:

El precio no es reflejo de la tendencia del mercado, es decir, de la interacción natural de la oferta y de la demanda, sino que ha sido impuesto por el monopolio.

Ese partido promovía ideas contra la democracia, esto es, contra las minorías.

El capo aspiraba a obtener por medio del diálogo lo que no pudo obtener con la violencia, a saber, la posibilidad de legalizar su fortuna.

La empresa ha entendido la necesidad imperiosa de diversificar su oferta, o sea, de no depender de un único producto volátil.

Existen excepciones. Por ejemplo, cuando la expresión aclarativa va seguida de un que:

Es decir que en términos de dólares tuvieron un crecimiento del mil por ciento.

O sea que al final tú no querías que yo viniera.

Lo importante, insistimos, es interiorizar los usos mediante la práctica y el sentido común, no aprenderse la terminología ni una larga ristra de enunciados.

6. Las oraciones compuestas tienen reglas

de puntuación cuya lógica conviene dominar

Oraciones coordinadas

Las oraciones compuestas son las que tienen más de un verbo conjugado y, por ende, más de un predicado, así este vaya implícito. Se articulan de dos maneras básicas: las hay unidas por coordinación y las hay unidas por subordinación.

Serán coordinadas si tienen una misma función sintáctica. Es común que impliquen una relación de causa y efecto. En ellas se usan conjunciones o expresiones conjuntivas como luego, de modo que, de manera que, de forma que, de suerte que. En estos casos es de rigor separar ambas oraciones con una coma.

Yo no estaba en el país, luego no pude ir a su entierro.

Las votaciones alcanzaron a sumar una amplia mayoría, de suerte que ya no cabía duda de la legitimidad de su mandato.

Oraciones subordinadas

El segundo caso, algo más complicado y versátil, es el que involucra una oración principal y una o varias subordinadas.

Cuando llegue Juan, llámame por teléfono.

Cuando llegue Juan es la subordinada en este ejemplo. Si la subordinada viene primero y no es breve, es indispensable separarla de la principal con una coma.

Cuando hayas verificado las identidades de todos los viajeros, podrás permitir que parta el bus.

Si insistes en irte de fiesta todo el tiempo, lo más probable es que pierdas el año.

Si la principal viene primero, el uso de la coma no es obligatorio.

Diana no estudia lo suficiente porque rumbea más de la cuenta.

Lo más probable es que pierdas el año, si insistes en irte de fiesta todo el tiempo.

Es preferible usar la coma cuando la subordinada y la principal tienen sujetos diferentes. Esto aclara el orden lógico de las acciones que se atribuyen a cada sujeto:

El conductor podrá empezar el viaje, cuando tú hayas verificado la identidad de todos los viajeros.

No es buena idea dejar la cartera en el piso, si vas a restaurantes en los que pululan los amigos de lo ajeno.

La misma preferencia aplica a las oraciones coordinadas.

Ignacio planteó aquel oscuro negocio dejando ver la empuñadura de un revólver en la cintura, de modo que Lucía tuvo que pensarlo dos veces antes de negarse.

El investigador había entregado su informe, luego la Policía ya tenía pruebas suficientes.

Si se omiten los conectores y las oraciones compuestas aún guardan sentido consecutivo, la coma es esencial para evitar la confusión:

El investigador había entregado su informe, la Policía tenía pruebas suficientes.

Yo regresé el domingo por la noche, el resto de la familia esperó hasta el lunes por la mañana.

Omita la coma, y el caos se impondrá de inmediato en ambos casos.

Subordinadas restrictivas y no restrictivas

Las oraciones subordinadas pueden ser restrictivas y no restrictivas. Las subordinadas no restrictivas se identifican porque es posible suprimirlas sin que

la oración principal quede coja.

Pedro, quien no era amigo mío, fue expulsado del colegio.

El avión, que esa vez no hizo escala en Kuala Lumpur, llegó según estaba previsto en el itinerario.

Ambas oraciones principales mantienen el sentido al suprimirse las subordinadas.

Pedro fue expulsado del colegio.

El avión llegó según estaba previsto en el itinerario.

Subordinadas no restrictivas, como las mencionadas, van siempre entre dos comas.

En contraste, las subordinadas restrictivas son aquellas que aportan una información esencial para las principales.

El rector que expulsó a Pedro era muy estricto.

El avión que se estrelló en el océano Índico no había recibido el mantenimiento adecuado.

El hotel donde sugeriste que me quedara es espantoso.

Al suprimir las subordinadas resaltadas en los ejemplos, la principal pierde su especificidad.

El rector era muy estricto.

El avión no había recibido el mantenimiento adecuado.

El hotel es espantoso.

Aunque en los tres casos estamos ante oraciones completas, algo esencial se ha extraviado por el camino. Las subordinadas restrictivas, como se ve en los ejemplos, no deben ir separadas por comas de la oración principal.

La coma es obligatoria cuando la subordinada se refiere a un antecedente no inmediato.

Se desprendió un fragmento del bate, que vino a parar a las graderías.

Lo que va a parar a las graderías es un fragmento del bate, no todo el bate, de suerte que la coma es de rigor.

7. Use el punto y coma para unir oraciones independientes

Si dos o más oraciones gramaticalmente completas (sujeto + verbo + predicado) que no están unidas por una conjunción van a formar una sola cláusula, el signo de puntuación más apropiado para separarlas es el punto y coma.

Los aforismos de Gesualdo Bufalino son entretenidos; están llenos de paradojas interesantes.

Son cerca de las cinco; no es conveniente llegar al centro después de las seis.

De insertarse una conjunción, el signo de puntuación previo debe ser una coma (regla 6).

Los aforismos de Gesualdo Bufalino son entretenidos, pues están llenos de paradojas interesantes.

Son cerca de las cinco, y no conviene llegar al centro después de las seis.

Es igualmente correcto cambiar el punto y coma por un punto seguido y dividir la cláusula en oraciones independientes:

Los aforismos de Gesualdo Bufalino son entretenidos. Están llenos de paradojas interesantes.

Son cerca de las cinco. No es conveniente llegar al centro después de las seis.

Al comparar las tres formas de redacción, se verán las ventajas de la que recurre al punto y coma. Este uso sugiere de forma económica la cercanía entre las dos afirmaciones, mientras que la segunda opción es más larga y la tercera es menos fluida.

Note que si la segunda oración se inicia con un adverbio, como solo, aun, inclusive, además, incluso, precisamente, viceversa, siquiera y no con una conjunción, de todos modos se requiere el punto y coma.

No había estado nunca antes en el lugar; solo había soñado con él.

Existe, no obstante, una excepción a la regla del punto y coma señalada atrás. Si las oraciones son muy cortas y similares en su forma, o cuando el tono es fácil y oral, es preferible usar una coma:

Yo casi no lo conocía, estaba tan cambiado.

Hoy tenemos, mañana no sabemos.

En el sentido contrario, es erróneo usar un punto seguido con función de coma, como vimos en la regla 1.

Pienso. Luego existo. [incorrecto]

María salió ayer. De vacaciones. [incorrecto]

La forma correcta sería:

Pienso, luego existo.

María salió ayer de vacaciones.

A veces un experto sustituirá una coma por un punto para hacer énfasis.

No quiero que este comportamiento se repita. Nunca. Punto.

Sin embargo, un principiante debe abstenerse de semejantes peripecias hasta que domine las técnicas básicas de escritura.

8. En materia de puntuación, tanto el defecto

como el exceso son perniciosos

En general, es de recomendar que, antes de sembrar de comas un período, se pruebe a leerlo sin alguna de las que primero se le ha ocurrido poner al escritor”.

MARÍA MOLINER

La puntuación se fue inventando paulatinamente para representar por escrito las pausas e inflexiones que se acostumbraban en el idioma hablado. Dado que la lectura, sobre todo la de las Sagradas Escrituras, se hacía siempre en voz alta, el lector tenía que saber en qué momentos detenerse, en qué momentos alzar la voz, en qué momentos bajarla. Una coma implicaba una pausa breve, un punto una más larga; una interrogación, que había que alzar la voz al final; una exclamación, que había que hacer un énfasis, y así. Se atribuye a san Ambrosio el descubrimiento de que era posible leer sin pronunciar las palabras. Pese a que tras su invento ya no había que leer en voz alta, la puntuación se siguió utilizando para facilitar la lectura mental. Con los siglos esta lectura silenciosa se codificó y refinó. Hoy el criterio básico en el uso de la puntuación es que sea realmente necesaria. Es mejor menos puntuación que más.

Exceso de comas

Si su escrito aparece lleno de comas, es casi seguro que alguna se pueda suprimir. Ya atrás dábamos ejemplos de comas sobrantes. Hay otros. Exceptuando los vocativos, cuando usted vea que va coma antes y después de

una palabra, casi siempre es posible suprimir una de las dos.

La administración le proporcionó el máximo apoyo, y, por todos los medios, evitó o empantanó las investigaciones contra las empresas del grupo.

Juan había vivido por fuera la mayor parte de su vida, y, al volver, llegó influenciado por la obsesiva lectura de los filósofos posestructuralistas.

La redacción mejora suprimiendo una coma.

La administración le proporcionó el máximo apoyo y, por todos los medios, evitó o empantanó las investigaciones contra las empresas del grupo.

Juan había vivido por fuera la mayor parte de su vida y, al volver, llegó influenciado por su obsesiva lectura de los filósofos posestructuralistas.

Sin embargo, lo mejor es reorganizar la oración para que alguna de las comas deje de necesitarse.

La administración le proporcionó el máximo apoyo y evitó o empantanó por todos los medios las investigaciones contra las empresas del grupo.

Juan había vivido la mayor parte de su vida por fuera, época en la que leyó en forma obsesiva a los filósofos posestructuralistas. Al volver...

Dos puntos

Este signo de puntuación, más popular con mucho que su pariente pobre, el punto y coma, es uno de los más potentes del arsenal. Su popularidad se debe, entre otras razones, a que es el único que acerca las palabras en vez de separarlas, intensificando la expresión.

Cuando abrí la ventanilla, el policía me miró. En sus ojos había algo: severidad.

Al magnífico partido solo le faltó una cosa: gol.

Los dos puntos, por su misma potencia, se prestan a abusos. Como regla general, no deben ir encadenados, o sea que se puede usar un signo de dos puntos por cláusula, como máximo. Por ejemplo, la siguiente redacción es inconveniente en la medida en que da una sensación de claustrofobia:

La moral ha de interiorizarse en el comportamiento humano: cada acto significativo de una persona lleva implícita una decisión moral: no es posible desarrollar una personalidad cívica sin recurso a ella.

Dado que el español tiene predilección por las minúsculas, es elegante usarlas después de los dos puntos, salvo cuando se trate de un nombre propio, de una cita textual que requiera comillas o después de un punto aparte.

Interrogación y exclamación

La posibilidad de abrir una interrogación o una exclamación es única del español y hace parte de su elegancia. Ningún otro idioma ofrece nada parecido. La escritura descuidada suele querellarse con estas aperturas y omitirlas, pecado típico de los copies publicitarios. Mucho mejor es aprovecharlas como un recurso de gran potencia expresiva. Ya en ello, es preferible poner los signos de apertura donde empieza de veras la interrogación o la exclamación, no siempre al inicio.

Entonces, Teresa, contéstame: ¿eras tú la que se estaba besando en el parque con aquel desconocido?

Luego me miró con cara de infinito desprecio y, sin decir agua va, ¡me dio tremenda cachetada!

Puntos suspensivos

Los puntos suspensivos (que siempre son tres) implican suspenso y pertenecen a los recursos de la escritura abierta. Abierta no quiere decir sin límites o caótica. De ahí que los puntos suspensivos sean otro recurso del que conviene no abusar. Es mejor buscar el suspenso deseado con las palabras, no con los puntos. Fíjese cómo, por exceso de puntos suspensivos, el efecto se diluye en los siguientes ejemplos:

Creo haber decidido que... lo haré; en esta precisa ocasión... debo arriesgarme.

No, no había llegado... ni quizás llegaría nunca... aunque yo esperara meses y años.

En contraste, aquí Mae West usa los puntos suspensivos para lo que sí sirven:

No creo que haya que ser un genio para tener éxito. Si un tipo tiene 200 dólares y uno solo le deja dos, eso es restar. Si tu estuche de joyas está repleto y tienes que conseguirte otro, eso es sumar. En cuanto a multiplicar... bueno, ¡la que pueda responder esa, está en tremendo lío!

En este pasaje de Carson McCullers los puntos suspensivos también se ajustan a su propósito original:

–¡Dios mío! –dijo–, dejé mi... ¿cómo se dice...?, mi tic-tic-tic...

–¿Su reloj? –preguntó el señor Brook.

Guiones y paréntesis

Los guiones, que deben ser medianos [–] o largos [—], nunca pequeños [-], se usan para destacar un inciso, como si fueran comas fuertes que expresan una información cercana a la opinión del autor o procedente de ella. El mensaje dice más o menos: aquí viene una cesura más potente o enfática de lo normal. En contraste, los paréntesis separan una información que se agrega al texto, sin que por lo general delate ningún sesgo personal.

Quisiera –de hecho te he buscado para pedírtelo– que fueras mi padrino de matrimonio.

El IPCC (Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático, por su sigla en inglés) acaba de publicar un informe sorprendente que nos obligará a

comprender de una manera distinta el cambio climático.

En el primer ejemplo los guiones precisan y refuerzan el mensaje principal. En el segundo, los paréntesis apenas insertan una información anexa y neutra, que puede ser útil a los lectores.

9. Las reglas de la concordancia

son flexibles, pero hay límites

La concordancia es una forma elegante de dar cohesión a la expresión. Cuando sus normas son violadas, hay una pérdida de lógica que enturbia la lectura.

Entre el sujeto y el verbo

El verbo expresa la cantidad de sujetos que realizan la acción, de suerte que son ellos los que determinan la conjugación. La dificultad estriba en que las pocas o muchas palabras que haya entre el sujeto y el verbo no tienen por qué afectar esta relación. Citemos un ejemplo tomado del inicio de El otoño del patriarca (los sujetos van subrayados y los verbos en cursivas):

Durante el fin de semana los gallinazos se metieron por los balcones de la casa presidencial, destrozaron a picotazos las mallas de alambre de las ventanas y removieron con sus alas el tiempo estancado en el interior, y en la madrugada del lunes la ciudad despertó de su letargo de siglos con una tibia y tierna brisa de muerto grande y de podrida grandeza.

Pese a que esta norma parece obvia, es fácil equivocarse cuando el sujeto porta información complementaria, como aquí:

La dirección financiera de Los Farallones solicitan a sus contribuyentes entregar las facturas la primera semana de cada mes. [incorrecto]

Aunque en la dirección financiera de Los Farallones trabajen dos jefes y tres secretarios, su nombre es singular, pues se trata de una sola oficina llamada dirección financiera. De ahí que las acciones que ejecute sean singulares. La redacción correcta sería:

La dirección financiera de Los Farallones solicita a sus contribuyentes entregar las facturas durante la primera semana de cada mes.

Al enriquecer el sujeto de sus oraciones con otros elementos, verifique que no contabilice la información complementaria como un segundo sujeto:

El uniforme del colegio de las benedictinas eran de paño azul. [incorrecto]

Debería ser:

El uniforme del colegio de las benedictinas era de paño azul.

Cuando la conjunción o se remite a alternativas excluyentes, se suele usar la concordancia en singular, aunque la plural también es admisible.

Es un error de ortografía omitir las tildes o las aperturas de los signos de interrogación y admiración.

Son errores de ortografía omitir las tildes o las aperturas de los signos de interrogación y admiración.

Un error común de concordancia se comete cuando los sujetos singulares de las oraciones contienen un grupo de integrantes (el pueblo, la gente, la manada o el enjambre):

La gente reían con el comediante. [incorrecto]

Aquí la gente (sustantivo singular) debe concordar con un verbo singular, así:

La gente reía con el comediante.

Son comunes las dudas sobre la concordancia cuando el sujeto se introduce con un cuantificador. Se trata de una palabra en singular que expresa sujetos plurales, como: “la mayoría de los animales”, “la mitad de los asistentes”, “el veinte por ciento de los candidatos”, “un grupo de jóvenes”, “un montón de libros”, “infinidad de lugares”, “multitud de opciones”. El español acepta que esta estructura se acompañe de verbos en plural o en singular, con un par de excepciones:

Si el verbo lleva un atributo que lo modifica, debe conjugarse en plural. Como en:

El quince por ciento de los perros corrieron rápidamente. [No: corrió rápidamente].

La mayoría de las selvas sobrevivían intactas. [No: sobrevivía intacta].

Si el verbo no lleva complemento, puede ir en singular o en plural:

El quince por ciento de los perros corrieron o El quince por ciento de los perros corrió.

La mayoría de las selvas sobrevivían o La mayoría de las selvas sobrevivía.

Cuando se usen cuantificadores indeterminados (como infinidad, cantidad, multitud), el verbo va en plural:

Infinidad de creyentes viajaron a La Meca.

Multitud de oficinas acuden a las ventajas comerciales de la exención tributaria.

Cantidad de peces saltaban sobre la corriente.

Otro punto de vacilación en materia de concordancia ocurre con la estructura uno de los que + verbo.

Uno de los que se desmayaron casi no vuelve en sí.

La presencia de un elemento singular (uno) y otro plural (los que) en este tipo de oraciones es la fuente de las dudas. Aunque se prefiere la concordancia del verbo

en plural, también vale la concordancia en singular:

Uno de los que se desmayó casi no vuelve en sí.

Ojo que el segundo verbo (vuelve) tiene que ir en singular.

Sustantivos y adjetivos

Si la intención es que un adjetivo califique a varios sustantivos, se usa el plural masculino.

El funcionario me encaminó al departamento y a la oficina más cercanos.

Su destino dependía del Estado y de la nación vecinos.

Todavía no es corriente usar en este caso un adjetivo femenino en plural.

Su destino dependía del Estado y de la nación vecinas. [incorrecto]

Si el adjetivo antecede a varios sustantivos, lo corriente es que concuerde con el más próximo:

Ella se acercó a la respectiva ventana y puesto de control.

Concordancia de género

Pese a que la corrección política viene desordenando el asunto a marchas forzadas, por tradición el adjetivo que califica a dos o más sustantivos de distinto género es masculino.

María tenía el cuerpo y la cara gordos.

Juan comía por igual pavos y gallinas grasosos.

Cuando el adjetivo va en singular, se sobreentiende que solo califica al sustantivo más próximo y es de su mismo género:

Me tocó ir al departamento y a la facultad contigua.

El tema no se agota aquí, pues hay numerosas excepciones y regímenes especiales. Una vez más conviene confiar en el oído. Si persiste la duda, sumérjase en los mamotretos o consulte en internet.

10. Use tantos pronombres como pueda

y tantos nombres como necesite

En la palabra pronombre el prefijo “pro” significa “que viene antes, que va enfrente”, lo que con el tiempo derivó en “que sustituye”, en este caso, al nombre (es decir, al sustantivo). Los pronombres –yo, tú, él, me, mí, te, ti, este, esta, aquel, aquella, que, quien, cual, etc.– se usan cuando el lector puede identificar con facilidad y sin confusión posible a qué nombre o sustantivo se refieren.

El gato se había salido por la ventana del piso 18. Sin poder hacer nada, Paula veía cómo este caminaba por el delgado filo de teja que bordeaba el vidrio. Se veía, diría ella luego, que el felino estaba aterrado y fascinado al explorar por vez primera la sensación de un abismo.

En el ejemplo, el pronombre que reemplaza al sustantivo gato es este (también podría ser él) y el pronombre que reemplaza a Paula es ella.

El uso intuitivo de los pronombres se aprende muy rápido en español y es raro que se preste a error, salvedad hecha de dos defectos conocidos como el laísmo y el leísmo. Ambos tienen predominio geográfico, ya sea en España o en Hispanoamérica.

Un ejemplo de laísmo, común en España, sería:

En un rato la escribo un correo.

La misma oración en América Latina se escribiría así:

En un rato le escribo un correo.

Un ejemplo de leísmo, menos raro en Hispanoamérica que en España, sería:

Yo le vi.

La versión corriente en ambos lados del océano sería:

Yo lo vi.

Ciertos usos aparentemente redundantes son corrientes a este lado del océano:

Ella me lo regaló a mí.

A mí no me ha explicado nada.

Los usos heterodoxos se pueden suprimir en el idioma escrito por razones de elegancia, pero igual no dan cárcel. Recuerde, además, que el español tiene la estupenda particularidad de que permite la elipsis de muchos pronombres. Es correcto escribir:

–¿Hablaste con Javier?

–No, él no me llamó.

Pero es más ágil:

–¿Hablaste con Javier?

–No, no me llamó.

11. La ortografía

La ortografía, que en español es relativamente sencilla si se la compara con idiomas de escritura caprichosa como el inglés, no tiene la buena fama que merece y violarla es un pecado venial para mucha gente.

El error de ortografía más común consiste en omitir las tildes o las aperturas de los signos de interrogación y admiración. Más fastidioso será encontrarse por ahí con un "ombre", con una "pación" o con un "varco". Evitar estos errores se ha vuelto más fácil en estos tiempos cibernéticos, que cuando se escribía a mano o a máquina. Duro era depender entonces de los gordos diccionarios o de la falible memoria para averiguar si mazacote se escribía con z o con s. Hoy basta con permitirle al procesador de palabras revisar el texto: la palabra dudosa sale subrayada en rojo. Claro, el corrector digital no tiene la última palabra, pues no distingue cuando algo puede escribirse con y sin tilde y no siempre lleva incorporadas las novedades que en sus largas horas de ocio los señores académicos tienen a bien introducir en el idioma como quien se cambia de casaca. Además, hay muchas palabras homófonas que se escriben de dos o más formas –haya, halla y aya, o barón y varón–. En estos casos basta con explorar la opción de sinónimos del procesador para saber cuál es la acepción que buscamos. El procesador también señala las construcciones gramaticales que estima heterodoxas, si bien con frecuencia comete errores, de modo que en esta materia es menos conveniente "aceptar" los cambios de una. Nuestra recomendación es tener activo el corrector ortográfico del computador al escribir o por lo menos pasarlo antes de entregar un texto, porque incluso a los filólogos se les puede ir un "exhuberante" con una hache de más o un "buho" sin tilde.

Digámoslo con total claridad: la ortografía no es opcional. Hay un pacto de pulcritud no firmado entre autores y lectores para que la lectura sea elocuente y placentera, el cual se va al traste con cada descuido. Un error de ortografía en la mitad de un texto hace las veces de un hueco en la carretera. Vamos leyendo contentos hasta que pisamos el hueco y nos vemos sacudidos de forma inmisericorde. No sobra recordar que los lectores tienen muchas cosas que hacer, así que cuando se topan con una falta grave en la mitad de un párrafo, simplemente dejan el texto a un lado.

Recapitulación

“Me encanta tu humor, negro” no es lo mismo que “me encanta tu humor negro”. La diferencia depende de una de las numerosas reglas de puntuación que repasamos en este capítulo. Cabe formular una regla más general: la oración afirmativa debe ser el principal componente de la escritura de casi cualquier persona. Esta, en español, puede tener dos formas con sus respectivas variaciones.

La forma simple...

Mi tía Julieta es una dama de armas tomar.

y la forma compleja...

Hace un par de años mi tía Julieta se vio obligada a regresar de Roma, donde vivía desde 1980, porque su hijo Manuel se metió en tremendo lío al llegar a Bogotá.

...conformada por frase adverbial (Hace un par de años), sujeto (mi tía Julieta) verbo en el tiempo más preciso posible (se vio obligada a regresar), predicado (de Roma), y oraciones subordinadas (donde vivía desde 1980) y (porque su hijo Manuel se metió en tremendo lío al llegar a Bogotá). Fíjese que la oración analizada se puede escribir sin más comas que las que separan el inciso (donde vivía desde 1980).

Cerremos, pues, este capítulo dedicado a las reglas básicas diciendo que estos dos formatos de oración afirmativa, simple y compleja, deberán constituir la mayor parte de lo que usted escriba en adelante, mientras que los formatos

alternos deberán ir en minoría.

II. LA ORACIÓN Y EL PÁRRAFO

LA PALABRA texto viene de la expresión latina para "tejido", metáfora muy apta pues un texto es una imbricación de palabras que debe funcionar sin sobresaltos y sin que sus mecanismos llamen la atención sobre sí mismos. Un tejido admite variaciones, pero debe dar una sensación de armonía y continuidad. Las palabras son la materia prima del tejido de la escritura y se organizan en oraciones. Si las oraciones están mal armadas o son aburridas, el escrito será un fastidio. Al mismo tiempo, un tejido debe tener cortes y costuras para evitar convertirse en un adefesio. En el idioma escrito estos cortes y estas costuras se llaman párrafos.

Abordemos el asunto por ahí.

12. Evite la monotonía

Dos son los peligros contrapuestos que acechan a la hora de enlazar una oración con otra hasta formar un párrafo: la monotonía y la confusión.

Exploremos primero la monotonía. No conviene, por ejemplo, escribir en staccato, mediante una oración breve seguida de diez oraciones breves. Puede que cada una considerada separadamente sea sana y expresiva, pero de parecerse todas el lector las hallará tediosas. Veamos este párrafo:

Estaba compungida. Se miraba al espejo. No se reconocía. La noche de fiesta que acababa de pasar la dejaba solitaria. Irreconocible. Muda. En el espejo había ojeras. Pero no las de antes, vencedoras del insomnio. Ahora eran dos bolsas azules de vacío. Una amnesia tediosa. Acaso una mueca tibia de remordimiento. O la vejez. La temida traidora que había llegado como un ladrón a su cuerpo.

Un poco de flexibilidad en el tipo de oración le inyecta vida:

Estaba compungida. Se miraba al espejo y no se reconocía. La noche de fiesta que acababa de pasar la hacía sentirse sola, irreconocible, muda. Las ojeras que veía en el espejo no eran las de siempre, vencedoras del insomnio, sino dos bolsas azules de vacío. Una amnesia tediosa se tradujo en una mueca tibia de remordimiento. ¿Le había llegado la vejez, esa temida traidora que le robaría el cuerpo?

Es peligroso, sin embargo, usar oraciones que contengan más de 200 caracteres con espacios y más peligroso aún encadenar una oración larga después de tres o cuatro todavía más largas. Esto se ha hecho con provecho, solo que quien lo intente tiene que cerciorarse primero de que en su cédula diga: William Faulkner

o Marcel Proust. Va un ejemplo:

Aquí estudiaremos la historia geográfica de la provincia de Guayana, una de las mayores del territorio colonial español, que comprendía el territorio entre los ríos Orinoco, al norte, y Amazonas, al sur. Esta enorme zona, cuya abstracta delimitación dependió esencialmente de la espiral que en ella dibuja el río Orinoco desde su desembocadura en el Atlántico hacia el corazón casi central de la provincia en donde el río nace, es una zona altamente integrada a la geografía continental y sería, en el siglo XIX, la primera frontera oriental sobre la cuenca del Atlántico de la naciente República de Colombia.

¿Difícil de leer, no es cierto? Pues bien, la solución en estos casos no consiste en torturar una oración larga y compleja hasta que grite. Incluso alguien muy experimentado podrá mejorar su texto partiendo en dos o en tres pedazos lo que trataba de decir aparatosamente en uno. Una versión más flexible del texto citado arriba sería:

Aquí estudiaremos la historia geográfica de la provincia de Guayana, una de las mayores del territorio colonial español, que comprendía el territorio entre los ríos Orinoco, al norte, y Amazonas, al sur. La delimitación abstracta de esta enorme zona dependió de la espiral que en ella dibuja el río Orinoco, desde su desembocadura en el Atlántico hasta su nacimiento en el corazón casi central de la provincia. La región está altamente integrada a la geografía continental y fue, en el siglo XIX, la primera frontera oriental de la naciente República de Colombia sobre la cuenca del Atlántico.

La fórmula más socorrida es combinar oraciones breves, intermedias y largas en proporciones iguales y en un orden impredecible. El siguiente correo electrónico mezcla longitud y complejidad con acierto:

Por fin tengo ánimos para escribirte unas líneas. Ayer abrieron –finalmente– la librería. Los chicos y yo volvimos a trabajar y estuvimos terminando de destapar las cajas en las que habíamos dejado los libros para protegerlos del polvo de las reparaciones. Salvo por el agite de la limpieza y por la nueva ubicación de todo, hemos vuelto al ritmo de antes, con la única diferencia de que, gracias a las obras, ahora tenemos mejor iluminación. Pero, como es usual, hoy pasamos un día solitario. Apenas tuvimos un par de visitas interesantes, que Martín monopolizó, locuaz, acelerado, con una emoción casi infantil. Yo pasé el día en el mostrador, mirando a la calle. Con las reparaciones quitaron la campanita de la puerta, que anunciaba la entrada de un cliente. No sé por qué la extrañé tanto, si la verdad es que desde hacía meses casi no sonaba...

Las oraciones son como los ladrillos, aunque es preferible que sean de distinto tamaño y color y que no tengan todos la misma forma. Alguien relacionó la sucesión de oraciones con el juego del Lego. La imagen es adecuada. Ahora bien, si no está seguro y tiene que inclinarse hacia algún lado, son preferibles las oraciones breves que tanto le gustaban a Hemingway. Correrá menos riesgos de confundir. A medida que vaya adquiriendo seguridad, podrá agregar a la mezcla oraciones más largas y complejas.

13. Evite la confusión

En materia de claridad no sobra ser más papista que el papa. Incluso si la posibilidad de confusión le parece remota, hará mejor en no tentar al diablo, es decir, al lector desatento o quisquilloso, y recompondrá lo escrito de forma que no exista confusión posible. Un recurso sencillo es usar una coma para evitar que el lector se equivoque en una referencia. Consideremos los siguientes ejemplos.

Su prontuario de prisionero, que seguramente ahora está guardado bajo llave en un museo, era parco.

A las nueve de la noche se desató un voraz incendio en el tercer piso, que se prolongó bastante.

El representante a la Cámara le planteó un debate al gobierno, que prometía ser duro.

En los tres casos, la coma antes del que es fundamental. De lo contrario podríamos pensar que el prisionero es el que está guardado bajo llave, que el piso es el que se prolonga o que el gobierno es el que promete ser duro. Ese mismo daño lo causa una coma puesta en el lugar equivocado, como se ve en este ejemplo:

Si el presidente supiera realmente la postura que debe tener la oposición, accedería de inmediato a sostener conversaciones de paz.

Esta oración no solo resulta diferente sino contraria a:

Si el presidente supiera realmente la postura que debe tener, la oposición accedería de inmediato a sostener conversaciones de paz.

Otro caso sería:

No espere a que Juan vuelva.

Una coma invierte el sentido:

No, espere a que Juan vuelva.

Claridad no siempre implica simplificación; significa armonía secuencial de significados. El español es un idioma flexible, así que es fácil reubicar una frase o una oración subordinada en un párrafo. Llamémoslo el síndrome del abordaje. En la mayoría de los casos, el barco más fácil de abordar es el anterior o el siguiente. Del abordaje depende el énfasis. Fíjese cómo ocurre un cambio sensible de enfoque al reordenar y editar las oraciones de este párrafo:

Según el CODE, entre 1988 y 2012 tan solo en la sabana de Bogotá ocurrieron 971 casos de la enfermedad de Waltzer, que dejaron un saldo de 1.802 muertes. Asimismo, la entidad aseguró que en 2013 apareció una nueva decena de víctimas. Uno de estos casos se registró el 27 de abril del año pasado en el municipio de San Francisco, en donde un agricultor identificado como Israel Acero se presentó con todos los síntomas del síndrome en el puesto de salud

municipal.

La segunda redacción es mejor:

Tan solo en la sabana de Bogotá, según el CODE, ocurrieron 971 casos de la enfermedad de Waltzer entre 1988 y 2012, dejando un saldo de 1.802 muertes. Una de las víctimas reportadas, entre una decena de nuevos brotes surgidos en 2013, fue el agricultor Israel Acero, quien se presentó en el puesto de salud del municipio de San Francisco con todos los síntomas.

Aparte de las construcciones confusas o monótonas –y, en general, pesadas–, una de las obstrucciones más comunes en el funcionamiento eficiente de un texto es la mala mezcla de nombres y pronombres. En el siguiente ejemplo, citado en Wikipedia, falta un pronombre:

Se bajó del caballo sin que se diera cuenta.

Sin el pronombre no sabemos quién fue el que no se dio cuenta. Así que toca agregar el pronombre o cambiar la redacción:

Se bajó del caballo sin que este se diera cuenta.

Se bajó del caballo sin que su acompañante se diera cuenta.

Se bajó del caballo casi sin darse cuenta.

Los pronombres dan agilidad a un escrito, pero un pronombre suelto a la buena de Dios puede causar estragos en la comprensión de un texto. Además, como el español permite la supresión de los pronombres, el peligro aumenta. Asegúrese de que su lector sabe quién es el sujeto de la oración. Si en últimas se ve obligado a escoger, peque por exceso de nombres, no por exceso de pronombres, pues es más grave un lector perdido que un lector aburrido.

Otro abuso común ocurre con los pronombres relativos, denominados así porque relacionan un antecedente con algo que se dirá a continuación sobre él. Se usan en oraciones como “el disco que pusiste”, “el carro rojo que estacionaron al frente”, “quien a hierro mata...” . Que y cual sustituyen personas o cosas. Quien siempre sustituye personas. Los pronombres relativos se usan mal cuando pierden el foco:

Le haré llegar a usted un perro con mi hermano, que tiene la nariz rota.

Vi la falda de tu hermana, que está hecha un guiñapo.

¿Quién tiene la nariz rota, el perro o mi hermano? No lo sabemos. Y en la segunda cita, la falda es la que está hecha un guiñapo, pero la redacción es torpe.

Miremos otro ejemplo:

Conozco mucho a Juan, el novio de Lina, a quien amo apasionadamente.

¿A quién remite el pronombre en cursiva? Ni idea. La solución es recoger al huerfanito y volverlo a juntar con su familia.

Conozco mucho a Juan, el novio de Lina, pero es a ella a quien amo apasionadamente.

14. Los conectores son necesarios,

pero se prestan a confusiones y abuso

Un texto requiere de lubricación para ser fluido. El recurso más corriente que permite lograr este efecto son las llamadas expresiones de transición, también conocidas como conectores. Es fundamental aprenderlos a usar. Se recurre a ellos para establecer secuencias lógicas (a causa de, debido a, porque, puesto que, por lo tanto, por ende, sin embargo), de espacio y cantidad (encima, enfrente, al lado, además) y de tiempo (actualmente, mientras tanto, tras de, entonces).

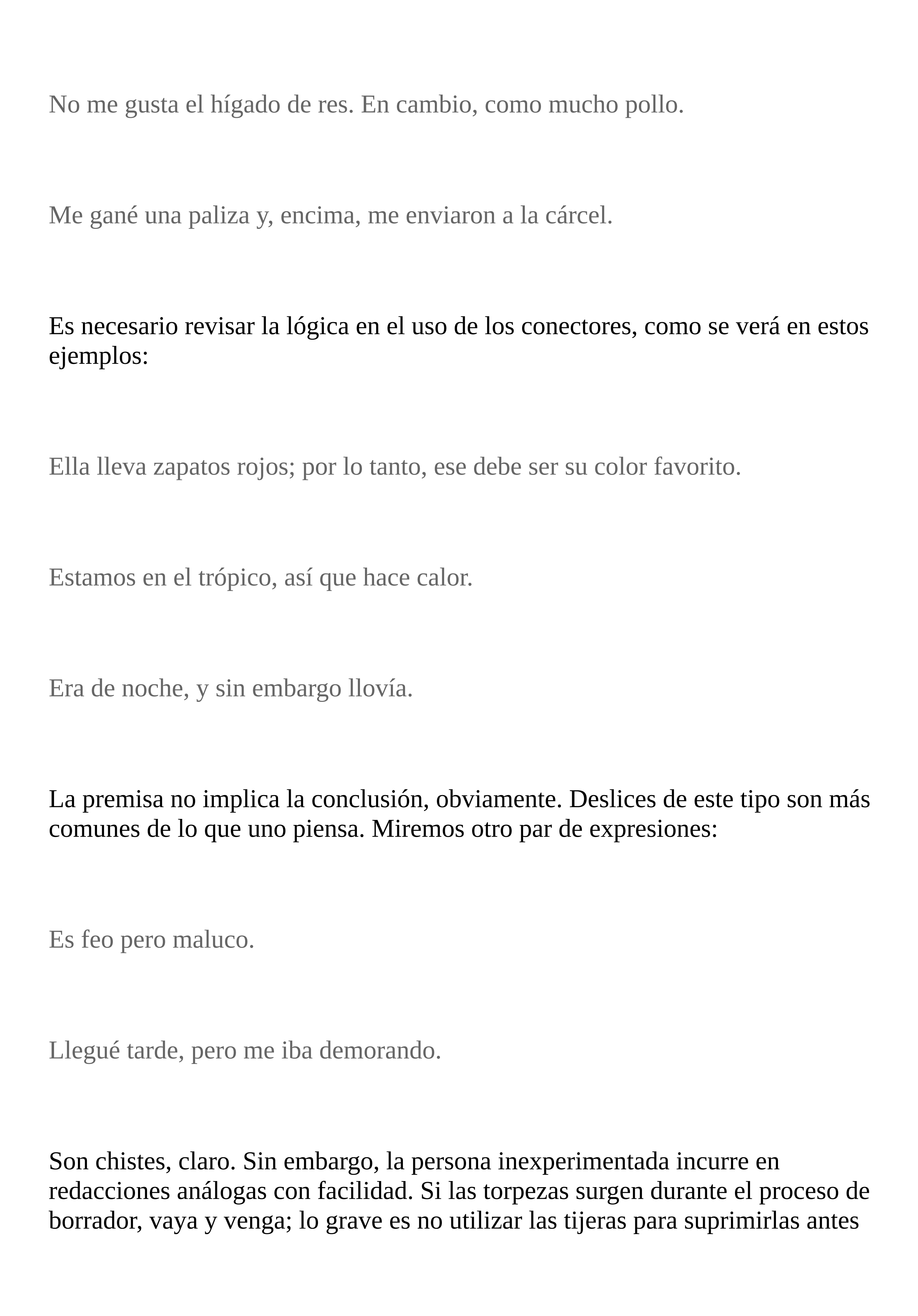
Los conectores van al inicio o cerca del inicio de las oraciones, ya que funcionan como señales de tráfico que indican lo que viene. Por ejemplo, sin embargo significa algo así como: “se aproxima una contradicción o una paradoja”; a causa de, debido a, porque o puesto que significan que usted va a elaborar algo ya enunciado y todavía no explicado. Otros conectores llevarán otros mensajes implícitos.

Un conector mal utilizado puede causar estragos, hasta el punto de convertir un texto en un chiste.

No me gusta el hígado de res. Sin embargo, como mucho pollo.

Me gané una paliza y, por ende, me enviaron a la cárcel.

En ambos casos el uso del conector inadecuado desbarata el sentido. Las versiones correctas serían:



No me gusta el hígado de res. En cambio, como mucho pollo.

Me gané una paliza y, encima, me enviaron a la cárcel.

Es necesario revisar la lógica en el uso de los conectores, como se verá en estos ejemplos:

Ella lleva zapatos rojos; por lo tanto, ese debe ser su color favorito.

Estamos en el trópico, así que hace calor.

Era de noche, y sin embargo llovía.

La premisa no implica la conclusión, obviamente. Deslices de este tipo son más comunes de lo que uno piensa. Miremos otro par de expresiones:

Es feo pero maluco.

Llegué tarde, pero me iba demorando.

Son chistes, claro. Sin embargo, la persona inexperimentada incurre en redacciones análogas con facilidad. Si las torpezas surgen durante el proceso de borrador, vaya y venga; lo grave es no utilizar las tijeras para suprimirlas antes

de entregar la versión final.

Abuso de los conectores

Pese a lo recomendables que son las expresiones de transición, su propia utilidad conduce al abuso. No exagere, entonces, con la lubricación porque su texto se volverá escurridizo o ampuloso. Fíjese en la fluidez con la que se leen estas oraciones sin conectores:

Si usted es buen nadador, practique diariamente este deporte. No se exceda. La natación, que es saludable, puede resultar agotadora.

Ahora note cómo los conectores atafagan el texto:

Si usted es buen nadador, entonces practique diariamente este deporte. Aunque no se exceda. La natación es saludable, pero puede resultar agotadora.

15. Refuerce la unidad interna de su escritura

La unidad interna de la escritura descansa en dos elementos: la coherencia de las ideas y el flujo adecuado de la información. La primera depende de la forma en que empatan las oraciones unas con otras, mientras que el flujo se logra cuando los lectores no perciben vacíos ni redundancias en el discurso y la selección de conectores es acertada.

La comunicación entre la coherencia y el flujo de las ideas no tiene por qué ser aburrida. Al contrario, ha de incluir una dosis constante de suspenso. Como regla general, el énfasis recae sobre el primer y el último elemento de cada párrafo. Así, cuando sienta débil alguna de ellas, corra el elemento principal hacia el comienzo o el final y con frecuencia notará una mejoría.

Ha sido una victoria mundial de la poesía. En un siglo en que los vencedores son siempre los que pegan más fuerte, los que sacan más votos, los que meten más goles, los hombres más ricos y las mujeres más bellas, es alentadora la conmoción que ha causado en el mundo entero la muerte de un hombre que no había hecho nada más que cantarle al amor.

Los elementos destacados en este trozo de García Márquez están en el lugar adecuado.

Las oraciones deben conformar un equipo o una familia. Aunque estos pueden contener mucha diversidad, tienen que preservar un aire de cercanía. Lo que uno no quiere tener es un patico en medio de una camada de pollitos, es decir, material del todo ajeno al tema tratado en el párrafo. Con la práctica, usted tendrá que aprender a detectar estos polizones, estas oraciones que pertenecen a otra parte del escrito pero terminaron donde están por accidente. Conviene entonces sacar al patico del entorno de pollitos y encontrarle un entorno de paticos.

16. Aprenda a separar los párrafos

Si un texto nos parece débil, si nos da pereza leerlo y nos distraemos aunque incluya aquí y allá apartes brillantes, lo más probable es que le falte un punto aparte. Este signo de puntuación nos lleva a la noción de párrafo, la siguiente de las esenciales en materia de escritura.

Como casi todo en la escritura, el párrafo se inscribe en el terreno de las paradojas. Cuando las oraciones que lo componen son fuertes, un párrafo armado con destreza podrá ser incluso más fuerte que la suma de sus componentes. Pero el peligro obvio y común es que sea más débil, en particular si los componentes también lo son.

La aversión por el punto aparte, exhibida incluso por articulistas veteranos, delata confusión en la estrategia de un escrito. Note a continuación cómo un párrafo farragoso puede aclararse agregando un par de puntos aparte.

En los últimos dos años la arremetida de la caballería de la salud, las buenas costumbres y la corrección política crecieron de manera exponencial en todo el mundo y, además de tierra arrasada, dejó gente aburrida. Eso sí, con los pulmones limpios. En marzo de 2003 los países miembros de la OMS firmaron el Convenio Marco para el Control del Tabaco, y a partir de allí soltaron los caballos para que se cumpliera el objetivo del Convenio: “Proteger a las generaciones presentes y futuras contra las devastadoras consecuencias sanitarias, sociales, ambientales y económicas del consumo de tabaco y de la exposición al humo de tabaco”. En el preámbulo, las Partes (así, con mayúsculas: estas partes no son nada pudendas) se muestran “seriamente preocupadas”, “profundamente preocupadas”, “alarmadas”, otra vez “profundamente preocupadas”, otra vez “seriamente preocupadas” por el incremento en el consumo de tabaco, por la exposición de menores al humo, venta y consumo de la sustancia.

Ahora una versión aireada:

En los últimos dos años la arremetida de la caballería de la salud, las buenas costumbres y la corrección política crecieron de manera exponencial en todo el mundo y, además de tierra arrasada, dejó gente aburrida. Eso sí, con los pulmones limpios.

En marzo de 2003 los países miembros de la OMS firmaron el Convenio Marco para el Control del Tabaco, y a partir de allí soltaron los caballos para que se cumpliera el objetivo del Convenio: “Proteger a las generaciones presentes y futuras contra las devastadoras consecuencias sanitarias, sociales, ambientales y económicas del consumo de tabaco y de la exposición al humo de tabaco”.

En el preámbulo, las Partes (así, con mayúsculas: estas partes no son nada pudendas) se muestran “seriamente preocupadas”, “profundamente preocupadas”, “alarmadas”, otra vez “profundamente preocupadas”, otra vez “seriamente preocupadas” por el incremento en el consumo de tabaco, por la exposición de menores al humo, venta y consumo de la sustancia.

Bueno, sí, los lectores habrán adivinado que en el texto original los tres párrafos venían separados y que aquí los unimos a propósito para crear confusión.

17. Un párrafo debe poder vivir aislado

El párrafo típico debe tener fuerza propia; solo así evitará ser destrozado o disuelto en las tensiones del discurso. No es inútil recordar la definición literal de párrafo: una serie de oraciones sucesivas, separadas por puntos seguidos o cualquier signo de puntuación que haga las veces del punto seguido, y rematadas por un punto aparte. La pregunta obvia es, ¿qué agrupa a estas oraciones dentro del párrafo y cómo se sabe que es fuerte y que no necesita desaparecer o fundirse con otro?

La escritura busca potencia, y la solidez de los párrafos es primordial en este empeño. Para la persona experimentada, poner puntos aparte se convierte con el tiempo en una decisión intuitiva, si bien conviene no olvidar que el punto aparte tiene que servir para potenciar el discurso. Aquí un ejemplo de un párrafo sólido extraído de un texto más largo.

El miércoles 16 de noviembre de 1879, el naturalista Roberto de Holanda terminaba de posar para el retrato que siete meses atrás había empezado a hacerle don Juan Mitre. Este artista, que en sus días de gracia logró el título de Maestro Mayor en la Escuela de San Basilio, tenía ahora que ganarse el pan atendiendo a los caprichos con que los nuevos ricos aseguraban su lugar en la posteridad. Pero esta vez, empobrecido y flaco como estaba, apenas libre de las fiebres que lo habían llevado días atrás al borde de la muerte, Mitre se alegraba, por primera vez, de poner sobre el lienzo el fino perfil de un hombre sabio.

La noción tradicional de que cada párrafo debe desarrollar una idea básica quizá no sea falsa, aunque sí es incompleta (la verdad a medias, sugería alguien, es la forma más eficaz de la mentira). Mejor será decir que es conveniente que en un párrafo haya una idea dominante y que esta pase por una elaboración y un desarrollo claros en ese párrafo. O sea, que la idea dominante no salga del párrafo como entró.

Mitre admiraba el coraje con que don Roberto superaba la mala fortuna. La muerte de su hijo mayor, que tras padecer en casa los suplicios de la tuberculosis borró el buen nombre que hasta entonces tuvo su padre, había convertido al antiguo y respetado médico en un embaucador despreciable. Eso pensaban todos en la ciudad. Por igual, antiguos pacientes y amigos se apartaban de él en la plaza y lo evitaban en la iglesia. Y rumoraban en sus corrillos sandeces tan despreciables como que el doctor había experimentado con su primogénito hasta quitarle la vida. Tal era su arrogancia, decían. Tal era el descaro de su impiedad. Pero para Mitre el dolor que esos rumores infligían en el rostro del naturalista eran un sello delicioso y un reto formidable. Un hombre despreciado merecía retratarse.

El coraje de don Roberto sale, en efecto, fuertemente matizado de este párrafo. El ejemplo nos sirve para decir que los párrafos deben amarrarse unos a otros. Si la forma de hacerlo es sutil e inesperada, mejor. Nótese que la última oración del segundo párrafo –un hombre despreciado merecía retratarse– remite al primero.

Un párrafo igualmente podrá centrarse alrededor de una anécdota o de un fragmento inquietante.

18. Suprima usted mismo lo superfluo

Miremos cómo empieza un principiante su escrito.

En la vida, como dice certeramente el gran poeta peruano César Vallejo, hay golpes tan fuertes pero tan fuertes, que lo dejan a uno anonadado. Sin embargo, no nos queda de otra que perseverar en los retos que nos hemos puesto y no cejar en el empeño ni dejarnos amilanar por las adversidades. Estas, al fin, no dejan de acontecernos a todos.

Nací en la ciudad de Leticia en 1946. Mi padre era un curandero exitoso que vendía sus servicios y sus pócimas a varias tribus de la ribera del Amazonas, mientras que mi madre era la dueña de la cantina más famosa de la ciudad...

Va otro ejemplo similar:

El atardecer había llegado de súbito, como una plomada. Todo parecía haberse silenciado, menos el graznido irritante de una mirla terca. Empezaban a titilar las luces de la ciudad en los vidrios de la casa.

Paulina abrió los ojos y supo con toda contundencia en dónde estaba. Había temido esta situación por décadas, y ahora era real. Se incorporó y empezó a reconocer las señales que tanto había deseado: las huellas de sangre, la puerta a medio cerrar, y al fondo, inerme por fin, el pelmazo de su marido.

En estas narraciones el primer párrafo no contribuye al desarrollo de la historia y parece una muletilla “filosófica” o de “ambiente” que el autor usa para aclarar la garganta antes de empezar a contarnos lo que vino a contar. Ambos párrafos introductorios pueden suprimirse en su totalidad y con ganancia.

Lo que sobra a veces no es un párrafo completo, como en el siguiente ejemplo:

La Habana, este mítico lugar que un día Alejo Carpentier llamó “la ciudad de las columnas”, es el epicentro de uno de los momentos más importantes de la historia colombiana. Desde mediados de 2011 la capital cubana ha acogido a los representantes de las fuerzas insurgentes y del gobierno para adelantar conversaciones de paz. El conflicto colombiano, ya casi centenario, quizá pueda por esta vía llegar a su fin.

Aquí la primera oración tampoco aporta al tema que se quiere tratar y engaña al lector, prometiéndole una noticia diferente, quizá más propia de la sección de turismo o de cultura que del apartado de actualidad política. Así que a tacharla.

Para un editor experimentado la situación que plantean los ejemplos precedentes es clásica. Uno tacha una oración, un párrafo completo o hasta dos o tres párrafos, usualmente al comienzo de un escrito, y no solo no pasa nada malo, sino que de inmediato siente un notable fresco. Estos párrafos pueden estar bien escritos y al mismo tiempo sobrar. Por lo tanto, la persona que quiera escribir en forma expresiva debe aprender a tachar sus oraciones y sus párrafos superfluos, así le duela. Si hasta los grandes autores pueden escribir basura, la norma es que usted también la escribirá y hará mejor en echarla a la caneca, a donde pertenece, que en hacerla circular por ahí.

19. El párrafo promedio: longitud, variedad,

orden y condimentación

El párrafo promedio, según el Oxford Essential Guide to Writing, debe oscilar entre 120 y 150 palabras (para traducir a caracteres con espacios multiplique por seis). Menos de 100 (50-60) y a lo mejor falta desarrollo; más de 200 y quizá falta un punto aparte o hasta dos. Los párrafos muy largos, a menos que sean escritos por una mano experimentada, fatigan al lector; los muy cortos lo exasperan.

De las oraciones de un párrafo, habrá una que lleve más peso, por lo general aquella que contiene la idea dominante de la que hablamos arriba. La mayoría de las veces esta oración querrá ser fuerte, clara, enfática, compleja y propositiva; otras veces podrá deslizarse de incógnita con su carga de veneno, como en el siguiente párrafo:

El lenguaje humano es mucho más universal de lo pensado. Ayer en el parque vi una pareja peleando airadamente. Sus gestos eran amedrentadores. A lo lejos se sospechaba el libreto del asunto: “Tú nunca me pones atención”, podría decir ella. “Tú siempre haces un escándalo por una tontería”, parecía contestarle él. Pero, pequeño detalle, se trataba de una pareja de sordomudos. Su riña silenciosa iba, pues, por la ruta de los improperios en lenguaje de señas. Me vino a la mente esa teoría, tan usual entre lingüistas contemporáneos, de lo hermético que es el idioma, de las complicaciones y malentendidos que produce su imperfecto sistema. Pero allí estaba yo, entendiendo mal que bien de qué iba la historia. En ese momento nació este ensayo.

El orden de las oraciones en un párrafo no solo sí altera el producto, sino que es fundamental a la hora de agregarle o quitarle potencia. La primera consideración es que el flujo debe parecer natural. Esto se logra organizando el discurso en función de la idea dominante, de la anécdota central o del protagonista obvio del párrafo, yendo de lo conocido a lo desconocido. Otra forma de verlo es decir que

una de las principales tareas del escritor es guiar al lector como si caminara por un sendero imprevisible en el cual habrá parajes, anuncios y personajes inesperados.

La receta para hacer mayonesa es muy simple: vierta en la licuadora una cucharadita de vinagre. Agregue un huevo entero y media cebolla roja y, si le agrada darle un sabor más cítrico o tradicional, sume a estos ingredientes el jugo de medio limón y una manotada de cilantro fresco. Añada sal y pimienta. Licúe la mezcla hasta integrar los ingredientes y, con la licuadora en movimiento, adicione un chorro delgado de aceite vegetal a través del orificio de la tapa que tiene la licuadora. Verá cómo con el aceite la mezcla se va volviendo densa. Detenga el chorro de aceite cuando vea que su mayonesa tiene la consistencia deseada.

Si en esta receta la instrucción de agregar el huevo se pusiera al final, no se obtendría mayonesa sino un bodrio incomible.

20. Unidad dentro de la diversidad:

los párrafos han de conformar un equipo

Son comunes las clasificaciones de los párrafos. El manual del Instituto Cervantes cita las siguientes: párrafo de enumeración, párrafo de secuencia, párrafo de comparación-contraste, párrafo de desarrollo de un concepto, párrafo de enunciado y solución de un problema, párrafo de causa-efecto. Si el lector quiere, puede buscar en internet las definiciones para cada categoría, aunque le advertimos que son poco útiles. ¿Por qué? Porque, como el famoso trago que les prohíben a los alcohólicos, son demasiadas y demasiado pocas a la vez. Un párrafo elocuente no se ajusta a una definición genérica. Lo que sí hace es encajar bien en una secuencia.

Aunque nos estamos anticipando al concepto de estilo, también lo hay en la construcción de los párrafos. Y así como las oraciones no deben ser todas de la misma naturaleza, tampoco conviene que los párrafos lo sean. Los habrá anecdóticos, los habrá abstractos, los habrá contrapuestos, los habrá polémicos. Conviene restarle rigidez a la estructura general de un escrito, así como no sobra algún elemento asimétrico bien ubicado que agregue vivacidad a la construcción. Miremos el comienzo de “El libro exprés” de Juan Villoro.

El pasado 8 de diciembre me convertí en coautor de un libro que se editó en tiempo real ante mis ojos. La aparición sucedió en la librería McNally Jackson de Nueva York.

Todo empezó gracias a las escritoras chilenas Lina Meruane y Soledad Marambio y al librero uruguayo Javier Molea. Los tres viven en Nueva York dispuestos a poner en práctica el aforismo de Paul Éluard: “Hay otros mundos, pero están en este”. En otras palabras, decidieron crear una plataforma digital –tan apátrida como ubicua– para autores latinoamericanos.

El proyecto de Lina y Soledad es suficientemente atrevido para merecer un elogio extremo: Brutas Editoras. Su logotipo es una sonriente prótesis dental.

Estos párrafos son más breves de lo que arriba sugerimos, pero no les falta nada. Y vaya si los tres son distintos.

21. El lead y la coda: lo que bien comienza,

bien termina

Muchos desarrollos en la técnica de la escritura se los debemos al periodismo. Las noticias escuetas todavía se presentan en la técnica de la pirámide invertida, según la cual la información no está completa si no responde a las preguntas clásicas: quién, qué, cómo, dónde, cuándo y por qué, yendo de lo más importante a lo menos.

Sin embargo, los buenos periodistas pronto descubrieron que dicha estructura de interés decreciente resultaba demasiado árida para los escritos más ambiciosos y que era preferible introducir el discurso con un abrebocas, al que denominaron lead. Este anglicado concepto fue un gran invento y uno lo encuentra en cualquier pieza que vaya más allá de lo meramente informativo, publicada por un diario y/o una revista. El lead suele ser rotundo, incluso misterioso, y por lo general resalta un elemento inesperado o una anécdota significativa de lo que vendrá. El buen lead formula una descripción seminal del tema del escrito. Van tres ejemplos.

A las cuatro de la mañana la Quinta Avenida de Nueva York está desierta, salvo por unos cuantos paseantes insomnes, algunos taxistas que no se detienen y un grupo de damas sofisticadas que permanecen de pie en las vitrinas de los almacenes durante toda la noche (y el día), con sus sonrisas frías y perfectas, sonrisas compuestas por labios de arcilla, ojos de vidrio y mejillas que brillarán hasta que se les pele la pintura. [Gay Talese, “La vida secreta de los maniquíes”]

Si Steve Jobs siguiera vivo hoy, ¿debería estar en la cárcel? [James B. Stewart en The New York Times]

En la fotografía, él parte de esta tierra como una flecha. Aunque no ha escogido

su destino, parece como si en los últimos instantes de su vida se hubiera abrazado a él. Si no estuviese cayendo, bien podría estar volando. Parece relajado, precipitándose por los aires. Parece cómodo en garras del inimaginable movimiento. No parece intimidado por la succión divina de la gravedad o por lo que le espera más abajo. Sus brazos están a los costados, solo ligeramente abiertos. Su pierna izquierda está doblada en la rodilla, casi de manera casual. Su camisa blanca –o casaquilla o sotana– se ondula libremente fuera de sus pantalones negros. Todavía tiene sus zapatillas de bota alta en sus pies. En todas las demás fotografías, la gente que hizo lo mismo que él –es decir, saltar– resulta insignificante ante el telón de fondo de las torres, que asoman como colosos, y ante los sucesos propiamente dichos. Algunos están sin camisa. Sus zapatos salen volando mientras ellos se agitan y caen. Parecen confundidos, como si estuvieran tratando de nadar por el costado de una montaña, colina abajo. [Tom Junod, “El hombre que cae”]

Ese mismo periodismo sofisticado inventó otro párrafo atípico: la coda, o sea, el párrafo final. La coda también ha de ser rotunda y no estará nada mal si, además, es desconcertante, porque de esa manera uno cierra y no cierra un escrito.

Cuando el disco iba a cambiar, Sinatra se volvió hacia ella y la miró directamente a los ojos, esperando la reacción que no tardaría en manifestarse. Así fue, y él le sonrió. Ella contestó con otra sonrisa, y Sinatra se fugó. [Gay Talese, “Frank Sinatra tiene un resfriado”]

En el siglo XVIII un sargento descubrió la astronomía parado en un caballo. De ese hecho queda un símbolo: una pista circular, el perdurable espacio de la fugacidad que llamamos “circo”. [Juan Villoro, “Acreditados elefantes”]

“Así expiró el sabio Fo-Yao, prez de la antigua Sérica, rodeado de sus hijos y de los hijos de sus hijos, de piadosas mujeres, y de algunos amigos discretos, que vertieron largo y doloroso llanto”. [Porfirio Barba Jacob, “El testamento de Fo-Yao”]

Tanto el lead como la coda podrán ser breves, si bien su longitud irá según el gusto del consumidor y el espacio con el que uno cuente.

Así como un párrafo es la suma de sus oraciones, un escrito es la suma de sus párrafos, de su título y de sus subtítulos. Aunque nos estamos anticipando al capítulo siguiente, al hablar del lead y la coda en realidad ya estamos hablando de técnica. ¿Por qué, se preguntará alguien, es conveniente diferenciar los comienzos y los finales? Pues porque en los comienzos, perogrullada necesaria, el lector está en Babia y no tiene otra referencia que el título, y porque después de los finales, perogrullada de nuevo necesaria, no sigue nada más, o sea, sigue el vacío. Hoy estos dos elementos derivados del periodismo se han vuelto comunes en todo tipo de escritos, menos en los académicos o científicos.

III. LA SEMILLA, LA FORMA Y LA TÉCNICA

LA SEMILLA

En uno de sus cuadernos de notas, Chejov registró esta anécdota: un hombre, en Montecarlo, va al casino, gana un millón, vuelve a su casa, se suicida. La forma clásica del cuento está condensada en el núcleo de ese relato futuro y no escrito".

RICARDO PIGLIA

DE CREERLES A CIERTOS MANUALES , uno debe comenzar un escrito con un esquema detallado de lo que quiere decir y luego trazar el respectivo diagrama de flujo. No es así como proceden los expertos, al menos los que yo conozco. Los esquemas encierran las ideas y las asfixian. De ahí que partir de un plan rígido que evite las sorpresas, sobre todo las fértiles, sea mala idea.

Existe un camino mejor que los diagramas de flujo y los esquemas académicos para comenzar un escrito. Podríamos llamarlo el principio de la semilla. Como lo normal es que uno no tenga del todo claro lo que va a decir hasta que por fin lo dice, la buena escritura ha de incluir procesos y elementos que ayuden a pensar por el camino. Claro, una cosa es no entender a cabalidad el problema planteado y otra ir a ciegas por un territorio desconocido, en cuyo caso habrá que sentarse a leer mucho antes de escribir la primera palabra del primer párrafo. Pero si el tema es más o menos familiar, al abordarlo uno tendrá una serie de intuiciones. Estas intuiciones son como semillas que, dependiendo del cuidado con que las cultivemos, llegarán a ser plantas maduras y darán fruto o no. El cuidado en el cultivo equivale a lo que se suele llamar la técnica de la escritura.

No resisto la tentación de contar aquí un caso extremo de germinación de una semilla literaria. Explicaba el escritor indio Vikram Seth de dónde le surgió la idea para escribir su famosa novela Un buen partido (A Suitable Boy, 1993), que en inglés tiene la bobadita de 1.350 páginas o 592.000 palabras. Todo provino

del fragmento de una conversación que Seth oyó en un autobús en Nueva Delhi. Adelante de él iban una madre y una hija. De repente, la madre le dijo a la hija la frase con la que se inicia la novela: "Tú también te vas a casar con un chico que yo escoja". La clave para Seth estaba en el adverbio también, pues sin él la novela se habría resuelto en 500 páginas. Solo que ese también implicaba que había que contar por lo menos con una segunda hija, otro matrimonio e infinidad de ramificaciones adicionales. En total, según Seth, explicar aquel también exigió casi mil páginas.

No les estamos sugiriendo a nuestros lectores que se monten en el próximo autobús de sus respectivas ciudades y fisgoneen las conversaciones de los demás pasajeros, sino que pongan atención a la voz personal que les habla por dentro y busquen ideas en el flujo de los pensamientos que les llegan al vuelo, en las primeras impresiones que les causa cualquier fenómeno. Es útil anotar ideas inconexas, por locas que parezcan. Muchas veces esa idea loca era la que usted necesitaba para darle centro de gravedad a un escrito. Fácil estaría la cosa, sin embargo, si el texto brotara hecho y derecho de las intuiciones. No es así. El impresionismo excesivo conduce a la banalidad. La voz espontánea es necesaria para que germine un escrito, pero la buena técnica aplicada con rigor es indispensable para que crezca y tenga calidad.

La intuición debe ser conducida por la experiencia, pues así como el ser humano que escribe tiene distintos registros y dimensiones mentales, en la escritura participan el inconsciente y el consciente, solo que el primero es más difícil de controlar. Lo normal es que en el proceso de escritura de una persona inexperta el consciente sea aparatoso, verboso e hipercorrecto, mientras que el inconsciente será descuidado, inconexo y omisivo. Ambos fenómenos ameritan atención, adiestramiento y control. Piénselo así: cuando funciona como debe, el inconsciente sirve para aportar una semilla fértil y para desaconsejar caminos aparentemente adecuados, y la conciencia para que esta semilla caiga en el semillero adecuado y sea cuidada por un jardinero entrenado. En todo caso, viene primero la semilla, después el semillero.

LA FORMA Y LA TÉCNICA

Una buena técnica de escritura implica resolver retos que se repiten con frecuencia. Aunque no garantiza la elocuencia de un escrito, su ausencia marcada sí conduce al fracaso. Las escrituras especializadas tienen cada una su técnica particular. Aquí, sin embargo, vamos a enfocarnos en las técnicas básicas que se requieren para cualquier escrito.

Un primer consejo es que, tras jugar un rato con la semilla, la persona decante una noción aproximada e intuitiva de cómo va a ser el texto final, es decir, la planta crecida. No todo el mundo logra esto de la misma manera. Algunos, una vez establecidos con claridad los pergaminos de la intuición, incluso les sacarán provecho a los esquemas y a los diagramas de flujo que desaconsejábamos atrás. Semejante irrupción del espíritu cartesiano no tiene nada de malo, siempre y cuando no conduzca a un enfoque rígido. ¿Se vale incluso cambiar de plan por el camino? Desde luego, porque el cambio puede ser una orden de las musas a la que no es sabio resistirse.

Un buen escrito también ha de adoptar una forma definida, sobre todo si tiene una cierta extensión; uno malo será caótico. Piense en un edificio. Cuando resulta es porque hay solidez y armonía entre los espacios, los materiales, los colores y las estructuras, lo que no quiere decir monotonía. Como la del edificio, no es conveniente predeterminar la forma del escrito más allá de los límites básicos. Idealmente debe surgir del escrito mismo, venir implícita en la semilla.

Dos casos notorios que ejemplifican la función de la forma en la escritura son los poemas y los cuentos. Los poemas solían tener formas prefijadas, dígase un soneto, con sus catorce versos endecasílabos, su esquema de rima e incluso sus acentos permitidos y no permitidos. Luego llegó el verso libre, que es mucho menos libre de lo que se piensa, pues cualquier poema valioso depende de su forma para potenciar su contenido. Los cuentos, pese a que tienen una estructura menos rígida que los poemas, necesitan aun así de una forma ingeniosa para lograr la contundencia y la elegancia sin las cuales el género fracasa. Así lo planteaba Antón Chejov, uno de sus mayores maestros: “Involuntariamente,

cuando se escribe un cuento, uno se preocupa ante todo de sus límites”.

Ahora bien, si lo suyo no es convertirse en Rubén Darío ni en Chejov, sino aprender a escribir bien, no se complique la vida con edificaciones laberínticas o audaces en exceso y llenas de voladizos. Construya una casa sólida, armónica y proporcionada y, al final, agregue una pequeña dosis de desorden y sorpresa, como por divertirse y divertir. Dicho de otro modo, en los territorios no literarios el dilema de la forma es menos crítico, pero no deja de haber textos bien armados y mal armados.

22. La voz activa es preferible a la voz pasiva

Recordarán los lectores que el orden natural de una oración es sujeto, verbo y predicado. La principal razón para privilegiar este orden, así como el sujeto activo, es que con ello la escritura se enfoca, como si fuera una foto. Veamos un par de ejemplos:

El camión atropelló al transeúnte.

Ahí queda dicho todo de forma económica. En cambio la voz pasiva es menos precisa.

El transeúnte fue atropellado por (¿un, el?) camión.

Por lo mismo es mejor escribir:

Einstein propuso la teoría de la relatividad a principios del siglo XX.

que:

La teoría de la relatividad fue propuesta por Einstein a principios del siglo XX.

Todos los niños aman la pasta.

que:

La pasta es amada por todos los niños.

Siempre recordaré la primera vez que fui a París.

que:

Mi primera visita a París siempre será recordada por mí.

La primera oración es más breve que la segunda en todos los casos, pese a que dicen lo mismo. Señala Strunk & White que si en el último ejemplo uno intenta suprimir la frase por mí, el significado se torna incierto.

Mi primera visita a París siempre será recordada.

¿Quién la recordará, el autor, un amigo, una amiga, la madre de ambos? No se sabe. Un sujeto inadecuadamente desplazado conduce, pues, a la incertidumbre.

Hay usos en los que la voz pasiva es preferible, aunque son los menos. Por ejemplo, cuando uno quiere rebajarle el protagonismo al sujeto incierto que resultaría de la voz activa o cuando este es fastidioso.

Al Pacino es considerado uno de los más grandes actores vivos.

Las clases de biología del profesor Acuña son muy apetecidas.

Convertir ambos ejemplos a la voz activa los debilita.

La gente considera que Al Pacino es uno de los más grandes actores vivos.

Los alumnos apetecen mucho las clases de biología del profesor Acuña.

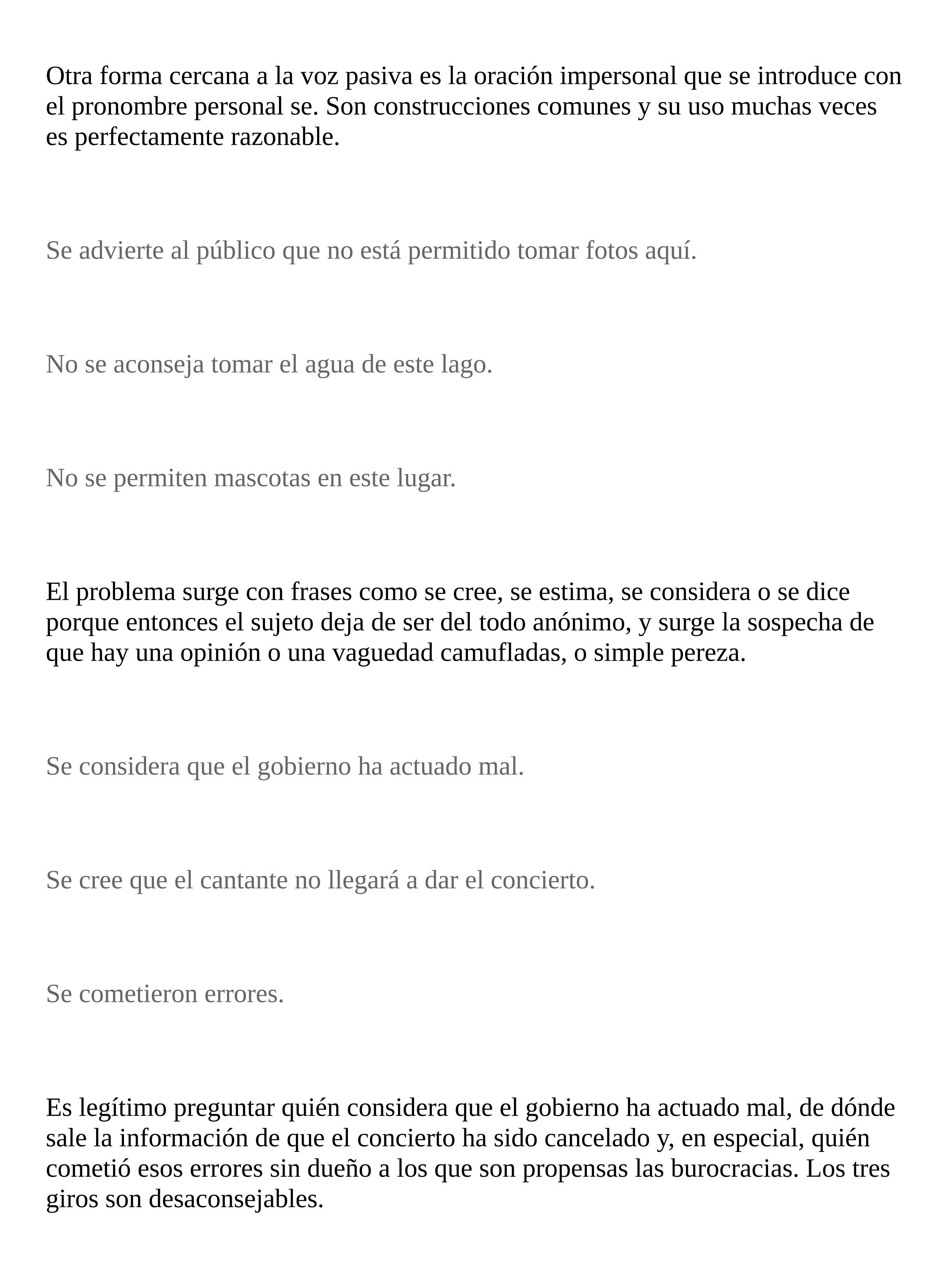
No por casualidad, en ambos ejemplos la voz activa alarga las oraciones, en contraste con lo que vimos atrás.

Otra ocasión en la que está bien convertir el complemento en sujeto es cuando no se sabe quién realiza la acción:

Esteban era vigilado. / Alguien vigilaba a Esteban.

Carolina fue objeto de una terrible agresión. / Alguien agredió terriblemente a Carolina.

Como no sabemos quién vigilaba a Esteban ni quién agredió a Carolina, la voz pasiva es preferible.



Otra forma cercana a la voz pasiva es la oración impersonal que se introduce con el pronombre personal se. Son construcciones comunes y su uso muchas veces es perfectamente razonable.

Se advierte al público que no está permitido tomar fotos aquí.

No se aconseja tomar el agua de este lago.

No se permiten mascotas en este lugar.

El problema surge con frases como se cree, se estima, se considera o se dice porque entonces el sujeto deja de ser del todo anónimo, y surge la sospecha de que hay una opinión o una vaguedad camufladas, o simple pereza.

Se considera que el gobierno ha actuado mal.

Se cree que el cantante no llegará a dar el concierto.

Se cometieron errores.

Es legítimo preguntar quién considera que el gobierno ha actuado mal, de dónde sale la información de que el concierto ha sido cancelado y, en especial, quién cometió esos errores sin dueño a los que son propensas las burocracias. Los tres giros son desaconsejables.

23. La afirmación es preferible

a la negación retórica

Por las mismas razones que atañen a la voz pasiva y a la oración impersonal, la afirmación es preferible a la negación retórica. Una afirmación enfoca mejor el pensamiento y es más directa y más breve. Comparemos las siguientes parejas de oraciones:

Juan no llegaba nunca a tiempo. / Juan llegaba siempre tarde.

María no considera que ir a la universidad sirva para nada o valga la pena. / María considera que ir a la universidad es una pérdida de tiempo.

Al locutor no le gustaba llamar a Manuel Francisco dos Santos por su nombre de pila. / El locutor siempre lo llamaba Garrincha.

En todos estos ejemplos el adverbio no es un factor de debilidad.

Más potente es la combinación de una afirmación y una negación.

No es caridad, es justicia.

No vengas hoy, ven mañana.

No te quedes quieto, camina.

Asimismo es potente reforzar el no o reemplazarlo con otras palabras negativas, como nunca o jamás. En las siguientes parejas de oraciones, la segunda es preferible.

No pienso volver. / No pienso volver nunca.

No quiero volver a verlo. / No quiero volver a verlo jamás.

Los adjetivos o los verbos negados suelen ser más débiles que aquellos que incluyen la negación en su definición.

No recuerdo tu nombre. / Olvidé tu nombre.

No me ponía atención. / Me ignoraba.

No le tenía mucha confianza. / Desconfiaba de él.

La oficina no estaba disponible. / La oficina estaba ocupada.

En cada caso, la segunda versión es más elocuente.

El peor escenario posible es la expresión dubitativa, que ni niega ni afirma, incluidas muletillas como sin duda, sobre todo cuando no es razonable presumir que haya duda.

José Elías del Hierro fue sin duda una figura brillante del conservatismo colombiano.

El decreto desafía el derecho a la privacidad, que es, sin duda, uno de los fundamentales de la persona humana.

Ambas oraciones mejoran con la supresión de la muletilla:

José Elías del Hierro fue una figura brillante del conservatismo colombiano.

El decreto desafía el derecho a la privacidad, uno de los fundamentales de la persona humana.

Nótese que, al suprimir una muletilla, uno a veces encuentra más retórica sobrante y puntuación innecesaria.

En caso de que a usted de todos modos le gusten la negación retórica o la voz pasiva, nadie va a prohibirle recurrir a ellas, pero sea parco.

24. La precisión es preferible a la vaguedad

Consideremos las siguientes parejas de oraciones:

El país no pasaba por un buen momento. / Las calles de Bogotá eran escenario de disturbios y pedreas.

Los negocios de Juan habían mejorado mucho. / Por esos días Juan se compró un apartamento en Manhattan y un Porsche descapotable.

La espiritualidad era la norma en la familia Ramos. / Tres de los hermanos Ramos, María, Pedro y Juana, se fueron al mismo tiempo a un áshram en las afueras de Calcuta.

Como se ve en los segundos ejemplos, un significado preciso es mejor que uno vago, lo particular es preferible a lo general y lo concreto a lo abstracto, a menos que se trate de temas teóricos o filosóficos. Si es para incluir detalles reveladores, la extensión por una vez es preferible.

Por lo mismo que abundar en abstracciones es menos elocuente que recurrir a la precisión, citemos a un gran escritor. El lector hará bien en fijarse en la manera en que Alejo Carpentier utiliza los detalles en este pasaje de El siglo de las luces.

Para que la solidez pudiera palparse, Sofía abrió el mueble, mostrando el grosor del batiente. Pero ahora estaba más interesado el forastero por los trajes viejos que colgaban de una varilla metálica: ropas que habían pertenecido a miembros de la familia materna, edificadora de la casa; al académico, al prelado, al alférez

de navío, al magistrado; vestidos de abuelas, rasos desteñidos, levitas austeras, encajes de baile, muselinas verdecidas por el salitre, percales e indianas, disfraces de un día: de pastora, de echadora de cartas, de princesa incaica, de dama antañosa.

Otra forma de ver el mismo fenómeno sería pedirles a los lectores que identifiquen el siguiente fragmento:

El hombre llegó al país a fines del siglo XIX. Era muy religioso. Años después, un nieto suyo, muy patriota, tuvo una ocupación burocrática. El otro abuelo, de profesión soldado, había sido víctima de los indios: el recién llegado prefería ser descendiente de este antepasado materno, no del religioso.

¿Difícil, no?

He aquí el original:

El hombre que desembarcó en Buenos Aires en 1871 se llamaba Johannes Dahlmann y era pastor de la Iglesia evangélica; en 1939, uno de sus nietos, Juan Dahlmann, era secretario de una biblioteca municipal en la calle Córdoba y se sentía hondamente argentino. Su abuelo materno había sido aquel Francisco Flores, del 2 de infantería de línea, que murió en la frontera de Buenos Aires, lanceado por indios de Catriel: en la discordia de sus dos linajes, Juan Dahlmann (tal vez a impulso de la sangre germánica) eligió el de ese antepasado romántico, o de muerte romántica. [Jorge Luis Borges, “El sur”]

Los detalles y la precisión hacen en este caso toda la diferencia.

25. Use oraciones subordinadas

para potenciar su escrito

Bien utilizadas, las oraciones subordinadas compactan la escritura, le dan variedad y agregan complejidad al ritmo. Veamos dos versiones de una misma idea:

Mandela fue un revolucionario valiente. En ese momento tocaba. Después se volvió un reformista eficaz. Entonces triunfó.

Mandela fue un revolucionario valiente cuando tocaba y se volvió un reformista eficaz cuando triunfó.

La segunda redacción es de lejos superior por su concisión y efectividad. Ojo, sin embargo, con las subordinadas sucesivas. Son una trampa.

No estoy a acostumbrado a que me regañen, dado que soy un tipo independiente que nunca en la vida ha tenido jefes.

No estoy acostumbrado a que me regañen. Soy un tipo independiente que nunca en la vida ha tenido jefes.

La segunda redacción no incurre en la cadena de subordinaciones que debilita el discurso.

Es importante saber qué se quiere resaltar. La subordinada a veces contiene información más importante que la principal. En ese caso, va adelante.

“Si muero, dejad el balcón abierto”, dice un poema de García Lorca.

La idea es poner al principio una oración subordinada larga solo cuando sea indispensable por la información que aporta o porque la oración principal no se comprendería sin ella, como en el siguiente ejemplo:

Cuando los meteorólogos anuncian que es alta la probabilidad de que el huracán se dirija a su ciudad, es mejor buscar refugio tierra adentro y esperar allí a que pase el temporal.

En contraste, la versión con la oración larga subordinada en la mitad resulta aparatosa:

Es mejor buscar refugio tierra adentro, cuando los meteorólogos anuncian que es alta la probabilidad de que el huracán se dirija a su ciudad, y esperar allí a que pase el temporal.

De resto, es conveniente poner los incisos breves en la mitad de la oración.

Juan Antonio, que no era ningún tonto, esperó a que lo dejaran solo para servirse un buen trozo de pastel.

Siempre es posible invertir el orden de una oración subordinada y una principal a ver si el embrollo se soluciona.

Como tú papá no hacía otra cosa que criticar mi comportamiento y me insultaba tiro por tiro, decidí que mejor renunciaba a trabajar con tu familia.

Tú papá no hacía otra cosa que criticar mi comportamiento y me insultaba tiro por tiro, de modo que renuncié a trabajar con tu familia.

La primera versión escatima información necesaria para el lector, mientras que la segunda versión fluye de manera más natural.

En últimas lo importante es que la subordinación sea estratégica, es decir, que potencie la oración principal, en vez de hacerla confusa, desorientadora, o de hacerle fallar el tiro. Veamos las siguientes parejas de oraciones:

Iván vivía sorprendido de que su madre saliera todas las mañanas antes del amanecer porque no sabía que trabajaba de celadora en una fábrica. / Porque no sabía que su madre trabajaba de celadora en una fábrica, Iván vivía sorprendido de que ella saliera todas las mañanas antes del amanecer.

Cuando por fin me abandones, me recluiré en un convento. / Me recluiré en un convento cuando por fin me abandones.

En ambos casos, la segunda redacción privilegia lo secundario y es claramente inferior.

Pese a que el orden natural es preferible, no hay razón para que los

condicionamientos deban ir siempre antes o siempre después; lo esencial es que vayan en el lugar adecuado. Existen, grosso modo, dos estrategias para escribir: la precavida, que dice: sí, lector, voy a afirmar algo, pero antes tengo que decirte por qué mi afirmación no puede ser contundente. La forma natural es la contraria: lector, aquí va mi afirmación, la cual después voy a tener que matizar. Aunque hay ocasiones para ambos enfoques, puestos a escoger es mejor manejar con el acelerador que con el freno.

26. No excluya al lector

Una cosa es editar el material superfluo y otra excluir al lector, error en el que incurren con facilidad los principiantes. Miremos este párrafo introductorio:

Lo que me propones no tiene ningún interés. ¿Por qué habría de tenerlo? Tú ni tienes la formación ni la tenacidad que se necesita para algo como lo que aquí estamos discutiendo. Algún sentido tendría todo esto si no hubiéramos tenido tropiezos en el pasado, pero los hemos tenido, como lo sabe cualquiera.

El lector a lo mejor sabe quién escribe, si el texto viene firmado, pero de resto está en Babia en cuanto a la identidad del interlocutor, su propuesta, lo que pasó antes y demás. Presumir que el lector sabe lo que no tiene por qué saber equivale a entrar sin saludar a una reunión y empezar a hablar de una tía a la que nadie conoce. La impresión de descortesía es inevitable.

No se salte el desarrollo de las ideas pensando que su lector es tan supremamente listo que las desarrollará por usted.

El accidente dejó al menos una veintena de víctimas fatales y cerca de una docena de heridos. Cuando llegó la policía, pudo averiguar que la máquina venía fallando desde antes de caer, puesto que dejaba una enorme estela de humo.

Este párrafo informa de manera muy vaga que hubo un accidente (¿cuándo?, ¿dónde?), el cual dejó una serie de víctimas, y que la policía estuvo indagando sobre él. Si su interlocutor quisiera enterarse de la noticia de una forma que lo incluya, habría que completar el párrafo así:

El accidente aeronáutico ocurrido en la tarde del martes pasado aún es un misterio para las autoridades. Al parecer, el avión de la compañía Alas cayó sobre la provincia peruana de Trujillo, en el distrito de Poroto, al norte del país. Hasta la fecha, el suceso ha dejado una veintena de víctimas fatales y una docena de heridos. Según informó la policía, varios testigos de la zona dijeron haber visto fallar la aeronave desde antes de caer, puesto que dejaba a su paso una enorme estela de humo en el cielo.

El autor bisoño tiene en la cabeza –aunque no siempre lo sepa– más cosas de las que cree y de las que caben en un esquema rígido. El error consiste en saltarse las interesantes por fijarse en las superfluas. Puede ser que lo que usted sí dice se pierda en el hueco de lo que no dice, o que lo que tendría que decir se pierda en lo que dice en exceso.

27. Aproveche los guiones, los paréntesis,

las cursivas y las comillas

Al escribir es riesgoso, aunque necesario, interrumpir. Se puede decir incluso que uno de los propósitos básicos de la escritura es aprender a interrumpir con gracia. Existen varias formas de hacerlo, empezando por la puntuación. Una coma sugiere que algo se ha suprimido en el discurso o pide una pausa. Un punto y coma y, aún más, un punto seguido significan “pasando a otra cosa”. Un punto aparte significa “cambiando de idea o de escenario”.

Por fuera de la puntuación, hay dos maneras de interrumpir un discurso con mayor drasticidad: los guiones y los paréntesis, de los que hablamos en el capítulo dedicado a las reglas básicas. Revisemos las opciones en la siguiente cita:

“¿Por qué –me preguntaba el remitente– eligieron un tema tan olvidado por el público? Ustedes mismos no han escrito mucho sobre el asunto y, sin embargo, tuvieron a bien incluirlo entre las opciones de su plan editorial”.

En mi respuesta al corresponsal expuse nuestros motivos y siento que estos fueron elocuentes, pues a continuación nos envió una larga carta en la que celebraba nuestro entusiasmo por un tema tan singular (casi nadie, de hecho, sabe qué es la paremiología, pero esperamos justamente corregir esa tendencia con el proyecto).

A partir de entonces hemos trabajado con empeño –y divirtiéndonos de lo lindo– en la recopilación de refranes y dichos populares colombianos. El estudio de sus procedencias, usos y cambios en el tiempo no ha hecho más que confirmar nuestras sospechas sobre el alto nivel de síntesis del que son capaces nuestros compatriotas y el humor desparpajado con que filtran la vida cotidiana.

Hay quien use los guiones y los paréntesis de forma intercambiable. Está en su derecho. Aun así, para un escritor fino son instrumentos distintos. Los guiones son la forma más elegante de interrumpir un escrito. Los paréntesis, en cambio, resultan aparatosos y deben usarse con menor frecuencia. Los guiones significan "ah, lector, tenga en cuenta este dato adicional que es importante" y pueden tener un efecto enfático, en tanto que los paréntesis suelen contener una aclaración que significa "esto podría no tener tanto que ver, pero igual quiero agregarlo aquí". Al leer en voz alta un texto, el contenido entre guiones se leerá en el mismo tono del resto o en un tono más alto, mientras que el contenido entre paréntesis se podrá leer en un tono más bajo.

Evite los paréntesis muy largos. Si lo que tiene que explicar requiere espacio, es poco cortés atiborrar un paréntesis con una explicación extensa. Use mejor el equivalente a un inciso largo en medio del discurso. Su lector se lo agradecerá. Lo que sigue podría ir intercalado entre los textos de arriba.

La paremiología es el estudio de los refranes y otras expresiones de la sabiduría popular. El nombre de esta rama de la lingüística proviene de la palabra griega paroimia, que significa "sentencia".

Un paréntesis o unas comillas, sean dobles o sencillas, tienen que cerrarse en alguna parte, y la puntuación entre los guiones o paréntesis ha de ser la misma que se usaría en ausencia de ambos mecanismos. Muy en particular, hay que incluir las comas que irían en la oración original. Miremos dos ejemplos:

El dueño de la revista puede tener reparos para publicar cosas –continúa diciendo nuestro entrevistado–, pero sabe que si algo es verdadero y creíble, lo tiene que publicar, porque si no lo publica él, lo publican otros.

Me enteré de que es una multa de cien millones de pesos –vaya si es cuantiosa–,

pero no sé a qué investigación se refiere.

En ambos casos sería un error suprimir la coma que va después del guion de cierre.

Hay también momentos para recurrir a las así llamadas “comillas de castigo”. Veamos:

Es imposible considerar que estos bárbaros fueran “cristianos”, pese a que rezaban todos los días.

Los robots venían dotados de un “cerebro” muy sofisticado, que les permitía realizar cuatro actividades a la vez.

Aquí las comillas dan un significado adicional a la palabra o a la frase entre ellas. Por ello resultan necesarias.

Sin embargo, estas comillas de castigo son por lo general una lata y se prestan para constantes abusos, como los siguientes:

La universidad acaba de abrir un curso de “superación personal”.

La chica había realizado muchos “comerciales” antes de volverse actriz.

Me sentí “robado” por la compañía de seguros.

Todas estas comillas sobran. Y no hablemos ya de la acumulación reiterativa del dichoso recurso.

Es muy discutido entre expertos el término “frontera”, que algunos consideran como el espacio “desatendido” por el Estado y otros como el universo social y geográfico sobre el que se “expande” una forma de orden político. Para nuestra investigación, la idea de “frontera” supondrá, al tiempo, una delimitación espacial y un “proceso” histórico. La “frontera” será entonces –en los Llanos Orientales, en la Amazonía, en las selvas no “pobladas” por medio de la fundación de ciudades– aquel segmento territorial sobre el que se “propaga” el orden estatal, al tiempo que dicho espacio se “incorpora” a los intereses nacionales.

Una vez más sobran todas las comillas incluidas en este texto, menos las que destacan la segunda mención de la palabra frontera (la primera va mejor en cursiva). Estamos ante los énfasis que suelen poner quienes se pasan de serios o quieren condicionar al lector, como si este no supiera que las palabras tienen varios niveles de significación.

Es muy discutido entre expertos el término frontera, que algunos consideran como el espacio desatendido por el Estado y otros como el universo social y geográfico sobre el que se expande una forma de orden político. Para nuestra investigación, la idea de “frontera” supondrá, al tiempo, una delimitación espacial y un proceso histórico. La frontera será entonces –en los Llanos Orientales, en la Amazonía, en las selvas no pobladas por medio de la fundación de ciudades– aquel segmento territorial sobre el que se propaga el orden estatal, al tiempo que dicho espacio se incorpora a los intereses nacionales.

Por último, en español el signo de puntuación va después de las comillas, en contraste con el uso en inglés. Así, será equivocado escribir:

“No estoy interesada,” dijo ella. “Ofrécele esas perlas a mi tía.”

28. Evite las repeticiones innecesarias

y las preguntas retóricas

Las repeticiones innecesarias, los usos monótonos y las frases pomposas y vacías aburren al lector.

Las repeticiones

Al releer lo escrito, adquiera el hábito de buscar palabras o conceptos repetidos, ya sea en forma exacta o con leves variaciones, e intente encontrar alternativas. Miremos el siguiente párrafo:

Nuestra literatura se inicia con el Diario de navegación de Cristóbal Colón. A partir del Diario la realidad americana se amolda a los términos con que entonces Occidente era capaz de interpretar a América. En el Diario es usual encontrar la palabra “maravilla”, que acompaña las descripciones de peces, aves y plantas u otros elementos de la realidad catalogados como maravillosos. A partir de entonces la singularidad de América se irá plasmando dentro de los límites conceptuales del español, el inglés, el francés y otras lenguas europeas, al tiempo que las obligará a flexibilizarse para abarcar la nueva realidad. En el transcurso de los años y poco a poco, sin embargo, esta literatura se llenará de matices, de novedades, de giros, de primicias. El barroco y el realismo mágico, con su mixtura de términos, son dos de los estilos con que diversos autores han sentido que pueden aproximarse con alguna legitimidad a la realidad americana, descendiente silvestre del mestizaje.

Es fácil, recurriendo a los primeros auxilios, hacerlo más ágil y alegre.

Nuestra literatura se inicia con el Diario de navegación de Cristóbal Colón. A partir de él, la realidad americana se amolda a los términos con que entonces Occidente era capaz de interpretarnos. En sus páginas es frecuente la palabra “maravilla”, que acompaña las descripciones de peces, aves y plantas u otros elementos de la realidad. Pronto la singularidad del continente irá dejando su marca en el español, el inglés, el francés y otras lenguas europeas, al tiempo que las obligará a flexibilizarse para abarcar la nueva realidad. Poco a poco, esta literatura se llenará de matices y novedades. El barroco y el realismo mágico, con su mixtura de términos, son dos estilos con los que diversos autores se han aproximado a la realidad americana, mestiza y silvestre.

Hay, sin embargo, repeticiones necesarias que por lo general espantan al principiante. Si usted está escribiendo un texto sobre el nacionalismo, tendrá que repetir varias veces esa la palabra. Aquí y allá podrá precisar las cosas hablando de chovinismo y separatismo, pero el acervo de sinónimos que existe en español para un concepto tan contundente es limitado, así que repita la palabra nacionalismo con la debida prudencia. El lector se lo agradecerá. Otro ejemplo podría ser la palabra corrupción, que por su potencia y claridad bien puede repetirse varias veces en un escrito. No es necesario ni conveniente llenar el texto con sinónimos imprecisos, como vicio, corruptela e inmoralidad.

Las preguntas retóricas

A todos nos gusta el recurso fácil y con frecuencia fastidioso de las preguntas retóricas, ¿no es cierto? Pues bien, la regla es nunca más de un par por párrafo y a lo sumo tres en un escrito con la longitud de una columna (4.000 caracteres con espacios). ¿Para qué más?

¿Quiénes son, en últimas, los campesinos de hoy? ¿Por qué su forma de vida, como quiera que la propongan, parece prohibida de entrada? ¿Cuándo serán ellos los que puedan hablar de sí mismos en un mundo que deje de leerlos con un gesto al tiempo paternalista e infantilizador?¿Acaso necesitan un sociólogo que los traduzca? ¿Antropólogos que los legitimen? ¿Acaso nunca van a poder

enunciar su destino y ejercer sus elecciones? Es casi simple: si no existen los campesinos, no existe la democracia.

El párrafo anterior deja apenas la estela velada de una opinión, pero nunca aclara el punto. Una alternativa es poner la pregunta retórica y luego responderla.

¿Quiénes son, en últimas, los campesinos de hoy? Esta población, a la que debemos gran parte de la soberanía alimentaria del país, no solo existe, sino que en días recientes se ha hecho sentir con una importante protesta. Su reclamo por unas condiciones más equitativas de competencia con las grandes multinacionales agroindustriales la pone en el centro de un debate económico y ambiental en el que es, de hecho, protagonista. Si los reclamos de los campesinos tienen eco entre los gremios que gestionan su cadena de mercado, es posible que fuercen al gobierno a moderar su posición frente a las inadecuadas políticas que aplica desde hace años.

Particularmente inconvenientes son las preguntas retóricas que disfrazan una afirmación. Si usted puede afirmar algo, afírmelo de frente y no mediante una pregunta retórica que se responda a sí misma.

Dado el alarmante nivel de contaminación del aire sobre la mina, ¿no sería apenas prudente suspender la operación hasta asegurar mejores condiciones de trabajo para los operarios?

Funciona mucho mejor así:

Dado el alarmante nivel de contaminación del aire sobre la mina, sería apenas prudente suspender la operación hasta asegurar mejores condiciones de trabajo

para los operarios.

29. Escriba, en lo posible, al derecho

Escribo lo más derecho que puedo, justo como camino lo más derecho que puedo, porque es la mejor manera de llegar allá”.

H. G. WELLS

Tal vez el español sea una forma muy evolucionada del latín (o degenerada, según sea la óptica), pero en nuestro idioma el verbo no debe ir al final, a menos que esté en imperativo, como sucede aquí:

¡León, duérmete!

En cambio, el siguiente verso es espantoso por más que lo haya escrito un poeta:

Mustia de tus labios la elocuencia duerme.

Como ya dijimos en el primer capítulo, aquellas oraciones que empiezan con el predicado o con una larga ristra de frases adverbiales deberán estar en clara minoría en un escrito. Veamos un ejemplo:

Bajo el rigor de un poderoso y férreo régimen totalitario, la población hallábase reprimida. Sobre la insoportable situación, mucho, aunque disimuladamente, se habían lamentado ya los pobladores, a quienes, por lo demás, las hambrunas y enfermedades en medio del invierno menguaban cruelmente. No sería fácil, sin embargo, la misión revolucionaria.

De nuevo, una sana dosis de primeros auxilios editoriales mejora mucho el texto.

La población se hallaba reprimida bajo el rigor de un poderoso y férreo régimen totalitario. Ya los pobladores, a quienes las hambrunas y enfermedades en medio del invierno menguaban cruelmente, se habían lamentado mucho, aunque disimuladamente, sobre la insoportable situación. La misión revolucionaria no se anunciaba fácil.

Es conveniente que las oraciones afirmativas con el verbo en la voz activa sean mayoritarias en sus escritos; por ello recomendamos que esta sea la modalidad utilizada por defecto, privilegiando el orden natural. Si algo no funciona, uno puede recurrir entonces a la voz pasiva, a la negación retórica o al comienzo con una oración subordinada o con frases adverbiales. Es seguro que, con este método, la segunda opción nunca será mayoritaria.

Otro consejo sencillo es: no escriba las cosas en el orden en que le llegan a la cabeza. Juegue con ellas, cámbielas de lugar hasta que una voz, a la que tendrá que ir entrenando, le diga: ese es. Cuídese de los sentidos inesperados, tan típicos de los niños, y recuerde que convertir una oración en un enigma no es nunca lo mismo que tener estilo. Dos ejemplos graciosos nos dan una idea de los peligros que acechan tras la redacción descuidada.

Se venden medias para várices italianas.

Pedro me aseguraba que él no tomaba alcohol continuamente.

No es posible que las várices tengan nacionalidad y vaya que uno puede ser tremendo borracho bebiendo con pausas entre un vaso y otro.

30. Simplifique los verbos y no confunda los tiempos

Existen los tiempos verbales simples y compuestos. Pues bien, escoja el más sencillo que de todos modos cuente lo que usted quiere contar, norma que no aplica a los poetas.

El barco estaba navegando con dificultad sobre el oleaje embravecido. El hecho de haber bajado las velas mientras se apagaba el incendio le había permitido al capitán evitar que el viento llegara a rasgarlas. Habíanse tomado, así, las decisiones correctas y llegaba el momento de atracar y de hacer las reparaciones necesarias.

Todo lo anterior puede contarse con un uso más económico de los verbos:

El barco navegaba con dificultad sobre el oleaje embravecido. Bajar las velas mientras se apagaba el incendio le permitió al capitán evitar que el viento las rasgara. Había tomado las decisiones correctas y era el momento de atracar y hacer las reparaciones necesarias.

Otro error común es el uso confuso de los tiempos verbales. La redacción recurre por defecto al pasado simple y al imperfecto para contar algo, como se verá en estos ejemplos:

Juan venía de Caparrapí cuando lo atracaron.

Lily, la hija del encargado, tenía los pies literalmente muertos. No había todavía acabado de hacer pasar a un invitado al cuarto de desahogo, detrás de la oficina de la planta baja, para ayudarlo a quitarse el abrigo, cuando de nuevo sonaba la quejumbrosa campana de la puerta y tenía que echar a correr por el zaguán vacío para dejar entrar a otro. [James Joyce "Los muertos", traducido por Guillermo Cabrera Infante]

De tarde en tarde usted podrá narrar en presente de indicativo:

Juan hace su maleta, la pone en el carro y arranca para Bogotá. No sabe que en una torcedura del camino le esperan unos enmascarados...

La narración en presente nos acerca a la acción pero, por ello mismo, cansa. Equivale al close-up del mundo audiovisual. Lo que supone un disparate es mezclar los tiempos verbales a la loca:

Juan hizo su maleta, la pone en el carro y arranca para Bogotá. No sabía que en una torcedura del camino le esperan unos enmascarados...

Algunos eventos, por ejemplo lo que ocurre en los libros o en las películas, viven en una suerte de eterno presente. Aureliano Buendía es todavía el hijo de Úrsula Iguarán, mientras que su remoto modelo humano fue enterrado hace setenta o más años. Y don Quijote es (no fue ni era) un caballero andante. De otro lado, Colón sospechaba que la tierra gira alrededor del sol (y no giraba), porque hasta donde uno sabe todavía sigue en su órbita, y Juan presumía que no es mala idea ahorrar parte de su salario, porque la idea no ha pasado de moda.

Pásese, pues, a los tiempos simples apenas pueda. La ley, tenga la seguridad, no va a ir a buscarlo por eso.

Nota bene: los españoles, por influencia francesa, iban por el nefasto camino de desterrar de la lengua hablada todo un tiempo verbal: el pasado simple (passé simple en francés).

"He ido ayer a tu casa y no te he encontrado", decían.

Por fortuna para ellos, llegamos los advenedizos del lado opuesto del Atlántico y los salvamos de tamaño empobrecimiento:

Fui ayer a tu casa y no te encontré.

31. Aprenda a meter y sacar material de un escrito

La caneca de la basura es el mejor amigo de un escritor”.

ISAAC BASHEVIS SINGER

“Comience tan cerca del final como sea posible”.

KURT VONNEGUT

La escritura es un proceso simultáneo de inclusión y exclusión. El principiante, sobre todo si es entusiasta, solo estará consciente del primer factor y llenará cuartilla tras cuartilla con los interminables anales de su originalidad. Incluso el veterano querrá mantenerse en contacto con el principiante que alguna vez fue y de tarde en tarde se animará a incluir material sobrante, quizá por método. Después sacará sin piedad lo que sobra.

Una recomendación al respecto es: deje por fuera aquello que la gente querrá saltarse de todos modos. O sea, sálteselo usted para que no tenga que saltárselo el lector.

Esta es la historia del gran tribuno del pueblo colombiano, Jorge Eliécer Gaitán, muerto de forma trágica el 9 de abril de 1948, en un episodio nunca esclarecido

del todo. Antes, sin embargo, conviene recordar que el barrio de Las Cruces, donde Gaitán nació, fue el primer asentamiento de clase obrera de Bogotá. Ya para 1665 se menciona su nombre, derivado quizá de un antiguo santuario del Señor de Las Cruces...

Aquí todo el material sacado de Wikipedia, que ponemos en cursiva, debe ir a parar a la basura.

No queremos decir, como hacen algunos tratadistas radicales, que la exclusión sea virtuosa per se. Se puede abundar en detalles significativos y ocasionalmente repetir una idea importante; es decir, escribirla de dos maneras distintas.

Con el tiempo y la práctica, usted encontrará su propia melodía en el proceso de inclusión y exclusión. Nada de malo tiene meter una frase ingeniosa, una anécdota o un chiste que después no funcionan y hay que sacarlos. Lo malo es cuando usted guarda las tijeras en el cajón del escritorio por amor a los propios desatinos.

Expresiones comunes y sus alternativas

Las palabras cortas son las mejores, y las palabras viejas, si cortas, son las mejores de todas".

WINSTON CHURCHILL

La intuición retórica del principiante suele llevarlo a pensar que lo expresivo es reemplazar una palabra común por otra más rara. Es exactamente al contrario: mientras más común sea una palabra o una expresión, menos llamará la atención en un texto y mayor fluidez le dará. Quien está aprendiendo a escribir debe partir del idioma llano, el cual, como es obvio, está compuesto de palabras llanas. Claro, una cosa es la expresión llana, otra la expresión pedestre y repetitiva. Así como una casa cuadrada con las ventanas todas del mismo tamaño, un solo tipo de ladrillo y pintada en un solo color será aburrida, las palabras comunes pueden sobreabundar y volver tedioso un texto.

Quizá se preguntará el lector por qué hay quien escriba en un idioma laberíntico, que resulta atractivo y seductor. La respuesta es sencilla: esa persona casi con seguridad empezó a escribir en idioma llano y luego fue enriqueciéndolo y construyendo otro más complejo y variado. Hay, desde luego, mil vías para llegar a un estilo personal si eso es lo que alguien busca. Sin embargo, un idioma llano manejado con destreza sirve para el 90% de usos con los que el lector promedio de este manual se va a encontrar. Dejemos que el 10% restante se adentre en la selva florida por su propio camino y según su propio método.

Es muy difícil, en cualquier caso, abusar de la conjunción y, de los artículos el o la, del pronombre relativo que o de las preposiciones a y en. La fórmula, con todo, es no limitarse a usar solo estos recursos, párrafo tras párrafo, hasta la

náusea. Para ayudar a nuestros lectores a evitar tan desagradable sensación, hemos confeccionado una lista de expresiones alternativas, con la advertencia expresa de que su uso entraña peligros para una persona de aspiraciones corrientes y que definitivamente no le estamos recomendando a nadie alejarse del idioma llano.

La lista clasifica cada grupo de expresiones en cuatro niveles: 1) el indispensable, 2) el común, 3) el menos común, 4) el raro y quizá inconveniente. La frecuencia de los usos debe seguir ese mismo orden: 1) las expresiones indispensables, o sea las palabras o frases madres de cada categoría, se podrán poner dos y hasta tres veces en un párrafo, eso sí, sin conformar un monopolio; 2) las comunes preferiblemente se usarán máximo una vez por párrafo; 3) las menos comunes, una vez por página, y 4) las raras, una o máximo dos veces en un escrito de mediana extensión. En cuanto a las exóticas o altisonantes, desaconsejamos su uso, salvo para veteranos y cuando sea fiesta de guardar.

La selección de estas expresiones llanas y de sus alternativas dista mucho de ser exhaustiva. Tampoco se trata siempre de expresiones sinónimas que puedan sustituirse sin más. Justamente una de las razones que pueden inducirle a cambiar una palabra o una frase llana por otra más rara es la búsqueda de precisión. Vale, pues, reemplazar la llana por la menos común o hasta por la rara, cuando el cambio enfoca mejor lo que usted quiere decir.

El método para decidir sobre el uso preferible es sencillo. Se le pide al procesador de palabras (sí, es mejor escribir en computador) que resalte cualquier expresión de la que uno sospeche que sobreabunda. A veces la sospecha será vana y no habrá que hacer cambios. Sin embargo, si saltan a la vista en tropel palabras iguales o relacionadas, el autor hará bien en encontrar algunos puntos en que: a) la expresión puede suprimirse sin daño, b) la expresión puede cambiarse por alguna de las que proponemos, con alivio de la presión repetitiva, c) la expresión puede cambiarse por otra que dará un sentido más exacto o particular.

Algunas palabras o expresiones, por ser polifacéticas, figuran en varias categorías y no siempre hay expresiones para las cuatro categorías en todos los grupos. Van las categorías en orden alfabético. En una segunda parte les damos el mismo trato a algunos verbos, sustantivos y adjetivos comunes.

Inventario mínimo

Aclarativas y correctivas

1) es decir, mejor dicho, o sea...

2) a fin de cuentas, a menos que, a no ser que, ahora que, al fin y al cabo, antes bien, bueno, cuando, de hecho, después de todo, en medio de todo, en realidad, en todo [cualquier] caso, esto es, o lo que es lo mismo, o si no, pensándolo bien, por así decirlo, por decirlo así, por lo menos, realmente, salvo que, si acaso, solo que, la verdad es que...

3) a saber, bien considerado, [bien] es verdad que, bien mirado, bien pensado, como no sea que, es verdad que, la realidad es que, la verdad es que, mirándolo bien, no digamos que, otra cosa es [sería] que [si], si bien se mira, si bien se piensa, si se considera bien, so pena de que, vamos...

4) miento, por mejor decir...

Aditivas

1) más, además...

2) aparte de, aparte de que, así, así como, así también, encima, fuera de que, mayor [cantidad], por otro lado, por otra parte, también...

3) amén, sin contar con que...

4) de ñapa, de yapa, otrosí...

Adversativas, contrarias o concesivas

1) pero, aunque, sino, sin embargo...

2) al contrario, a pesar de, aun cuando, en cambio, no obstante, por el contrario, por otro lado, pese a que, si bien...

3) a despecho de, a lo mejor, ahora bien, ahora que, al menos, antes bien, así y todo, aun, aun así, como, con ser que, con todo, con todo y eso, con todo y que, cuando, cuando menos, de otro lado, de todas formas, de todos modos, el caso es que, el hecho es que, en tanto que, la verdad es que, lo cierto es que, lo malo es que, lo mismo si A que si B, lo que ocurre es que, lo que pasa es que, mientras que, ni siquiera, no tanto A sino B, por lo menos, por más que, por mucho que, si, si A como si B, si bien es cierto que, siquiera, solo que, tanto si A como si B, y eso que...

4) conque, empero, mas, a sensu contrario, quieras que no...

Ojo que en esta categoría muchas veces se puede suprimir la conjunción dejando la coma o insertando un punto y coma.

Los liberales estaban a favor del libre comercio, pero los conservadores no.

Los liberales estaban a favor del libre comercio, los conservadores no.

Aproximativas

1) más o menos...

2) a eso de, algo así como, así, casi, como quien dice, como si dijéramos, cosa de, cuestión de, del orden de, digamos, dígase, es un decir, muy bien puede [o podría], ...o cosa así, poco más o menos, pongamos, se puede decir que [o puede decirse que], supón [supongamos, etc.], unos..., vamos a decir, vamos a suponer...

Atenuantes

1) en todo caso, si acaso...

2) a menos que, a no ser que, aunque solo sea, como no sea que, de cualquier modo, de todos modos, después de todo, en medio de todo, hasta cierto punto, salvo que, siquiera...

3) bien es verdad que, en cierta medida, en cierto modo, la verdad es que, no digamos que, no es por nada, so pena de [que]...

4) [dicho sea] con todo respeto...

Comparativas y aditivas

1) también, además, así...

2) aparte de [que], así como, asimismo, como, de la misma manera, de otro lado, del mismo modo, encima [de], fuera de [que], igual que, igualmente, lo mismo que, por añadidura, por lo demás, por otra parte, por otro lado...

3) amén de, así también, sin contar con que, tanto como...

Concluyentes

1) en últimas, finalmente, por fin...

2) a fin de cuentas, al fin, al fin y al cabo, al final, así pues, en conclusión, en definitiva, en fin, en resumen, en suma, total...

3) a la postre, en resumidas cuentas...

Condicionales y correlativas

1) si, mientras, según...

2) a condición de que, a medida que, a menos que, a no ser que, con tal [de] que, cuanto más [o menos] A más [o menos] B, de igual [o del mismo] modo que, de igual [o de la misma] forma [o manera] que, lo mismo que, no solo A sino B, si, siempre que, siempre y cuando [que], solo que...

3) a merced de, conforme a, de acuerdo con, paralelamente, según como, según que, tan A como B...

4) de acuerdo a...

Consecutivas

1) pues, porque, entonces, de modo que...

2) al fin y al cabo, así que, dado que, de ahí que, de manera que, de suerte que, en consecuencia, por consiguiente, por cuanto, por ende, por eso, por lo tanto, puesto que, total, ya que...

3) por lo que, por ello, tal [o tanto] A que B...

4) como que, como quiera que, toda vez que...

Copulativas

1) y...

2) además, además de eso, al igual que, aparte de, aparte de eso, así como [también], así como tampoco, así también, como, igual que, lo mismo que, por otra parte, por otro lado, también, tanto como...

Antónimos

ni, tampoco

Culminativas

1) incluso, hasta...

2) a fuerza de, como si fuera poco, de tan, ni, ni aun, ni siquiera, ni tan, para colmo[s], para rematar, por si era poco, por si faltaba [algo]...

3) de puro, para acabar de arreglarlo, para coronarlo...

4) por contera...

De apariencia

1) como...

2) a semejanza de, a su modo de ver, igualmente, semejante a, ser igual a, tener aire, tener apariencia, tener aspecto, tener pinta, tener porte...

De certidumbre

1) claro...

2) claro está, desde luego, por supuesto, en efecto...

3) ni qué decir tiene, no tendré que decir que, a ciencia cierta...

De duda

1) tal vez, quizá o quizás...

2) a lo mejor, es posible, posiblemente, puede, puede que, quién sabe, veremos, ya veremos...

3) sin duda, qué duda cabe, a no dudar, el tiempo dirá...

4) Dios dirá, sabe Dios [o Dios sabe]...

De frecuencia

1) a veces...

2) a menudo, con frecuencia, de cuando en cuando, de cuando en vez, de vez en cuando, en ocasiones, frecuentemente...

De tiempo

1) cuando...

2) apenas, una vez, una vez que...

3) a lo que, llegado el caso...

Hipotéticas

1) cuando, si, si acaso...

2) así, como, con que, dado que, de esa manera, de ese modo, de no ser así, de otra forma, en caso de que, en ese caso, en todo caso, pon [pongamos] que, puestas así las cosas, si en vez de, si es así, si no, siendo así, supongamos [o suponiendo] que...

3) caso de que, caso que, cuando no, dado caso que, donde no, en tal caso, llegado el caso, si como, si del mismo modo que...

Antónimos

a menos que, a no ser que, so pena de que

Preventivas

1) por si acaso...

2) no sea [el] caso que, no sea que, no vaya a [ser que], por si...

3) en previsión de que, no sea el demonio que, no sea el diablo que, para el caso de que, por si las moscas, preventivamente...

Que sintetizan

1) no hay...

2) brevemente, en pocas palabras, en resumen, en síntesis, en suma, sintetizando...

3) en dos palabras, en resumidas cuentas, para no ir más lejos, recapitulando, sucintamente...

Relativas

1) al respecto...

2) Acerca de, a propósito de, en cuanto a, en vista de...

3) con referencia a, con relación a, con respecto a, en [o por] lo que respecta a, en lo que concierne a, en relación con, por lo que atañe a, por lo que se refiere a...

Restrictivas

1) si acaso...

2) al menos, aunque sea, aunque solo [o nada más] sea, con tal que, cuando menos, en cierta medida, en cualquier caso, en todo caso, excepto que [o si], hasta cierto punto, por lo menos, salvo que, siquiera, tan siquiera, vaya y venga, ya que no...

Verbos, adjetivos y adverbios comunes

y sus alternativas

Los verbos, adjetivos, adverbios y frases que siguen son muy útiles y su uso es en extremo común. Tan populares son que pueden empobrecer el discurso por sobreabundancia. Conviene, pues, sopesar su uso y, cuando se detecte una mejoría evidente, reemplazarlos por alguno de los que proponemos.

de nuevo

empeñarse en, en forma reiterada, insistir, no cansarse de, nuevamente, otra vez, perseverar, porfiar, reiterar, volver a...

de repente

a quemarropa, abruptamente, como caído de las nubes, como caído del cielo, como un rayo, de buenas a primeras, de golpe, de improviso, de pronto, de sopetón, el día menos pensado, en el momento menos pensado, en un abrir y cerrar de ojos, inesperadamente, por sorpresa, repentinamente, sin avisar, sin decir agua va, sin saber cómo, súbitamente...

empezar, comenzar

abordar, acometer, arrancar, dar comienzo, dar en, dar principio, echar a,

embarcarse, emprender, entrar en materia, inaugurar, iniciar, insinuarse, partir de, poner en marcha, principiar...

grande

abismal, abultado, agigantado, atroz, bestial, colosal, como una casa, corpulento, de campeonato, de consideración, descomunal, desmedido, desmesurado, desproporcionado, enorme, exorbitante, formidable, gigante, gigantesco, grueso, imponente, impresionante, ingente, inmenso, magno, pingüe, soberbio, superlativo, tamaño, titánico, tremendo, vasto...

producir

acabar en, acarrear, causar, conllevar, crear, dar lugar, desatar, detonar, engendrar, generar, hacer que, implicar, ocasionar, provocar, resultar en, suscitar, traducirse en, venir a...

recordar

acordarse de, caer en [la] cuenta, conmemorar, dar en, desenterrar, echar de menos que, echar en falta, evocar, hacer memoria, no echar en saco roto, no haber olvidado que, no olvidar, rememorar, remontarse a, repasar, revivir, tener en cuenta, tener presente, traer a cuento, traer a la memoria, venir a la memoria...

sentir

acusar, caer en [la] cuenta, comprobar que, dar en, dar la impresión, experimentar, no escapar, notar, percatarse, percibir, reparar, tener la sensación, verse...

ver

advertir, atisbar, avistar, contemplar, descubrir, divisar, echar un vistazo, echar una mirada, echar una ojeada, entrever, escudriñar, estar pendiente de, examinar, mirar, no perder de vista, no quitar los ojos de, notar, observar, percibir, reparar en, vislumbrar...

IV. APROXIMACIÓN AL ESTILO

Cuando usted lee el siguiente fragmento...

Nadie lo vio desembarcar en la unánime noche, nadie vio la canoa de bambú sumiéndose en el fango sagrado, pero a los pocos días nadie ignoraba que el hombre taciturno venía del Sur y que su patria era una de las infinitas aldeas que están aguas arriba, en el flanco violento de la montaña, donde el idioma zend no está contaminado de griego y donde es infrecuente la lepra. Lo cierto es que el hombre gris besó el fango, repechó la ribera sin apartar (probablemente, sin sentir) las cortaderas que le dilaceraban las carnes y se arrastró, mareado y ensangrentado, hasta el recinto circular que corona un tigre o caballo de piedra, que tuvo alguna vez el color del fuego y ahora el de la ceniza.

...de inmediato sabe que es de Borges, así ignore a qué escrito pertenece.

Lo mismo le pasa con este otro:

Iba corriendo contra el viento, más veloz que un venado, y ninguna voz de este mundo la podía detener. Pasó corriendo sin volver la cabeza por el vapor ardiente de los charcos de salitre, por los cráteres de talco, por el sopor de los palafitos, hasta que se acabaron las ciencias naturales del mar y empezó el desierto, pero todavía siguió corriendo con el chaleco de oro más allá de los vientos áridos y los atardeceres de nunca acabar, y jamás se volvió a tener la menor noticia de ella ni se encontró el vestigio más ínfimo de su desgracia.

Sabe que es de García Márquez.

¿Por qué tiene uno tanta certeza sobre cada autor si apenas cuenta con una breve

serie de palabras? Lo sabe por el estilo. No, no vamos ni siquiera a intentar descifrar la sutilísima red de correspondencias, sonoridades y sentidos que constituyen el estilo de Borges o de García Márquez, dos de los más consumados prosistas que haya dado nunca el idioma español. Apenas queremos presentar la noción.

Bueno, dirá usted, así escribían Borges y García Márquez y ambos tienen un estilo prodigioso, pero este lunes yo tengo que entregar un ensayo en mi universidad a ver si apruebo el curso; no es lo mismo. Cierto, no es lo mismo, aunque es análogo. Así como un chef de tres estrellas Michelin deslumbra a sus comensales con su maravillosa destreza culinaria, y usted no tiene por qué emularlo, sí puede hacer unos huevos revueltos sabrosos o espantosos. Con la escritura sucede algo semejante.

El debate sobre ese codiciado concepto estético que es el estilo tampoco lo vamos a abordar aquí. Baste con decir, en términos sencillos y para lo que nos concierne, que el estilo puede equipararse con la elegancia. Importa saber que cualquier persona que escriba con algún grado de competencia lo hace con un estilo, aunque no se entere. De ahí que aprender a escribir pasa también por adquirir un estilo, así sea camuflado, prestado y no siempre coherente, es decir que el aprendizaje de la escritura puede entenderse como el descubrimiento del estilo. Surge, sin embargo, una pregunta: ¿a qué estilo aspirar? La respuesta está en una paráfrasis de Voltaire: todos los estilos son válidos, menos el aburrido. Yo agregaría que tampoco se valen el estilo exasperante o el estilo incomprensible.

LA ESCRITURA COMO SEDUCCIÓN

> Agarre siempre al lector por la garganta en el primer párrafo, húndale los pulgares en la tráquea y manténgalo contra la pared hasta la palabra fin”.
>
> **PAUL O’NEILL**

El estilo no es una virtud autocomplaciente. La buena escritura se parece a la seducción. Por ende, exige un cierto drama. Si no hay drama, no hay interés.

Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos; era la edad de la sabiduría, era la edad de la locura; era la época de las creencias, era la época de la incredulidad; era la estación de la luz, era la estación de las tinieblas; se vivía la primavera de la esperanza, se vivía el invierno de la desesperación; lo teníamos todo delante de nosotros, no teníamos nada delante de nosotros; todos íbamos directo al cielo, todos íbamos derecho en el sentido opuesto.

Este es el famoso párrafo inicial de Historia de dos ciudades, la novela de Dickens, que inserta al lector en el epicentro de la Revolución Francesa, del cual no saldrá sino cientos de páginas después. Una advertencia es de rigor: el drama puede exagerarse o deformarse en melodrama y entonces se obtendrá el efecto contrario. Abra el lector cualquier novela rosa y tendrá ejemplos abundantes de ello.

En materia de seducción “hay la manera”, como dicen los franceses. Resulta

revelador equiparar el juego de las formas sucesivas de la escritura con el funcionamiento de una cámara de filmación. Si usted la deja quieta en una sola posición, causará un desastre de monotonía; si la mueve a lo loco, el espectador terminará mareado. Pues bien, al escribir hay que variar lo que podríamos llamar los encuadres y hay que enfocar, evitar los saltos de eje, sostener el discurso con firmeza y empatar con cuidado las secuencias. En cuanto a la variedad, a veces querremos ver las cosas en close-up –una anécdota, un detalle–, a veces en plano medio –un desarrollo concatenado de ideas o episodios concretos– y a veces en plano general, o sea un ocasional ejercicio de abstracción.

32. Procure ser claro, simple y breve

Hay espíritus que enturbian sus aguas para parecer profundos”.

NIETZSCHE

“Mientras menos se entienda una situación, más pretenciosa será la forma de expresarla”.

JOHN ROMANO

La claridad

La claridad, recomendada en capítulos anteriores, es la base preliteraria del estilo, pues no es fácil que este aparezca donde la escritura no se entiende. La cita de Nietzsche en el epígrafe pone de presente que la claridad tiene un defecto y es el de desnudar lo que uno quiere decir. Puede, por lo mismo, delatar nuestras miserias. Sin embargo, la ambigüedad es peor porque debilita el discurso de entrada y aburre.

El manual Strunk & White sugiere lo siguiente:

Claridad, claridad, claridad. Cuando una determinada oración se le complique hasta lo imposible, mejor empiece de nuevo; no intente ganarle la batalla a las

malas a un embrollo sintáctico contra el que sus posibilidades son nulas. Por lo general, lo que no funciona es porque se ha enredado demasiado; parta mejor esa oración y conviértala en dos o tres oraciones independientes.

El diablo está en los detalles, dice un viejo proverbio aplicable a la escritura. Gana un escrito, por ejemplo, cuando en vez de decir hace un tiempo usted pone el año pasado, lo que puede convertirse en el pasado mes de septiembre o en el 11 de septiembre del año pasado. Deje, por lo tanto, las turbiedades supuestamente poéticas a los novelistas de ceño fruncido y escriba con la mayor claridad posible. Reemplace cuando pueda las palabras genéricas –cosa, vaina, trasto, tiesto, problema, persona, sitio, lugar, tema, etc.– por otras más específicas. Un abanico no es una cosa, es un abanico; un pleito contra el diputado Ordóñez no es un problema, es un pleito contra el diputado Ordóñez; el arzobispo Miguel Rodríguez no es una persona, es el arzobispo Miguel Rodríguez. Hablar de 1989 es más claro que decir a fines del siglo XX. Asimismo es preferible referirse a los 59 comensales que lo acompañaron en la cena, a decir que eran aproximadamente cinco docenas. Las generalidades se valen solo cuando no se tienen cifras o lugares exactos.

La simplicidad

Albert Einstein tenía una fórmula elocuente sobre la simplicidad: “Todo debe simplificarse hasta donde se pueda simplificar, no más allá”. Mencionemos aquí la noción de la navaja de Ockham o ley de la parsimonia, según la cual en igualdad de condiciones las explicaciones más simples son preferibles, y la exégesis de lo desconocido debe partir de lo conocido. Estos principios científicos son relevantes para el estilo. No se trata de simplificar por simplificar, porque entonces llegaríamos al monosílabo. Se trata de simplificar para resaltar y para comunicar lo esencial. Muchas veces la expresión complicada es en realidad signo de que quien escribe no comprende lo que escribe. Prefiera, por eso, las palabras simples a las complejas, sobre todo cuando estas últimas no agreguen ningún matiz esencial.

La siguiente lista le dará una idea. En ella, el ejemplo final es siempre (para nosotros) preferible:

Me gusta experimentar los restaurantes a nivel personal. / Me gusta experimentar los restaurantes personalmente.

Estuve en ese país con anterioridad. / Estuve antes en ese país.

No asistí dado el hecho de que no me llamaron a tiempo. / No asistí debido al hecho de que no me llamaron a tiempo . / No asistí toda vez que no me llamaron a tiempo. / No asistí porque no me llamaron a tiempo.

Y ahora vamos a dar comienzo a la conferencia. / La conferencia va a comenzar.

Es mejor dar cumplimiento a las reglas. / Es mejor cumplir las reglas.

De conformidad con la opinión del profesor, esa ley es inconstitucional. / Según el profesor, esa ley es inconstitucional.

Fue necesario posponer el curso debido a la carencia de alumnos. / Fue necesario posponer el curso por falta de alumnos.

Es necesario efectuar cambios en los planos. / Es necesario hacer cambios en los planos.

Por favor suban al escenario en este momento. / Por favor suban ahora al

escenario.

Sí, querida, nos encontramos en el interior. / Sí, querida, nos encontramos adentro.

No obstante el hecho de que ayer me despidieron, querían que hoy viniera a trabajar. / Aunque ayer me despidieron, querían que hoy viniera a trabajar.

El parlamentario había citado a sus numerosos invitados. / El parlamentario había citado a sus muchos invitados.

La problemática de las basuras ameritaba una solución distinta. / El problema de las basuras ameritaba una solución distinta.

Nota bene: la palabra problemática es útil como adjetivo: Ana es una chica problemática.

Invitamos al público en general a salir en forma ordenada. / Invitamos al público a salir en orden.

El magistrado renunció sin condicionamiento de carácter temporal. / El magistrado renunció por tiempo indefinido.

Yo soy de la opinión de que es mejor hacer exámenes de admisión en esta universidad. / Yo creo que es mejor hacer exámenes de admisión en esta

universidad.

La brevedad

Es extraño: ahora tengo la manía de la brevedad; nada de lo que leo, mío o ajeno, me parece lo suficientemente breve".

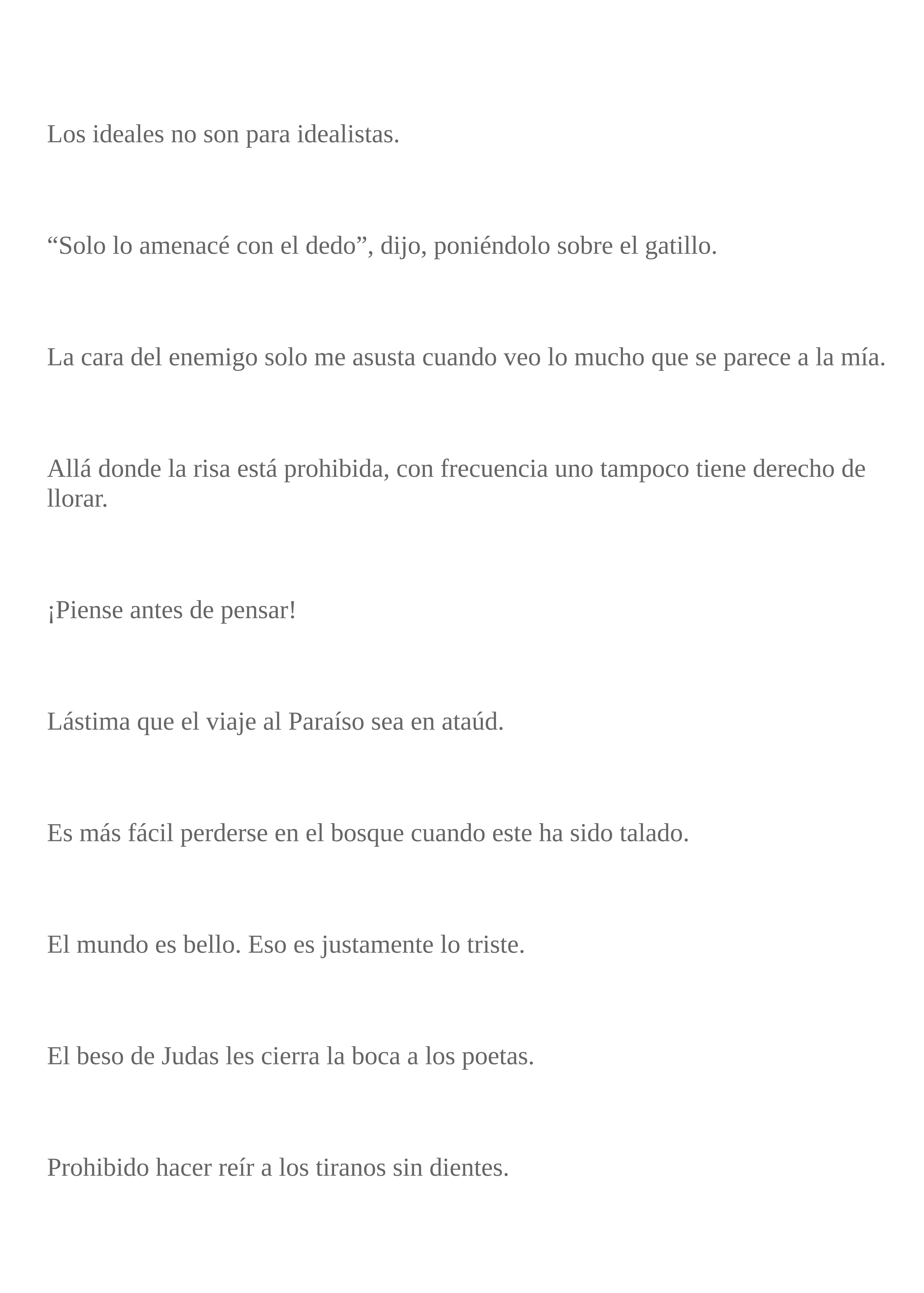
ANTÓN CHEJOV

"Si escribí una carta tan larga, es porque no tuve el tiempo suficiente para escribir otra más corta".

BLAISE PASCAL

La brevedad es un recurso poderoso y, por ende, escribir pasa por aprender a editar los textos propios, quitándoles un cuarto, un tercio, la mitad o hasta más. Reduzca, saque material y pode, porque casi siempre algo sobrará en su escrito. Sométalo a dieta. Recobrará las curvas perdidas. ¿Que por ahí se le ocurre una idea fértil de última hora? No hay problema, siempre y cuando agregue una cosa por cada tres que suprima.

Sin la brevedad, Lichtenberg, La Rochefoucauld o Jerzy Lec no tendrían el prestigio que tienen. Va una docena de aforismos de este último, quizá el más parco de todos. Ensaye a quitar o agregar palabras y verá que no se puede.



Los ideales no son para idealistas.

“Solo lo amenacé con el dedo”, dijo, poniéndolo sobre el gatillo.

La cara del enemigo solo me asusta cuando veo lo mucho que se parece a la mía.

Allá donde la risa está prohibida, con frecuencia uno tampoco tiene derecho de llorar.

¡Piense antes de pensar!

Lástima que el viaje al Paraíso sea en ataúd.

Es más fácil perderse en el bosque cuando este ha sido talado.

El mundo es bello. Eso es justamente lo triste.

El beso de Judas les cierra la boca a los poetas.

Prohibido hacer reír a los tiranos sin dientes.

¿La explotación del hombre por el hombre? Pues bien, es humana.

Uno puede cambiar de fe sin cambiar de Dios. Y viceversa.

Cuentan que en una clase universitaria de escritura creativa el profesor les pidió a los alumnos escribir un cuento que contuviera los siguientes elementos: 1) religión 2) realeza 3) sexo, y 4) misterio. El ganador utilizó doce palabras:

“Dios mío”, dijo la reina, “estoy embarazada. ¡Me pregunto de quién será!”.

33. Privilegie los sustantivos

El Padrenuestro es una oración poderosa. Citémosla in extenso:

Padre nuestro

que estás en el Cielo,

santificado sea tu Nombre;

venga a nosotros tu Reino;

hágase tu voluntad

en la tierra como en el Cielo.

Danos hoy nuestro pan de cada día;

perdona nuestras ofensas,

como también nosotros perdonamos

a los que nos ofenden;

no nos dejes caer en tentación,

y líbranos del mal. Amén.

Como se verá, no hay adjetivos, apenas sustantivos y verbos simples y compuestos. El mensaje es: privilegie los sustantivos y los verbos en la medida de lo posible.

No es buena idea que un solo verbo pastoree muchos sustantivos, ni que un solo sustantivo pastoree muchos verbos, porque en ambos casos las ovejas se pueden

descarriar.

El vestido que llevaba Catherine me pareció cursi, ridículo, extravagante, escandaloso, estrambótico, fatuo, risible y grotesco.

Es mejor decir esto de otra manera.

El vestido de Catherine era un adefesio.

Ojo, en esta versión desaparecieron los adjetivos.

34. Evite las nominalizaciones

y demás transposiciones verbales

Los sustantivos, como acabamos de decir, son una fuente de poder en la escritura, pero existe la nominalización (una de las varias transposiciones verbales posibles), que puede tener efectos nefastos. Miremos un ejemplo:

La conducción del camión por parte del chofer no era la más adecuada; de ahí se derivaba su tendencia a incurrir en infracciones.

Nada incorrecto aquí, pero el efecto nocivo de la nominalización se verá al expresar la idea de otro modo:

El chofer del camión manejaba mal y por eso lo multaban con frecuencia.

Nótese que es posible cambiar el verbo conducir por el más eficaz manejar y el sustantivo abstracto infracciones por el verbo concreto multar. Otro ejemplo sería:

La concepción de un hijo es una de las opciones más maravillosas que tenemos los seres humanos.

Más directo:

Tener hijos es una maravilla.

Cuando se puede, la idea es usar la palabra original, antes que la forma derivada, y los verbos simples, en vez de los compuestos.

La conversión de verbos en sustantivos, con el uso de artículos, sobra en el 99% de los casos. Compare las siguientes parejas de oraciones:

El viajar es como una droga para los jóvenes. / Viajar es como una droga para los jóvenes.

¿Por qué el comer disminuye el dolor de las úlceras pépticas? / ¿Por qué comer disminuye el dolor de las úlceras pépticas?

Las segundas versiones adquieren agilidad con la mera supresión del artículo.

Hay excepciones, como en algunos refranes venerables.

En el comer y en el rascar lo importante es comenzar.

Al dolor de cabeza el comer le endereza.

35. Pastoree sus adjetivos

Si lo que uno quiere decir es: afuera llovía con fuerza, es mejor decirlo así, sin agregar ningún adjetivo. De nada sirve escribir: en el interior de la casa se oían los repentinos y turbulentos truenos y el insistente repicar de la lluvia. El adjetivo funciona como el condimento en la comida: la dosis tiene que ser justa. Así, cuando un texto viene recargado de mostaza, paprika, jengibre y demás equivalentes, se vuelve incomible. ¿Por qué tanta gente sobrecondimenta su prosa? Lo más probable es que lo hagan por no estar seguros de lo que dicen. La seguridad hay que buscarla en los argumentos, no en la retórica.

Los sustantivos y los verbos endurecen, pero aclaran y enfocan, como el dibujo, mientras que los adjetivos dan calor y ánimo, aunque también distraen y desenfocan el texto, como el color en la pintura. No existe una fórmula única. Lo que sí cabe decir es que al editar un texto se deben sacar primero los adjetivos sobrantes. Consideremos la siguiente colección de oraciones:

Hacía calor, y el aire tenía el olor de caimán con que se identifica el Caribe cuando uno llega de otro mundo.

El calor era abrasante, y el aire tenía el olor de caimán dormido con que se identifica el Caribe cuando uno llega de otro mundo.

El calor era abrasante, y el aire, polvoriento e inmóvil, tenía el olor de caimán dormido con que se identifica el Caribe cuando uno llega de otro mundo.

El calor era abrasante, y el aire, polvoriento e inmóvil, tenía el olor de caimán dormido con que se identifica el Caribe mágico cuando uno llega de otro mundo más melancólico.

Los lectores quizá habrán adivinado, incluso si no han leído la columna “Caribe Mágico”, que la versión original de García Márquez es la tercera. Gabo da en este fragmento, como en muchísimos otros, una lección sobre el uso de los adjetivos. Si uno de ellos no sobrevive por sí mismo o no agrega nada de sustancia, es mejor quitarlo. Los adjetivos mágico y melancólico que incluimos en nuestra versión trufada, pese a ser de clara estirpe garciamarquiana, agregan menos que abrasante, polvoriento, inmóvil y dormido, los cuatro que trae la versión original. Hay, pues, adjetivos obligados y adjetivos opcionales. Nótese que Gabo ha podido usar un adjetivo para calificar el sustantivo olor, dígase penetrante, marino, salobre o selvático, pero prefirió usar una frase adjetiva desconcertante: de caimán dormido. ¿A qué huele un caimán dormido?, ¿huele distinto a un caimán despierto? Son preguntas inútiles para un poeta.

36. Economice los adverbios

terminados en mente y otros adverbios

Los adverbios terminados en mente son pesados y largos en español. Es bien sabido que a García Márquez le quitaban el sueño, tanto así que después de usarlos profusamente en Cien años de soledad, los redujo a casi nada en libros y escritos posteriores. La idea no es prohibirlos, sino sugerir un uso moderado. Incluya, como máximo, un par por párrafo y si por razones retóricas se le van tres, asegúrese de que haya pocos en el vecindario. Cuatro o cinco en un párrafo son ya una aberración. Y, por supuesto, nunca ponga dos adverbios terminados en mente seguidos, a menos que usted sea poeta y ese día esté inspirado.

La primera opción con ellos es ensayar su supresión pura y simple. Quítelos y verá que muchas veces no pierde nada. La segunda opción, ante un pasaje recargado, es sustituirlos por palabras o frases más compactas. Van algunos ejemplos:

Absolutamente: en absoluto, por completo...

Actualmente: ahora, en la actualidad, hoy...

Anteriormente: antes, con anterioridad, tiempo atrás, de antemano...

Aparentemente: al parecer, parece que...

Casualmente: por casualidad, por coincidencia, el día menos pensado, de

improviso, cuando menos se piensa, de pronto, de repente...

Claramente: con claridad, a las claras, claro, de frente, a la luz del día, de plano, sin reservas...

Completamente: por completo, por entero, sin atenuantes, a fondo, de lleno, de plano, sin reservas, sin salvedades, del todo...

Concretamente: en concreto, sin rodeos...

Definitivamente: en definitiva, sin vuelta atrás, en conclusión, en resumidas cuentas, a fin de cuentas, al fin y al cabo, en resumen...

Directamente: cara a cara, a las claras, con claridad, de frente, de plano, sin ambages...

Enteramente: del todo, por completo, por entero, sin atenuantes, de lleno, sin reservas...

Evidentemente, indudablemente, obviamente: sin duda, sin duda alguna, sin ninguna duda, a todas luces, desde luego, por supuesto, ni que decir tiene, no cabe duda, en efecto... [Aclaremos aquí que tanto los adverbios como las expresiones alternativas, las más de las veces, se pueden suprimir sin pérdida de sentido.]

Exactamente: en forma literal, palabra por palabra, al pie de la letra...

Finalmente: por fin, de cualquier forma [manera o modo]...

Generalmente: por lo general...

Lentamente: sin prisa, poco a poco, sin precipitarse...

Necesariamente: por fuerza, en cualquier caso, en todo caso, por fuerza, a la larga, de todas maneras, de todos modos...

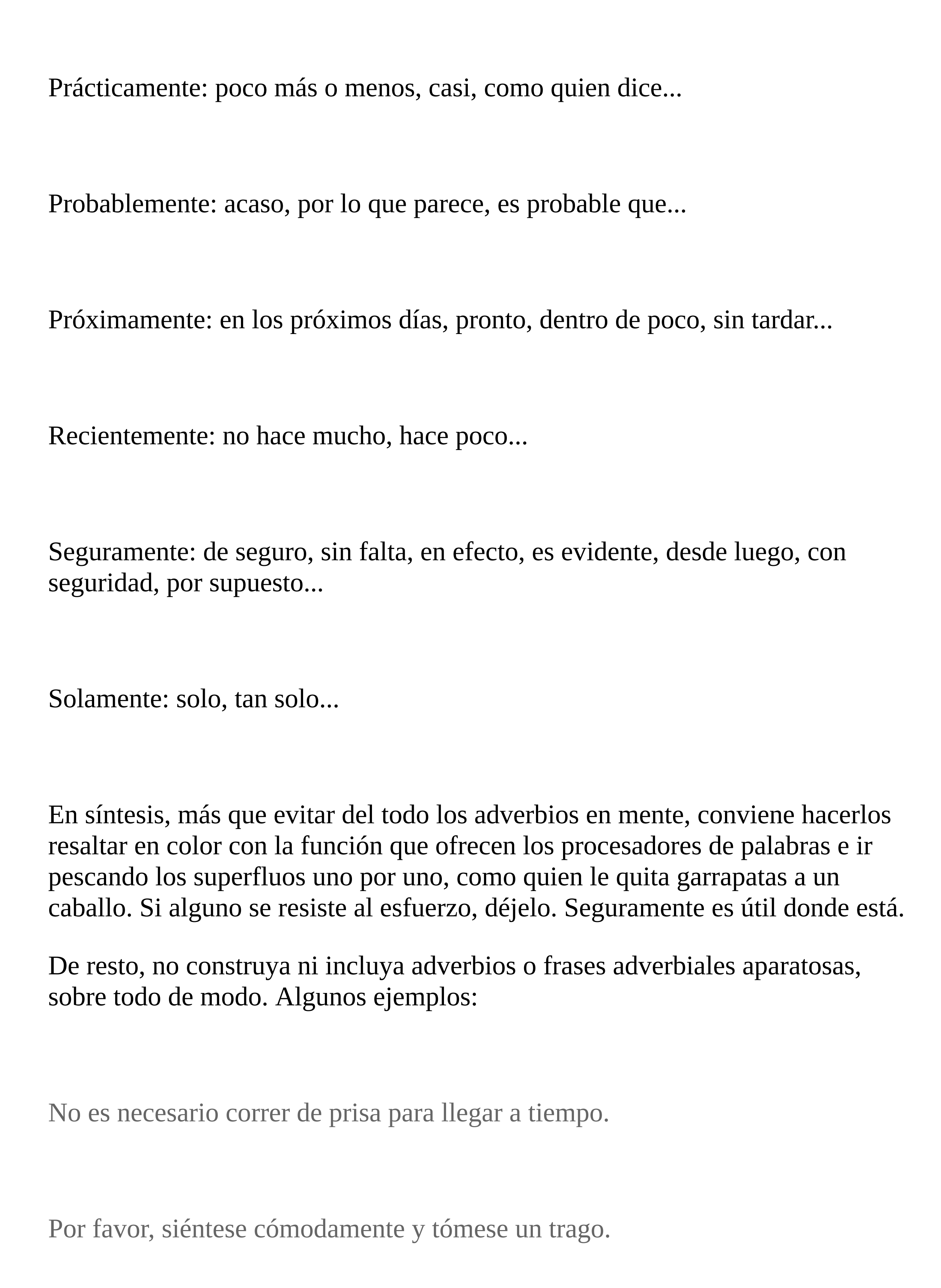
Ocasionalmente: a veces, en ocasiones...

Permanentemente: siempre, de seguido, desde siempre...

Personalmente: en persona...

Posiblemente: tal vez, a lo mejor, quizá, es posible...

Posteriormente: después, luego, acto seguido, en adelante, más adelante, en el futuro, a la larga, en lo sucesivo...



Prácticamente: poco más o menos, casi, como quien dice...

Probablemente: acaso, por lo que parece, es probable que...

Próximamente: en los próximos días, pronto, dentro de poco, sin tardar...

Recientemente: no hace mucho, hace poco...

Seguramente: de seguro, sin falta, en efecto, es evidente, desde luego, con seguridad, por supuesto...

Solamente: solo, tan solo...

En síntesis, más que evitar del todo los adverbios en mente, conviene hacerlos resaltar en color con la función que ofrecen los procesadores de palabras e ir pescando los superfluos uno por uno, como quien le quita garrapatas a un caballo. Si alguno se resiste al esfuerzo, déjelo. Seguramente es útil donde está.

De resto, no construya ni incluya adverbios o frases adverbiales aparatosas, sobre todo de modo. Algunos ejemplos:

No es necesario correr de prisa para llegar a tiempo.

Por favor, siéntese cómodamente y tómese un trago.

Le invitamos cordialmente a pedir su turno.

No por gritar fuerte lo van a atender antes.

Él estaba bastante cerca del escenario.

Todas las palabras que van en cursiva se pueden suprimir con ganancia expresiva. Ojo que los puristas no aceptarían el uso del adjetivo fuerte como adverbio.

37. No abuse de los pronombres

Aunque ya lo explicamos atrás, insistamos en que el uso adecuado de los pronombres es esencial para tener un buen estilo. Sea, pues, precavido en la materia. Los pronombres son un sustituto del nombre puntual de algo, por lo cual, si sus oraciones sobreabundan en ellos, usted terminará señalando todo tangencialmente.

Los interesados en los ensayos del coro pueden dirigirse a la oficina del mismo para programar su participación en estos.

El resultado es exasperantemente vago. Reemplace los pronombres (el mismo o estos) por un nombre puntual que sea equivalente o busque alguna expresión sinónima, así sea un poco más extensa. En este caso, se puede reemplazar estos, así:

Los interesados pueden dirigirse a la oficina del coro para programar su participación en los ensayos.

Otro ejemplo puede ser:

Juan y Pedro no se llevaban bien. Un día él lo llamó para retarlo a un duelo.

Así las cosas, no sabemos quién llamó a quién. Una forma elegante para resolver el dilema (de la que tampoco debe abusar) es numerar los sujetos.

Juan y Pedro no se llevaban bien. Un día el primero llamó al segundo y lo retó a un duelo.

Otro ejemplo confuso puede ser:

Juana y Rebeca eran hermanas gemelas. La vecina, que no las distinguía, un día le dijo: “Dile a tu madre que me llame”.

Aquí la solución más sencilla sería agregar un nombre.

Juana y Rebeca eran hermanas gemelas. La vecina, que no las distinguía, un día le dijo a Juana: “Dile a tu madre que me llame”.

Recuerde, en fin, que si el lector se pierde, dejará su texto botado encima de la mesa y encenderá el televisor o irá a prepararse un café.

38. No abuse de los posesivos

En español es elegante usar pocos posesivos. Los principiantes, sin embargo, se apegan tanto a las personas, los animales, las ideas y las cosas, que no les basta con hablar de “la soledad”, sino que siempre tiene que ser “su soledad”, y no les gustan “los ojos negros”, sino que tienen que ser “sus ojos negros”. En vez de decir: Ella quería llegar a su casa lo más pronto posible, es preferible decir: Ella quería llegar a casa lo más pronto posible. Miremos este texto que nos llegó en otra forma a El Malpensante:

Estoy de pie, tras la línea de espera. Veo a Ligia –digamos que se llama Ligia– quien lleva unos papeles en la mano. Yo la miro y pienso en lo bonita que es. Con sus papeles listos para mostrar, con su morral negro y su bolso de cuero. Bonita toda, con su cabello largo y negro, su nariz fina y recta, sus ojos oscuros, sus piernas largas y delgadas bajo el pantalón negro de tela lustrosa, con su espalda rematada en sus hombros.

No estamos ante una obra maestra de la literatura, pero al suprimir los posesivos y tocar la puntuación el texto mejora.

Estoy de pie, tras la línea de espera. Veo a Ligia –digamos que se llama Ligia–, quien lleva unos papeles en la mano. Yo la miro y pienso en lo bonita que es. Con los papeles listos para mostrar, con el morral negro y el bolso de cuero. Bonita toda, con el cabello largo y negro, la nariz fina y recta, los ojos oscuros, las piernas largas y delgadas bajo el pantalón negro de tela lustrosa, con la espalda rematada en los hombros.

39. Edite las expresiones superfluas

y evite los rodeos innecesarios

Voltaire lo decía de forma contundente: “El secreto de aburrir es decirlo todo”. No explique demasiado ni, en general, sobrecargue la escritura. Sugiere Strunk & White que “si una palabra no se usa al hablar, por lo general es mejor no usarla al escribir”. La fórmula es buena, si bien no se puede llevar al extremo, so pena de endurecer innecesariamente la prosa. De otro lado, es buena idea leer lo escrito en voz alta antes de poner a rodar cualquier sistema de imprenta. ¿Le da oso? Cierre la puerta y no grite, pero hágalo.

Son numerosas las expresiones atenuantes o relativas del lenguaje hablado que deben aparecer menos en el escrito. Las siguientes son candidatas permanentes a edición: al parecer, de alguna manera, muy, un poco, algo, más o menos, bien, ya...

No es al parecer buena idea dejar que los niños jueguen con armas de fuego.

Me gustaría que de alguna manera tú te vinieras a trabajar con nosotros.

Estoy muy interesado en conocer tus opiniones sobre mi ensayo.

Hay que ser un poco más comedido.

Yo creo que estás un poquito equivocado.

Uno diría por el ceño fruncido de Manuel que está algo molesto.

Renunciar al trabajo sin tener otro listo es más o menos una insensatez.

Está bien claro que tú no tenías ganas de venir a mi fiesta.

Decenas de periodistas andaban ya tras la noticia y algunas emisoras de radio habían dado el flash.

Todas las expresiones en cursiva sobran.

Los verbos auxiliares ser, estar, hacer, parecer, poder y haber se usan a veces para dar rodeos innecesarios.

Lo siento, Juanita, pero puede haber salidas más interesantes que la que propones.

La actitud del procurador parece inadecuada.

En ambos casos y en otros semejantes, la afirmación contundente (“hay salidas”, “es inadecuada”) resulta preferible. Las expresiones atenuantes son útiles en ocasiones, como se verá en el siguiente ejemplo:

Los medios van a ser duros con el presidente electo, en parte por las discrepancias políticas que tienen con él y en parte porque las propias audiencias así lo exigen.

El autor de este texto no puede estar seguro de que los medios vayan a ser duros con el presidente electo, de suerte que el matiz es pertinente.

Veamos otros ejemplos:

Se piensa que el asesino no actuó solo, porque hay indicios que su supuesta soledad no explica.

La víctima al parecer intentó escapar, pero el agresor no le dio tiempo.

En cada uno de estos ejemplos la expresión atenuante agrega información importante y, por lo tanto, no se debe suprimir.

40. Recurra a un vocabulario variado

y preciso, pero no rebuscado o pretencioso

La claridad depende sobre todo de las palabras escogidas. Si usted piensa que cualquier sinónimo va en cualquier parte, piense otra vez. Flaubert, uno de los estilistas más excelsos que hayan existido, se pasaba días y hasta semanas buscando le mot juste, la palabra exacta. Tómese un rato, quizá no una semana, y encuéntrela: un curandero no es lo mismo que un chamán, un enólogo no es lo mismo que un sommelier, una bandera no es lo mismo que un estandarte, un funambulista no es lo mismo que un histrión. Para escribir es necesario contar con un vocabulario amplio y con un conocimiento de las distintas acepciones de cada palabra. Este vocabulario se construye leyendo y buscando en el diccionario o en internet el significado de lo que uno no entiende.

Los siguientes ejemplos son tomados de la espléndida obra de Mauricio Wiesenthal:

En mi ignorancia he preferido siempre a Casanova, que estudiaba anatomía muy superficialmente, de una forma más esnob que científica.

Comprendí entonces que las dictaduras simplifican las ideas para complicar la vida.

Un último detalle de maldita elegancia.

...la música juega siempre con ventaja, porque es irrefutable.

En la primera cita, se cruzan dos nociones que en apariencia no están relacionadas: el estudio de la anatomía y la seducción. El adverbio superficialmente las ata. Si se quita el adverbio la frase perderá fuerza de inmediato. En la segunda cita, el juego de palabras implícito entre simplificar y complicar dice de manera económica lo que tomaría un par de párrafos explicar. En la tercera cita, el adjetivo maldita hace toda la diferencia. Sin él, la frase se tornaría pedestre: un último detalle de elegancia. Y en la última cita, el sustantivo ventaja crea un suspenso que se resuelve de forma fulgurante con el adjetivo final... irrefutable.

Miremos ahora este breve párrafo de Juan Villoro, al comienzo de una columna en la que habla del circo:

El Siglo de las Luces mostró las asombrosas ideas que se pueden tener bajo una peluca. Algunas triunfaron a tal grado que cuesta trabajo advertir que fueron novedosas. Esa época fecunda, inventora de la enciclopedia y el pararrayos, también alteró la relación del caballo con el hombre.

En el ejemplo hay adjetivos bien puestos, como asombrosas, y sustantivos sorprendentes, como peluca. Relacionar la enciclopedia con el pararrayos nos ubica con tino en la época. Estamos ante el idioma tranquilo de un practicante avezado en el arte de escribir. Es imposible enfatizar lo suficiente que la precisión y la sorpresa en el uso de las palabras son muchas veces lo que distingue un texto pedestre de otro que deslumbra.

¿Quiere convencer, divertir o seducir a sus lectores? Escoja las palabras con cuidado.

EL IDIOMA POMPOSO

No es necesario, sin embargo, aprenderse la definición de los cientos de miles de palabras que caben en un diccionario. De tan titánica tarea le salva el consejo implícito en el subtítulo: evite el idioma pomposo. Luis López de Mesa, autor de este trozo delirante que se refiere a Bolívar, no lo hizo:

De haber muerto antes de los treinta años de edad, su nombre habría pasado inadvertido para los fastos políticos de América, y el psicólogo que por exótica pesquisa hubiese escarmenado un poco la trayectoria visible de sus inanes labores, probablemente le calificaría de mozo indisciplinado y turbulento, vanidoso y egoísta, un poco atrabiliario y desleal, un mucho sensual e incierto, y tal vez le hubiera clasificado en el amplísimo género de aquellos vagabundos que de suyo tienen relampagueante inteligencia y trato social enlabiador, peligrosos a la larga y al fin prácticamente inútiles.

Aquí vemos lo que pasa cuando alguien se apiada de las palabras inconvenientes. Uno empezaría por sustituir, cuando menos, estas: inadvertido, fastos, pesquisa, escarmenado, inanes, vagabundo, relampagueante y enlabiador.

En otra ocasión, citada por el humorista Klim, este profesor dado al lenguaje alambicado hizo el brindis en un matrimonio y acto seguido exclamó: “naturalmente que la primera tajada de torta es para que la deglutan los nuptos”. Los demás invitados se miraron aterrados hasta que alguien explicó que lo que López de Mesa quería decir era que la primera tajada de torta era para que se la comieran los recién casados.

Enriquezca su estilo de forma lenta y no pretenciosa, mediante el ensayo y el error. En escritura los saltos mortales también conducen a la espalda rota del incauto que ingresa al circo sin entrenamiento. La verdadera elegancia no llama

la atención sobre sí misma. Nada de malo hay con el estilo menor, a menos que uno esté reescribiendo la letra del himno nacional de su país.

En síntesis, no intente ser quien no es. José Alfredo Jiménez escribió sus poderosísimas canciones sin utilizar jamás una palabra rebuscada. Use, como él, palabras sencillas: rodeo es preferible a circunloquio, miedoso o cobarde son preferibles a medroso, elegante es preferible a acicalado, alcalde es preferible a burgomaestre, y así. Ahora que si lo que usted quiere decir es que el amigo de su tío era un dandi y no simplemente un tipo refinado, y si la fiesta a la que lo invitaron no estuvo simplemente llena de cosas raras, sino que fue extravagante o estrafalaria, use esas palabras, pero entiéndalas como licencias que se permite a la manera del bombón de chocolate que no podría comerse todos los días so pena de doblar de peso en un mes.

EL IDIOMA PRETENCIOSO

La falsa elegancia ha popularizado expresiones pretenciosas. Cualquiera que tenga un oído entrenado se ha topado muchas veces con los siguientes habitantes infaltables de la prosa o el habla recargada.

Cabello en vez de pelo

La gente tiene pelo, toma el pelo, va a contrapelo, monta a pelo, define algo con pelos y señales, no tiene pelos en la lengua, siente que se le ponen los pelos de punta y, bueno, echa una ocasional cana al aire. Pelo es una de las palabras más socorridas del idioma y tiene mil usos, mientras que cabello es lo que suelen tener las princesas intocables. Como curiosidad, sí es común hablar de cabello blanco o cabello plateado para referirse a las muchas canas. Aun así, el 95% de las veces prefiera pelo a cabello.

Cancelar en vez de pagar

Aunque hoy es posible cancelar la cuenta en un restaurante, páguela sin tantos aspavientos. El verbo cancelar resulta más útil cuando se usa en su sentido tradicional de eliminar una cita del calendario o de dar por terminado, digamos, un contrato.

Colocar en vez de poner

El verbo colocar significa poner algo donde corresponde o poner algo con cuidado en algún lugar. Juan colocó las porcelanas en la repisa o el agente

secreto colocó un micrófono oculto en la alcoba. Sin embargo, uno no coloca la mesa sino que la pone, uno no coloca a alguien en aprietos sino que lo pone en aprietos, uno no coloca una denuncia sino que la pone y mucho menos se coloca uno colorado, se coloca de mal genio o coloca una queja. En general, si usted puede usar el verbo poner en una frase, úselo; si echa de menos mayor precisión, use colocar.

Escuchar en vez de oír

Escuchar significa oír con cuidado. Así, uno puede escuchar una sinfonía de Beethoven, una canción, la explicación de un abogado o las quejas de una persona, pero es absurdo decir: escuché una explosión (¿por qué?, ¿duró tres minutos?), escuché sin querer una conversación (para escuchar, se requiere voluntad), o decirle a alguien por el teléfono: te escucho mal. Lo correcto y lo lógico es oír una explosión, oír sin querer una conversación u oír mal una voz por el teléfono.

Enclíticos

A menos que esté escribiendo un cuento para niños y quiera comenzarlo diciendo érase una vez, evite los enclíticos rebuscados. Son terribles y hacen que uno parezca un profesor de gramática sin empleo. ¿Por qué decir paréceme adecuado cuando puede decir me parece adecuado?

41. De clichés, muletillas, metáforas,

alegorías y demás tropos del lenguaje

Los clichés

Tarde o temprano usted querrá dejarse llevar por la irresistible tentación de recurrir a los clichés. Estos, que también se conocen como frases hechas, abundan. Van unos cuantos ejemplos: valle de lágrimas , tomar las de Villadiego , poner pies en polvorosa, armarse la de Dios es Cristo, salir a la palestra, brillar por su ausencia, prometer el oro y el moro, dormirse en los laureles, dar gato por liebre, el día menos pensado, a pedir de boca, ser más bueno que el pan, estar manga por hombro, ser como Dios manda, ser duro como el acero, estar oscuro como boca de lobo, haber dormido como un bebé, saber a ciencia cierta.

El consejo casi ubicuo de los manuales de escritura es: vade retro, suprímalos. Un consejo más preciso sería: suprímalos cuando al hacerlo su texto no sufra menoscabo y antes adquiera ligereza. Porque las frases hechas son populares por algo. Trate, pues, de dosificarlas al máximo, pero no se prive de recurrir a alguna que vaya de perlas (y valga el ejemplo).

Una forma sencilla para vivificar una frase hecha es cambiarla levemente. Así, si el cliché dice como Dios manda, usted puede escribir: como manda mi Dios o como mandan los dioses. Otra opción es usar versiones raras. Así, en vez de escribir entre gustos no hay disgustos, usted puede recurrir a esta versión: cada cual tiene sus gustos; por eso hay ferias. Ya entrados en audacias, se puede dar gato por tigre o prometer el oro y el plomo.

Muletillas

Tan indigestas como las frases hechas son las muletillas, que María Moliner define así: “Palabra o expresión de las que se intercalan innecesariamente en el

lenguaje y constituyen una especie de apoyo en la expresión”. Luego lista algunas: agarrar y, y así, cogió y, valga la comparación, por así decir, y demás, ¿estamos?, mira, ¿no?, oye, si se me permite la expresión, pues, y tal, valga la expresión, ¿verdad?

Pese a que pueden lastrar la expresión, las muletillas tampoco han de prohibirse del todo. Ensaye a sacarlas y, según el efecto, déjelas por fuera o vuélvalas a meter. Eso sí, el frasco que las contiene trae impresa en la etiqueta una advertencia en letras mayúsculas que dice: “Úsese con extrema moderación”.

Las metáforas

El uso de esta figura puede ser deslumbrante. Aquí Agustín Lara:

Y al mar, espejo de mi corazón...

El corazón visto como un espejo que nunca se está quieto y que padece de tormentas es insustituible. No estamos, pues, descubriendo la Atlántida si decimos que las metáforas pueden ser bellas y sorprendentes –en realidad, tienen que serlo, porque de lo contrario hacen estragos–. Pero es raro que expliquen algo con claridad y, sobre todo, con rapidez. Los recursos de los poetas en manos inexpertas son peligrosos, de suerte que el consejo es: de símiles y metáforas, la mitad de la mitad. Muy en particular, no las encadene una detrás de otra porque el lector se perderá sin remedio.

Tus cabellos son de oro, tus ojos son dos luceros, tus labios pétalos perfumados y tus dientes de marfil.

Empieza el llanto de la guitarra a subir a tu ventana cual procelosa humareda y suena la voz del vate, quejido de alondra...

Es fácil caer en el sonsonete y la cursilería.

Son igualmente problemáticas las metáforas cruzadas.

La corrupción es el cáncer de la sociedad y conviene arrancarla de raíz.

Obviamente un cáncer no es arrancable.

Las alegorías, las fábulas y las parábolas

Son construcciones de base metafórica, más elaboradas y complejas. Citemos un par de famosas alegorías de Winston Churchill:

Los dictadores cabalgan de aquí para allá sobre tigres de los que no se atreven a desmontarse. A los tigres les está dando hambre.

Un apaciguador es el que alimenta a un cocodrilo con la esperanza de que se lo coma a él de último.

Aunque son recursos tentadores, debemos advertir a los principiantes que resultan todavía más difíciles de usar que las metáforas. Si la urgencia no es manifiesta, déjelas para el posgrado.

42. Evite las palabras feas

En Colombia las empresas, cuando la imaginación les falla del todo, regalan para Navidad anchetas repletas de licores de medio pelo, vinos baratos y latas imposibles de digerir. La práctica, junto con la palabra, debería de prohibirse. Hay expresiones que no son erróneas, sino feas. Ojo que no estamos hablando de las que describen comportamientos o realidades malucas: corrupción, hemorroides, inyección, mamografía, cáncer. No, a las cosas desagradables hay que llamarlas por su nombre. Hablamos de las palabras cacofónicas o que se vuelven feas cuando se juntan con otras.

Veamos algunas. La lista, sobra decirlo, es subjetiva:

Acerbo

Prefiera ácido, acre o áspero, según sea el sentido.

Balompié

Nacida del vicio de la castellanización a ultranza, esta fea cocción se usa poco pero no termina de morir. Un jugador de este exótico deporte no llegará nunca a futbolista.

Colectividad

Prefiera colectivo, conjunto o partido.

Comicios

No la use, a menos que haya repetido ya varias veces la palabra elecciones.

Contubernio

Busque sinónimos.

De conformidad

Use conforme a o, todavía mejor, según.

Diafanidad

A menos que usted sea García Márquez (“había la misma pureza en el aire, la misma diafanidad, el mismo privilegio contra el polvo...”), no la use.

Emolumento

Déjelo para los abogados. Prefiera paga o retribución.

En primerísimo lugar

Prefiera en primer lugar.

En su ejercicio ulterior

Escriba después.

Es menester

Prefiera es necesario o es preciso.

Facultativo o galeno

Un buen médico no es un facultativo ni un galeno, diga lo que diga el diccionario. También sirven doctor o doctora.

Hacer hincapié

Prefiera hacer énfasis, insistir u otras alternativas a esta expresión vetusta.

Hurto o latrocinio

No, robo.

Misiva

Es espantoso escribir: Me llegó una misiva del Departamento de Admisiones de la universidad. Use carta.

Perpetrar

A veces este verbo es necesario, pero vaya si su inclusión en un escrito requiere maña. Es mejor cometer.

Pergeñar

Solo se vale si usted utiliza péñola y tintero. La gente normal escribe o esboza.

Pesadilla

No tiene salvación aunque tampoco tiene sinónimos adecuados.

Postrimerías

No la use, salvo rarísima excepción y cuando ya tenga una pluma segura.

Pretérito

¿Qué tiene de malo pasado?

Protuberante, protuberancia

Evítelas, a menos que esté caricaturizando a alguien.

Reivindicación, reivindicar

Todos las usamos, pero siguen siendo feas.

Rigurosidad

He aquí una palabra de veras espantosa, existiendo rigor.

Según su leal saber y entender

Nyet.

Según yo

Que la frase sea aceptada por los académicos no quiere decir que no suene horrible.

Sobredimensionar

Es imposible sobredimensionar el efecto somnífero de esta palabra.

Supernumerario

Úsela solo en el sentido estricto de “empleado por fuera del escalafón”, o sea burócrata al cuadrado, porque, de resto, suena feo.

Susodicho, susodicha

De tarde en tarde se nos deslizan a todos por pereza. Igual ambas son cacofónicas.

El sentido común y la salud mental que usted quiere preservar en su lector indican que es preferible cambiar una palabra fea por otra bonita y, si es más

corriente, mejor.

Caigo en la cuenta, revisando los abundantes archivos de mi computador, de que he recurrido muy de vez en cuando a alguna de las palabras y frases que desaconsejo arriba. Por ello, y antes de que se me venga la turbamulta encima, me lavo las manos con la socorrida frase de la hipocresía institucional: haz lo que digo, no lo que hago.

43. Use el argot con cuidado

El uso del idioma coloquial y, todavía más, del argot al escribir tiene su truco. Todos recordamos con placer al capitán Haddock exclamar en los libros de Tintín: ¡mil millones de mil demonios!, ¡diplodocus, filibustero, megalómano!, ¡macrocéfalo, anfitrión, rocambole, ectoplasma, filoxera, caníbal!, ¡especie de calabacín diplomado!, ¡mil millones de rayos y centellas!, ¡parásito, residuo de ectoplasma!, ¡anacolutos, megaciclos!, ¡logaritmo!, ¡especie de proyectil teledirigido!, y el largo etcétera de voces que la traductora Concepción Zendrera coleccionó para nosotros.

David Sánchez Juliao, el gran escritor y humorista de Lorica, Córdoba, también ponía a sus personajes a hablar con gracia. Veamos el comienzo de El Flecha:

–Erda, mira quién entró ahí: el viejo Deibi, mi amigo. Viejo Deibi: venga, venga viejo Deibi: choque esos cinco gusanos del extremo de la extremidad superior derecha, en español: déme la mano.

–Ajá, Flecha, ¿qué ha habido?

–Bueno, bien viejo Deibi, siéntese aquí, vea, siéntese aquí, con este man que no lo defraudará, el Flecha. Este man que vive en el mundo de Marlboro, ¿sabe como’e? Venga, siéntese, que se lo sugiere su amigo. Erda, viejo Deibinson, sabe que desde hace rato, mire, lo tengo visté, echándole el ojo para lanzarle las incidencias del partido de mi vida. Ah, vaina, pregunte si no aquí en Lorica. Erda, me decía la gente izque, está por allí, y vaina, cogiendo datos p’a escribir un libro, y yo, ñerda, fildiándolo a campo abierto todo el tiempo y cház, me cae usted hoy, lo que es la vida, vea, aquí en el Tuqui-tuqui, de bombito al pitcher.

En contraste, están estos versos de José A. Morales:

Ayer me echaron del pueblo porque me negué a jirmar,

la sentencia que el alcalde a yo me hubo de implantar,

porque tuve con mi mano al patrón que castigar,

cuando quiso a mi jamilia, quiso a mi jamilia llegármela a irrespetar.

Pese a la intención de denuncia, la canción es un mazacote. La recomendación es sencilla: si no le tiene una gran confianza al oído, evite el idioma coloquial y, sobre todo, el argot. Ah, y a menos que ande confeccionando manifiestos para su gallada, sus compadres de billar o sus contertulios de la notaría, escriba pensando en lectores de todas las edades.

44. No haga ruido innecesario, afirme solo

lo que pueda afirmar y sea parco en los énfasis

Superlativos como impresionante, grandioso, sensacional, increíble, incalculable y otros parecidos deben usarse con extremo cuidado y solo cuando en realidad aplican a lo dicho. De resto, no añaden nada a la expresión. La fuerza de la escritura debe ser interior. Si esta fuerza existe, las exaltaciones son innecesarias; si no existe, la retórica no la podrá engendrar. Miremos este párrafo, adaptado de otro real que encontramos en internet.

La idea aquí es explorar la increíble vida de viajes, aventuras y descubrimientos que tuvo este conquistador extremeño. Dotado de un espectacular físico, pudo emprender una triunfal carrera como pirata, pero decidió prestar sus servicios a la Corona española. Sus portentosas actividades lo llevaron a explorar una cueva famosa –tenida por impenetrable– en la que halló piezas arqueológicas de valor incalculable, que luego fueron vendidas a museos europeos. Hasta sus más enconados detractores admiten que hizo avanzar extraordinariamente el conocimiento y el interés por el continente americano. Existe una estupenda biografía...

Una vida de viajes, como la descrita, solo es increíble si está mal contada, mientras que hablar de “un físico espectacular” no nos permite saber si el conquistador era alto, pesado, musculoso, ágil o qué. “Una carrera triunfal” es casi del todo indefinida, un avance extraordinario en el conocimiento no es diferente de un avance a secas y es imposible que el valor de unas piezas arqueológicas sea incalculable, habida cuenta de que después fueron vendidas a museos.

De otro lado, no afirme lo que no esté en capacidad de afirmar. Más importante que lo que piensa usted es por qué piensa lo que piensa. Considere este texto:

X es un criminal redomado. Lo es desde chiquito. Tiene mente de criminal y caminado de criminal. Se le nota en la cara, en la sonrisa, en el hablado. Nadie sabe por qué está fuera de la cárcel paseándose por la calle tan campante.

Por el tono, el autor suena convencido. Sin embargo, no dice por ninguna parte por qué piensa que X es un criminal, ni explica qué crimen cometió. Si está hablando de alguien que no tiene antecedentes penales, estará incurriendo en una calumnia con consecuencias legales. Si, de otro lado, se refiere a una persona de muy mala reputación, igual no ha contado nada concreto sobre ella.

En cuanto al énfasis, a lo largo de este manual usamos mucho las cursivas enfáticas. Están ahí porque nuestro tema nos obliga a ejemplificar con frecuencia. Ya afuera, en el mundo real, los énfasis serán como las balas de plata: usted solo tiene un puñado en la cartuchera. La recomendación es suprimir las cursivas enfáticas por principio y solo dejarlas cuando sienta que su frase pierde sentido sin ellas. Otra forma más aparatosa de hacer énfasis es ESCRIBIR LO QUE UNO QUIERE RESALTAR en mayúsculas. De nuevo, recurra a estas mayúsculas con extrema parsimonia y nunca escriba TODO UN TEXTO DE CORRIDO EN MAYÚSCULAS. EL EFECTO ES ESPANTOSO.

45. Muestre, no enuncie

No me diga que la Luna brilla: muéstreme su destello en un trozo de cristal roto”.

ANTÓN CHEJOV

El principio que formula el padre del cuento moderno en el epígrafe ha sobrevivido incluso a su propio cliché. La fórmula usual es la que usamos en el título: muestre, no enuncie.

Este consejo aplica sobre todo a los principiantes que tienen la tendencia natural a enunciar mucho y mostrar poco. Por eso, invierta las proporciones que de forma natural le vengan a la mente. Raymond Carver describe aquí el momento en que un botones entra a la habitación donde acaba de morir Chejov, y se encuentra con Olga, ahora su viuda.

La mujer parecía distraída. Mientras el joven hablaba, apartó la mirada y la fijó en algo que había sobre la alfombra. Cruzó los brazos y se cogió los codos con las manos. El joven, entretanto, con el jarrón entre las suyas a la espera de una señal, se puso a contemplar detenidamente la habitación. La viva luz del sol entraba a raudales por las ventanas abiertas. La habitación estaba ordenada; parecía poco utilizada aún, casi intocada. No había prendas tiradas encima de las sillas; no se veían zapatos ni medias ni tirantes ni corsés. Ni maletas abiertas. Ningún desorden ni embrollo, en suma; nada sino el cotidiano y pesado mobiliario. Entonces, viendo que la mujer seguía mirando al suelo, el joven bajó también la mirada, y descubrió al punto el corcho cerca de la punta de su

zapato...

El corcho del final vale por mil abstracciones. Sucede que el médico alemán que atendía a Chejov en su lecho de muerte en Badenweiler pidió champaña. “¿Cuántas copas?”, le preguntaron. “¡Tres!”, respondió: una para él, otra para Olga y la tercera para el moribundo. Así, las últimas palabras del gran Antón fueron: “Hacía tanto tiempo que no bebía champaña...”.

Un ejemplo más sencillo sería que en vez de decir que alguien es un avaro, es preferible mostrarlo mientras va al baño cuando llega la hora de pagar la cuenta en un restaurante.

46. Mantenga el tono, distinga entre niveles

de formalidad y no violente los contextos

Se puede variar moderadamente el tono, mezclando una cierta candidez personalizada con las ideas de fondo. Una buena anécdota debe iluminar y complementar estas ideas. Sin embargo, una forma infalible –y muy común– para destruir un escrito es saltar a la loca de un tono a otro.

Es importante mantener constante la forma de tratamiento con un tercero en las comunicaciones escritas. Si su relación con el prójimo acude al tuteo, no pase abruptamente al tratamiento, menos íntimo, de usted. Lo mismo al revés, si su relación con el vecino es de usted, no lo tutee. Eso de le ruego que me mandes el informe o dame el boli o se lo quito es una mezcla de intimidad y distancia que solo funciona en un programa de humor.

Algunas palabras admiten por extensión metafórica la asociación arriesgada. Por ejemplo, queda bien hablar de la elegancia de una palmera, pese a que esta virtud suele referirse a personas, no a plantas. Arriesgando más, cabe hablar de la proverbial prudencia de los gatos. Pero se pasan de la raya aquellos que se refieren al raciocinio de un perro, o que sugieren que se puede sobornar a un caballo o persuadir a un gato. Mucho menos sentido tiene hablar del alma de una piedra. En todos estos ejemplos se están violentando los contextos.

Otro abuso de los contextos ocurre cuando alguien habla en términos genéricos de algo que en realidad es preciso. Una oveja bala, un toro brama o muge, una gallina cacarea, un gato maúlla o maya y un burro rebuzna. Use esos verbos y no los genéricos: canta, grita o alborota.

47. Aproveche los detalles, las anécdotas

y los ejemplos

La anécdota, erudita o casual, es una forma muy potente de enriquecer un escrito y no sobra ilustrar con ejemplos lo que se quiere decir. Oscile entre lo particular y lo general, entre lo concreto y lo abstracto.

Miremos el comienzo de esta columna de Alberto Salcedo Ramos, llamada “El elogio del patacón”:

El escritor Eduardo Galeano contó la siguiente historia: un niño distinguió un bloque de mármol en el taller de su tío escultor. Tiempo después, el niño vio un caballo en el mesón donde antes estaba el trozo de mármol. Entonces, con la mayor inocencia del mundo, le preguntó al tío cómo adivinó que dentro de la piedra había un animal.

Quisiera creer que a algún niño le sucedió algo similar cuando, en el mesón de una de sus tías, distinguió primero un plátano verde y luego un patacón. Quizá entonces se preguntó cómo pudo su tía haber descubierto tamaña delicia dentro de aquella cosa de cáscara ordinaria.

Alberto podía haber preferido una descripción exacta de cómo se logra un patacón a partir de un plátano verde, pero para nuestra fortuna recurrió a una anécdota muy elocuente.

Otra forma paralela del mismo principio es utilizar un giro, una frase o incluso una palabra inesperada. Con cualquiera de ellos se logra el mismo efecto que con una anécdota y el proceso puede ser más sintético. Es incluso posible combinar ambos procedimientos.

La mujer se desesperó.

–Y mientras tanto qué comemos –preguntó, y agarró al coronel por el cuello de franela. Lo sacudió con energía.

–Dime, qué comemos.

El coronel necesitó setenta y cinco años –los setenta y cinco años de su vida, minuto a minuto– para llegar a ese instante. Se sintió puro, explícito, invencible, en el momento de responder:

–Mierda.

Este final de El coronel no tiene quien le escriba es uno de los más famosos de la literatura en español y deriva su fuerza de una palabra escatológica en extremo común. No obstante, el uso acertado de las palabras es la marca de casi cualquier escritor de mérito. Aquí una cita de Manuel Vicent:

En el Mediterráneo los dioses de mármol criminalmente enterrados solo han generado paredones de ladrillo de una brutal ordinariez, que te obligan a ver el mar a través de los calzoncillos del vecino tendidos en la terraza.

En la cita el escritor español logra que una sola palabra de contraste –calzoncillos– dé potencia al resto.

El detalle bien escogido casi nunca aburre al lector. Si cuenta con el espacio suficiente, peque por exceso de detalles, no por defecto.

48. Editorializar, pros y contras

Distinga cuando esté editorializando y sepa por qué lo hace; de lo contrario, no editorialice. Los hechos suelen ser más emocionantes que las opiniones y, como muchos periodistas veteranos lo saben, ya hay una opinión muy eficaz camuflada en la forma de seleccionar, organizar y contar los hechos. Estos, bien relatados, tienen fuerza, mientras que las opiniones, si no están basadas en hechos sólidos, caen en el vacío. Uno no siempre es tan supremamente importante.

En Strunk & White se explica así la manía de editorializar:

Si usted ha recibido una carta en la que lo invitan a dar el discurso de inauguración de un nuevo hospital para gatos y odia a los gatos, su respuesta negándose a asistir no tiene por qué cubrir necesariamente la totalidad del rango de sus emociones. Debe dejar claro que no irá, pero no hay razón para ensañarse con los gatos. Quien escribió la carta le hizo una propuesta civilizada. Ataque entonces a los gatos si y solo si puede hacerlo con humor, buen gusto y de tal manera que su respuesta sea cortés y elegante. Dado que no le agradan los gatos, puede citar este hecho como razón para no hacerse cargo del discurso principal en la ceremonia de inauguración de un hospital para gatos. Pero tenga en cuenta que su opinión sobre los gatos no le fue pedida, solo sus servicios como maestro de ceremonias. Una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa.

49. Huya de las jergas y los tics

Online

Evite las abreviaciones tuiteras. Internet es una maravilla y para confeccionar este manual lo hemos utilizado hasta la saciedad, pero cd q. ud s. trga ls ltrs e. u. txto, el lector se desespera. La lectura presupone el reconocimiento sencillo de las palabras y basa su popularidad en la diversión de verlas jugar, marchar y revolotear en la página o, últimamente, en la pantalla. No afecte este espectáculo con abreviaciones feas e innecesarias.

Hay vida cibernética en la redacción tradicional, como lo demuestran los siguientes tuits:

El que diga que la cebolla es el único vegetal que hace llorar no ha sido golpeado con una calabaza. [@funnyoneliners]

Todo lo bueno despeina. [@acavoyyo]

Disculpe, esta no es la vida que ordené. [@lucy_mccartney]

Nunca te enamores de un hombre sin cicatrices en el corazón. [@Cocainelil]

Arriba las manos, esto es una clase de aerobics. [@crayoliiita]

Mi lado femenino pelea con mi lado masculino por la custodia de mi niño interior. [@ChumelTorres]

Todos ellos caben en los 140 caracteres con espacios que Twitter permite y ninguno contiene abreviaciones o recortes sintácticos. Si le ponen un límite estricto, economice palabras, no letras.

Los negocios

Existe la jerga de los negocios: Ebitda, pareto, utilidad bruta, TIR, Due Diligence (se adapta bien debida diligencia) y demás. Estos conceptos encajan en un informe de junta directiva o en un ensayo para su profesor de Administración 2.0, pero disuenan cuando se acumulan sin explicación en un texto escrito para el público general. Si no tiene más remedio que usar alguno, explíquelo entre paréntesis.

Las mayúsculas empresariales tampoco son buena idea. Una de las marcas de la elegancia del español es su tendencia a preferir las minúsculas. En esto se distingue de otros idiomas, como el inglés y el alemán. Con mayúsculas van los nombres propios de personas, animales o cosas, las instituciones más importantes, las efemérides y unas cuantas palabras más, cuyo régimen cualquiera puede consultar en un diccionario. Pero escribir en un informe Junta Directiva, Gerente, Representante Legal, Reunión Anual es, aparte de incorrecto, feo. Todo ello va en minúsculas. Asimismo, llenar ese informe de negritas afea sin remedio el texto y es peor si a alguien se le ocurre subrayarlas.

Dicho esto, los negocios han creado conceptos útiles que hacen parte del idioma general. Posicionar no es lo mismo que poner o colocar, activar una marca no es lo mismo que promoverla, una burbuja financiera no tiene nada que ver con el jabón, no todas las carteras son de cuero ni se cuelgan del hombro, la gestión de algo no es lo mismo que su administración o gerencia, la liquidez no se refiere siempre a cuerpos que se derraman, un leasing no es un arriendo y así. Un ciudadano del mundo contemporáneo tiene que entender la forma básica en que

funcionan la economía y los negocios.

50. No sobrecargue los diálogos

Los diálogos en español se indican mediante un guion, ojalá intermedio (–), y con menos frecuencia con el uso de comillas. Aquí, un fragmento del cuento “El árbol” de la escritora chilena María Luisa Bombal:

–Me gustaría ver nevar alguna vez, Luis.

–Este verano te llevaré a Europa y como allá es invierno podrás ver nevar.

–Ya sé que es invierno en Europa cuando aquí es verano. ¡Tan ignorante no soy!

A veces, como para despertarlo al arrebato del verdadero amor, ella se echaba sobre su marido y lo cubría de besos, llorando, llamándolo: Luis, Luis, Luis...

–¿Qué? ¿Qué te pasa? ¿Qué quieres?

–Nada.

–¿Por qué me llamas de ese modo entonces?

–Por nada, por llamarte. Me gusta llamarte.

Y él sonreía, acogiendo con benevolencia aquel nuevo juego.

Llegó el verano, su primer verano de casada. Nuevas ocupaciones impidieron a Luis ofrecerle el viaje prometido.

–Brígida, el calor va a ser tremendo este verano en Buenos Aires. ¿Por qué no te vas a la estancia con tu padre?

–¿Sola?

Al describir las circunstancias del diálogo, el verbo decir ha de preferirse a sus

alternativas. Va, para ilustrar, un fragmento de “Un día después de sábado” de Gabriel García Márquez:

–No le gustan los pájaros –dijo, de manera suave pero afirmativa.

La viuda levantó los párpados en un gesto de impaciencia y hostilidad.

–Aunque me hubieran gustado alguna vez –dijo– los aborrecería ahora que les ha dado por morirse dentro de las casas.

–Han muerto muchos –dijo él, implacable. Habría podido pensarse que había mucho de astucia en la uniformidad de su voz.

–Todos –dijo la viuda. Y agregó, mientras exprimía el animal con repugnancia y lo colocaba debajo de una totuma–: y eso no me importaría, si no me hubieran roto las alambreras.

Obsérvese el contraste con el siguiente fragmento que sacamos de una página dedicada a Harry Potter.

Pamela hizo una expresión de burla, como si lo que le acababa de decir su amiga fuera lo más estúpido que hubiera escuchado.

–Claro que no.

–Sí lo hizo –soltó Natalie, y Pamela la miró de reojo con el ceño fruncido.

–Esto se pone cada vez mejor –exclamó Naberrie, quien se veía era la más emocionada.

–Pero, Pamela... –susurró Arhedel.

–¡Ya sé, ya sé! ¡Soy estúpida! –se escudó, tapándose el rostro con las manos, totalmente avergonzada.

–¿Qué pasó después? –indagó Avi.

–Bueno, yo me enojé, por supuesto, y salí corriendo.

–Llorando –agregó Natalie, con expresión divertida. Pamela la volteó a ver y la fulminó con la mirada de nuevo–. ¿Qué? Llegaste a la habitación llorando.

–Pamela –murmuró Avi, preocupada.

–No, no pasa nada, tranquilos. Solo fue un estúpido beso del estúpido Black que besa a la estúpida humanidad. No significa nada –aseguró ella, tratando de minimizar todo.

–Pero Sirius te detesta –señaló Avi.

–Al parecer no –opinó Natalie y Pamela la observó irritada. Evoran se encogió de hombros con una sonrisa inocente.

–Estoy ofendida. Soy la mejor amiga de Sirius y no sabía nada –murmuró Arhedel para sí misma, con expresión abatida.

–Yo casi vivo con él y no supe nada –DIJO [¡por fin!] Remus, mirando a Arhedel.

Es imposible no tener una sensación de salpicón al leer algo tan lleno de verbos inútiles. No se trata de promulgar una regla absoluta. Pueden usarse exclamar o gritar cuando no quede ninguna duda de que la persona habló en voz muy alta y de que esa información es pertinente para entender lo que pasa. Igual, y como por variar, alguien puede murmurar, cuando por el contexto no sea clarísimo que habla entre dientes, pero es de muy lejos preferible cuando la gente dice, en vez de admite, advierte, alega, anota, apunta, asegura, comunica, confiesa, da a entender, explica o farfulla algo, para citar apenas un puñado de los verbos que uno encuentra por ahí. De otro lado, el verbo responder es preferible a contestar, replicar o ripostar.

Aunque el anterior es un tema específicamente literario, vale la pena traerlo a cuento porque entraña una actitud filosófica ante la escritura, según la cual la expresión pomposa o afectada es poética.

Recapitulación

Quien escribe desarrolla rutinas, buenas muchas de ellas y dañinas otras. Suele suceder que el oído interno se canse o se acostumbre, así que es necesario aprender a despertarlo. A veces uno está corrigiendo un texto y encuentra una palabra que le parece justa y afortunada en apariencia, entre otras razones por ser inesperada en el contexto. Luego activa el buscador y encuentra esa misma palabra en el siguiente párrafo. Esto significa que el inconsciente nos está tendiendo una trampa, de suerte que toca aprender a hacerle trampa al inconsciente. No se trata de expulsarlo de la escritura, lo que sería fatal, sino de prohibirle la pereza.

Tampoco se puede llevar al extremo la noción de que el lenguaje hablado es mala influencia para el escrito. Son distintos, sí, pero se retroalimentan de mil modos positivos. Nadie sabe hasta qué punto los ojos y el cerebro "oyen" lo escrito en la página, pero los famosos "sonidos del silencio" de Paul Simon existen, y si no, preguntémosle a Beethoven, que dinamitó la historia de la música con obras escritas cuando ya no oía nada. Según eso, el idioma escrito sigue siendo potencialmente un idioma hablado. Un poema de Rubén Darío no deja de estar lleno de cadencias y eufonías así uno no pronuncie ni una palabra al leerlo.

El enigma se soluciona instalando el estilo en el inconsciente, proceso que requiere de un mínimo de paciencia. E. B. White dice en el ya muy citado Strunk & White que la buena escritura toma tiempo; no se puede escribir bien a la velocidad en que se habla. White también dice que el estilo no es una salsa que se pueda agregar a un plato; es inseparable de él. Citémoslo in extenso:

El primer consejo, entonces, es este: para adquirir un estilo, empiece por no fingir que lo tiene –o sea, ubíquese en el trasfondo–. Un escritor cuidadoso y honesto no tiene por qué preocuparse por el estilo. A medida que se haga más hábil en el uso del lenguaje, su estilo emergerá porque usted mismo emergerá. Y cuando eso pase, le resultará cada vez más fácil atravesar las barreras que lo separan de otras mentes, de otros corazones. Ese, por supuesto, es el propósito

de escribir, así como su principal recompensa.

V. EXPRESIONES, USOS

Y PALABRAS CONTENCIOSAS

HEMOS RELEGADO HASTA AQUÍ LA DISCUSIÓN de los usos erróneos o contenciosos, que en cualquier otro manual iría al principio. Lo hicimos porque no nos parece tan supremamente importante proceder por el camino del castigo. Sí, claro que hay errores feos en los que usted querrá no incurrir, so pena de aparecer como un palurdo recién salido de segundo de primaria. Entendemos por error el uso inculto y a veces tradicional derivado de alguna falsa analogía o de una extensión inapropiada de significados. Con el tiempo y el hábito usted caerá en menos errores de esos obvios que lo hacen quedar mal. Es asunto de aprender a utilizar bien los distintos elementos de la sintaxis sin obsesionarse con la corrección.

ERRORES COMUNES

Los errores de gramática, sintaxis o redacción tienen nombres complicados, derivados del griego y del latín, que les sirven a los académicos para discutir entre ellos en idioma abstruso. Hagamos una enumeración parcial para después sugerirles a nuestros lectores que no se aprendan ninguna de estas palabras, a menos que piensen estudiar filología o lingüística: adjunción, anacoluto, anantapódoton, anapódoton, anfibología, gazafatón, silepsis, solecismo, logomaquia, zeugma. Los recursos expresivos con los que cuenta cualquier persona que escribe también tienen nombres enredados. No los hemos citado sino de tarde en tarde y por ser palabras de uso culto, no esotérico.

Agrupemos los errores según el sentido común. No seremos exhaustivos, pues no se trata de agotar nada, sino de fomentar hábitos sanos. La práctica de la escritura seguramente lo enfrentará a usted con la mayoría de los casos que desarrollamos a continuación.

Cuyo, cuya, cuyos, cuyas

Estos adjetivos relativos con función de posesivos son usados mal con frecuencia. Uno oye en radio expresiones como las siguientes:

Los automóviles, que su placa termina en 8, no tienen restricción mañana.

La versión correcta es:

Los automóviles, cuya placa termina en 8, no tienen restricción mañana.

El del cuyo es un giro elegante que puede resultar empalagoso de repetirse en exceso. En principio, no debe haber más de un uso por página, e incluso eso puede ser mucho.

Dequeísmo y queísmo

Agregar la preposición de donde no cabe o quitarla de dónde debería estar son dos errores muy comunes en el habla y un poco más raros en la escritura en español. Algunos ejemplos nos permitirán entender con mayor facilidad por qué. Un tuitero venezolano escribía esto:

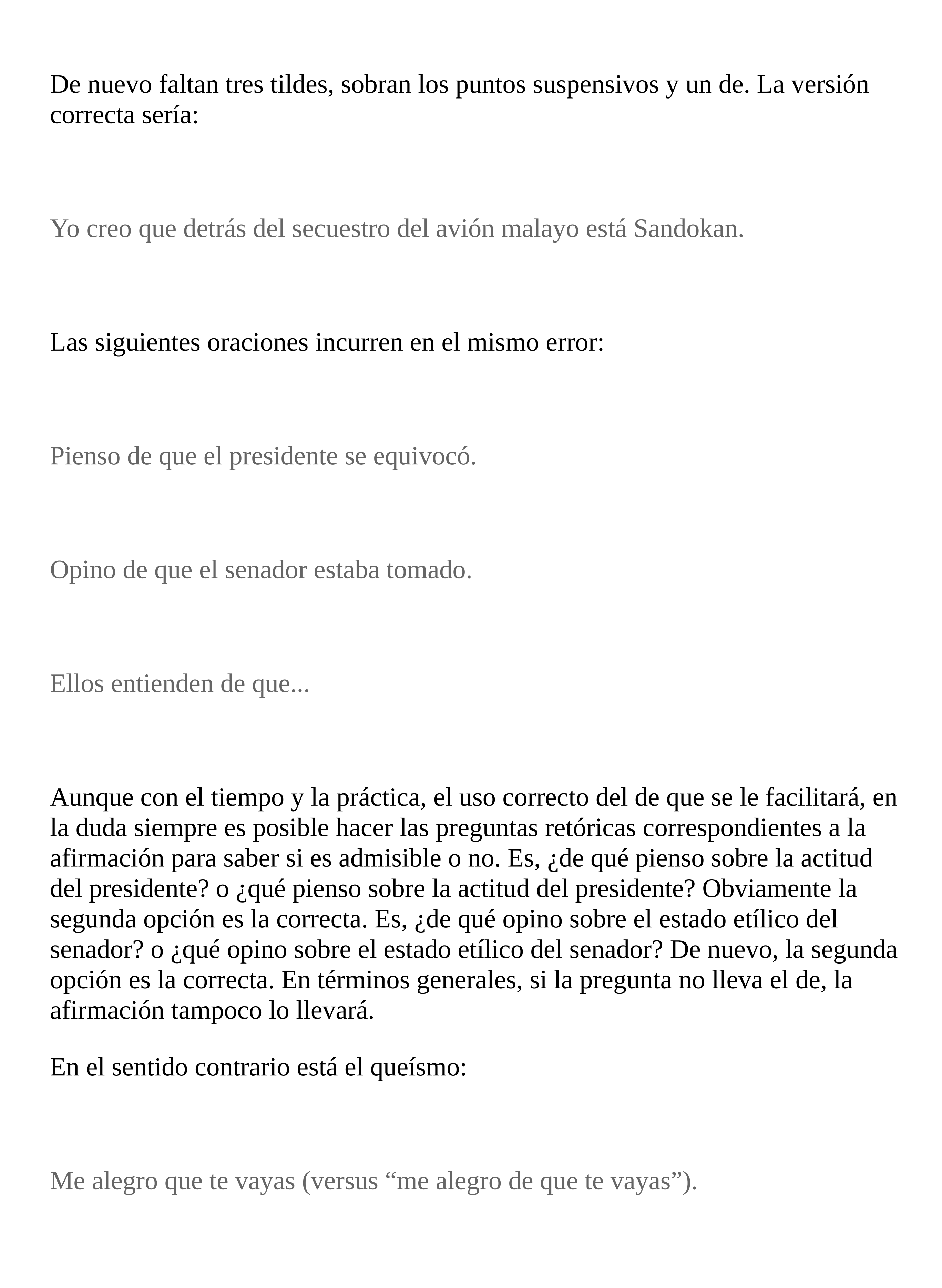
Yo opino de que a chavez lo trajeron muerto al pais, que opinan ustedes?

Aparte de que faltan la apertura de la interrogación, varias tildes, la mayúscula del apellido y un punto seguido después de país, está el famoso de que errado en todo su esplendor. La versión correcta sería:

Yo opino que a Chávez lo trajeron muerto al país. ¿Qué opinan ustedes?

Otro tuit dice:

Yo creo de que... detras del secuestro del avion malayo esta Sandokan.



De nuevo faltan tres tildes, sobran los puntos suspensivos y un de. La versión correcta sería:

Yo creo que detrás del secuestro del avión malayo está Sandokan.

Las siguientes oraciones incurren en el mismo error:

Pienso de que el presidente se equivocó.

Opino de que el senador estaba tomado.

Ellos entienden de que...

Aunque con el tiempo y la práctica, el uso correcto del de que se le facilitará, en la duda siempre es posible hacer las preguntas retóricas correspondientes a la afirmación para saber si es admisible o no. Es, ¿de qué pienso sobre la actitud del presidente? o ¿qué pienso sobre la actitud del presidente? Obviamente la segunda opción es la correcta. Es, ¿de qué opino sobre el estado etílico del senador? o ¿qué opino sobre el estado etílico del senador? De nuevo, la segunda opción es la correcta. En términos generales, si la pregunta no lleva el de, la afirmación tampoco lo llevará.

En el sentido contrario está el queísmo:

Me alegro que te vayas (versus “me alegro de que te vayas”).

Estoy de acuerdo que hay que hacerlo (versus “estoy de acuerdo en que hay que hacerlo”).

“Estoy segura que esta vez...”, dice una canción de Paulina Rubio (en vez de “estoy segura de que esta vez...”).

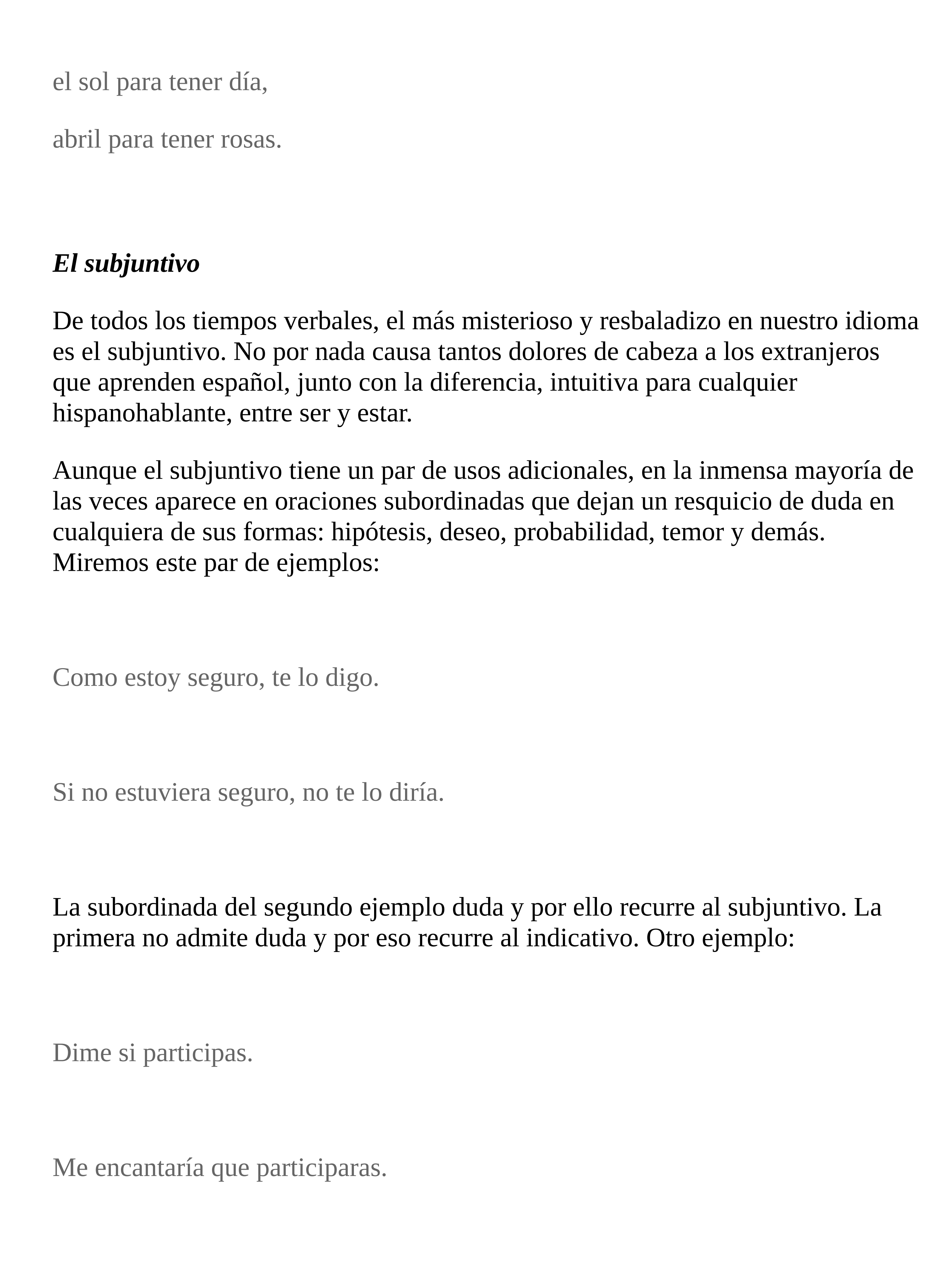
No me cabe la menor duda que Juan ganará las elecciones (versus “no me cabe la menor duda de que Juan ganará las elecciones”).

¿Comete usted los errores de las primeras frases con frecuencia? Ok, sufra un poquito, pero no sufra tanto. Wikipedia cita el título casi increíble de un libro de Eduardo Duhalde, ex presidente de Argentina: Es hora que me escuchen. Por supuesto, tendría que ser Es hora de que me escuchen. A su vez, el ex ministro de Hacienda de Chile, Andrés Velasco, dijo: No estoy de acuerdo que la educación sea gratuita para todos. Lo correcto es: no estoy de acuerdo con que la educación sea gratuita para todos. Si los que mandan se equivocan y no van presos por ello, usted puede equivocarse y seguir tomándose su café.

Nota bene: como la frase de que no deja de ser aparatosa, hay unos pocos casos en los que se acepta la supresión del de por razones de elegancia. La tradición, analizada en su momento por Rufino José Cuervo, ha querido que las excepciones sean sobre todo las expresiones antes que, después que y con tal que. Por ejemplo, la autobiografía de Reinaldo Arenas, llevada al cine por Julian Schnabel y protagonizada por Javier Bardem, se llama Antes que anochezca y no Antes de que anochezca. Escribe una tuitera: Después que te besan y todo, te dejan de hablar; así son. Suena acertado. Ahora bien, si nos hace falta una autoridad incuestionable, están el título y los versos de un famoso poema de Quevedo, “Después que te conocí”.

Después que te conocí,

todas las cosas me sobran:



el sol para tener día,

abril para tener rosas.

El subjuntivo

De todos los tiempos verbales, el más misterioso y resbaladizo en nuestro idioma es el subjuntivo. No por nada causa tantos dolores de cabeza a los extranjeros que aprenden español, junto con la diferencia, intuitiva para cualquier hispanohablante, entre ser y estar.

Aunque el subjuntivo tiene un par de usos adicionales, en la inmensa mayoría de las veces aparece en oraciones subordinadas que dejan un resquicio de duda en cualquiera de sus formas: hipótesis, deseo, probabilidad, temor y demás. Miremos este par de ejemplos:

Como estoy seguro, te lo digo.

Si no estuviera seguro, no te lo diría.

La subordinada del segundo ejemplo duda y por ello recurre al subjuntivo. La primera no admite duda y por eso recurre al indicativo. Otro ejemplo:

Dime si participas.

Me encantaría que participaras.

Como de costumbre, no se trata de leyes inapelables. Veamos el siguiente ejemplo:

Joaquín no sabe que en muchos países la calumnia no es un crimen.

Aquí no hay duda y se usa el indicativo. Si agregamos un quizá, la cosa cambia:

Quizá Raúl no sabe que en muchos países la calumnia no es un crimen.

Quizá Raúl no sepa que en muchos países la calumnia no es un crimen.

Ambas redacciones suenan bien.

El pasado del subjuntivo, simple y compuesto, tiene dos formas en español. Esto constituye todo un lujo, si consideramos, por ejemplo, que los tiempos equivalentes en francés desaparecieron del idioma hablado.

Si no me hubieras invitado, lo tomaría a mal.

Si no me hubieses invitado, lo tomaría a mal.

La segunda forma es poco utilizada en América Latina.

El futuro del subjuntivo, muy raro en otros idiomas, a veces tiene un sabor lírico, como en:

Adonde fueres, haz lo que vieres.

O en estos famosos versos de Quevedo:

Cerrar podrá mis ojos la postrera

sombra que me llevare el blanco día...

También sirve para dar precisión:

No se descarta un incremento del IVA, si el país llegare a requerir más ingresos.

Sin embargo, este tiempo tiene el problema de que puede funcionar como una suerte de pachulí. No aconsejamos a un amante despechado que le diga a su amada:

Si mañana llegares a estar libre otra vez y quisieres verme, te buscaría.

Porque es posible que ella le responda en un seco indicativo:

Me late que vas a tener que esperar sentado.

El uso del futuro del subjuntivo es muy común entre magistrados, jueces y abogados.

En caso de que hubiere lugar, presentaríamos una apelación.

Los gerundios

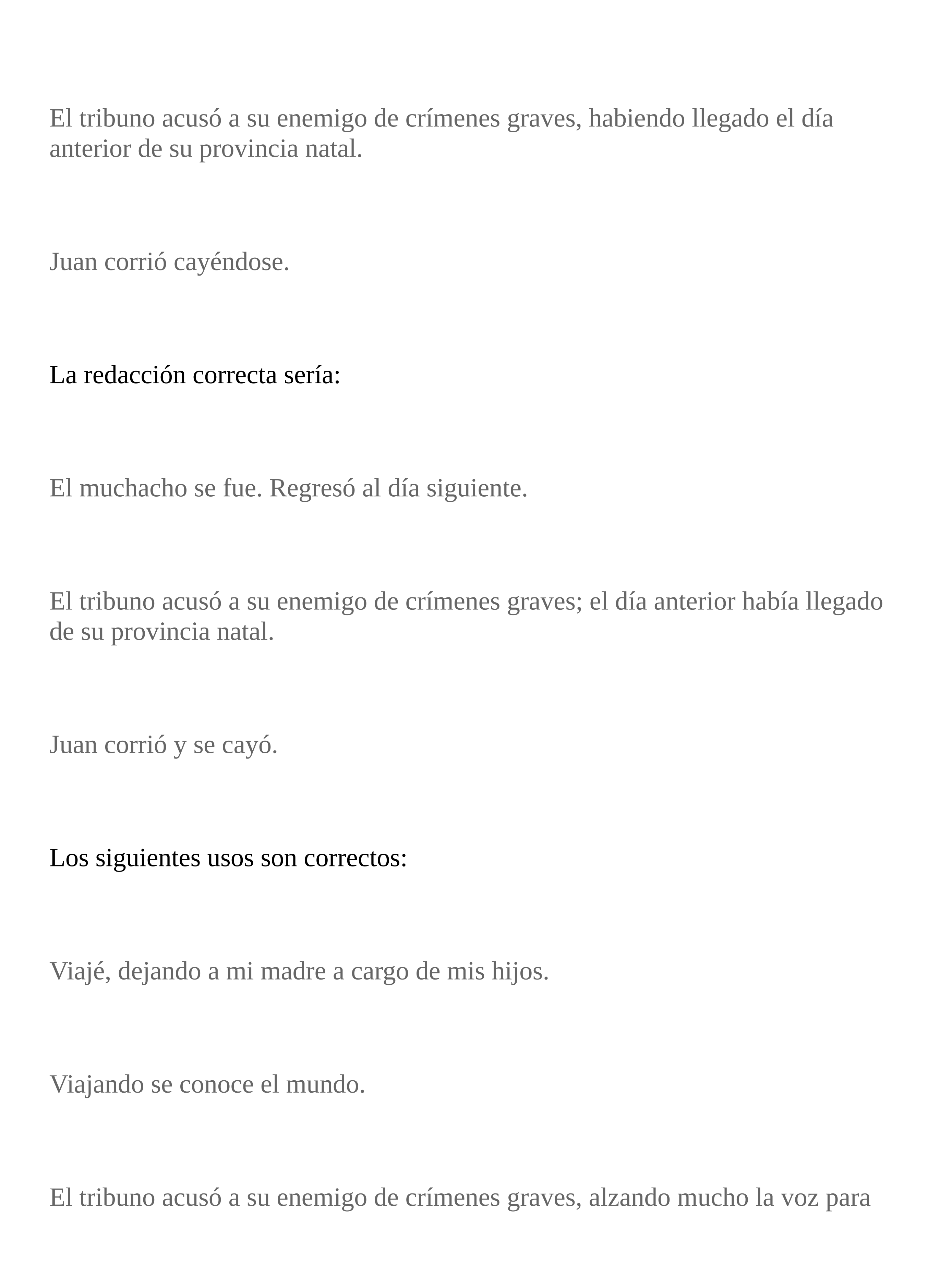
El gerundio es un recurso muy potente, que no se puede descartar porque sí, de suerte que la sugerencia de algunos, según la cual lo mejor es evitarlos, resulta absurdamente derrotista. No queda de otra que aprender a moverse bien en este territorio minado. Los gerundios por lo general hacen las veces de oraciones subordinadas, solo que son más expeditos y directos.

Se fue, dejando la puerta abierta.

Tienen, como se ve en el resaltado, la virtud de acelerar la acción y dar variedad a la escritura. El problema reside en que el español, pese a ser un idioma muy flexible, no lo es por tradición en el ámbito de los gerundios. El inglés, el francés o el portugués son mucho menos restrictivos al respecto. De ahí que los gerundios españoles tengan fama de difíciles. Nuestro mensaje es: nada de pánico.

El principal problema con los gerundios es que en el español no se permite el desplazamiento temporal dilatado entre la acción del verbo que hace parte de la oración principal y el gerundio que la sigue o la antecede. O sea que la acción del gerundio tiene que ser simultánea a la acción principal. Así, no será correcto escribir:

El muchacho se fue, regresando al día siguiente.



El tribuno acusó a su enemigo de crímenes graves, habiendo llegado el día anterior de su provincia natal.

Juan corrió cayéndose.

La redacción correcta sería:

El muchacho se fue. Regresó al día siguiente.

El tribuno acusó a su enemigo de crímenes graves; el día anterior había llegado de su provincia natal.

Juan corrió y se cayó.

Los siguientes usos son correctos:

Viajé, dejando a mi madre a cargo de mis hijos.

Viajando se conoce el mundo.

El tribuno acusó a su enemigo de crímenes graves, alzando mucho la voz para

que se entendiera la gravedad de lo dicho.

Precisando un poco, se permite que el gerundio indique una acción no simultánea, siempre que esta sea inmediatamente posterior o anterior:

El tribuno acusó a su enemigo de crímenes muy graves, generando un intenso caos.

El tribuno, acercándose al micrófono, acusó a su enemigo de crímenes muy graves.

Lo otro que no va con los gerundios en español es el desplazamiento de la acción del sujeto de la oración principal hacia otro sujeto. Los siguientes ejemplos son erróneos:

Los viajeros se montaron al avión, resultando varios de ellos maltratados.

El transeúnte se acercó al bus llevando muchos pasajeros.

Me llegó un sobre conteniendo el contrato.

El tren chocó muriendo muchas personas.

Las versiones correctas son:

Los viajeros se montaron al avión y varios de ellos resultaron maltratados.

El transeúnte se acercó al bus, que llevaba muchos pasajeros.

Me llegó un sobre que contenía un contrato adentro.

El tren chocó y murieron muchas personas.

El gerundio puede verse como un adverbio, así que tampoco funciona cuando quiere hacer las veces de adjetivo:

Ella tomó una foto mostrando los enfrentamientos.

El gobierno sacó un decreto regulando las peleas de gallos.

Las formas correctas son las siguientes:

Ella tomó una foto que mostraba los enfrentamientos.

El gobierno sacó un decreto que regulaba las peleas de gallos.

Por último, el gerundio con un verbo auxiliar es poco elegante en español. No diga estar siendo sino ser, estar viendo sino ver, vivir creyendo sino creer.

En materia de gerundios se debe entrenar el oído y luego confiar en él. En caso de duda, conviene consultar y, ante un escozor muy fuerte, recurrir a las alternativas.

Haber impersonal

El verbo haber en su acepción impersonal no admite sujeto. De hecho, el error no se comete en presente. Se dice: hay muchos camiones, porque es imposible decir hayen o haben muchos camiones. Sin embargo, en el resto de tiempos verbales –simples, compuestos y sobre todo cuando hay verbos auxiliares– se comete el error más común en lengua española.

Miremos este tuit:

Me dijeron que habían muchos peces en el mar, pero nunca que me iba a terminar enamorando del tiburón.

La dama que esto escribe tiene cierta gracia, pero también supone inconscientemente que peces es el sujeto y habían el verbo. No es así. Debió, pues, decir:

Me dijeron que había muchos peces en el mar...

Otro tuit dice:

Ahora solo hacemos paseos para preadolescentes; antes hacíamos para adolescentes, pero habían muchos embarazos.

Otra vez embarazos no es el sujeto del verbo haber debe escribirse:

...había muchos embarazos.

Como queda dicho, la intervención de un verbo auxiliar que modifica el verbo haber no altera la regla aunque sí hace más común el error. Miremos tres ejemplos:

Aún siguen habiendo grandes brechas entre Estados Unidos y Brasil. [Wall Street Journal en español]

Se estima que en ambos departamentos llegaron a haber 900 mil reses robadas.

En junio van a haber elecciones.

Las versiones correctas son:

Aún sigue habiendo grandes brechas entre Estados Unidos y Brasil.

Se estima que en ambos departamentos llegó a haber 900 mil reses robadas.

En junio va a haber elecciones.

¿Se percata usted a veces del error con el verbo haber cuando ya para qué? Preocúpese, pero no tanto, pues se oyen usos erróneos de esta construcción en presidentes de compañías, banqueros centrales y hasta jefes de gobierno.

Hay otros giros del verbo haber que tampoco son aceptables: habemos cinco motociclistas o habíamos cinco amigos. La manera más fácil de resolver estos casos es recurrir a los verbos ser y estar: éramos cinco motociclistas, estábamos cinco amigos.

Uso correcto de hasta

Es muy común oír y leer usos de la preposición hasta en los que no se sabe bien cuál es la secuencia de los eventos. Veamos este par de oraciones:

La interrogan hasta mañana.

No la interrogan hasta mañana.

La diferencia entre ambas es dramática y depende de la presencia del no. La primera significa que el interrogatorio comienza ya y dura hasta mañana, mientras que la segunda indica que la víctima puede pasar toda una noche sin amenazas.

Otro ejemplo podría ser este:

Mariela llega hasta mañana.

Quien dice esto con la idea de sugerir el momento de la llegada de Mariela, sería mejor que dijera: Mariela llega mañana. Ahora bien, si lo que se quiere enfatizar es que Mariela estará ausente todo el día de hoy y llegará mañana, hay que decir:

Mariela no llega hasta mañana.

Veamos otra oración:

No voy a darte lo que quieres hasta que dejes de llorar.

Aunque a muchos el sentido les parecerá razonable, la prudencia podría llevarnos a incluir el no.

No voy a darte lo que quieres hasta que no dejes de llorar.

La tendencia a prescindir del segundo no en estas construcciones es creciente. Veamos una traducción común de la famosa frase del catcher de béisbol Yogi Berra, “it ain’t over ‘til it’s over”:

No se acaba hasta que se acaba.

El purista diría: no se acaba hasta que no se acaba. Aclaremos aquí que este uso está tan difundido en varios países de América, que pronto podría considerarse aceptable. De cualquier modo, la expresión hasta tanto es poco elegante, así haga más difícil la confusión.

Pronombres inmovilizados

Dice María Moliner que “es incorrección inadmisible, frecuente en Hispanoamérica, la supresión de la s del pronombre pleonástico que representa a un complemento plural”. Se trata, en efecto, de un error muy común:

Pedro no le hace caso a los gritos. [incorrecto]

Pedro no les hace caso a los gritos.

Dígale a los invitados que si no traen trago no vengan. [incorrecto]

Dígales a los invitados que si no traen trago no vengan.

Como el idioma es también un territorio de contradicciones, uno oye ciertas expresiones tradicionales con el error incluido.

El pájaro tirándole a las escopetas.

Quebrados y ordinales

Los quebrados y los ordinales no son equivalentes. Coinciden cuarto, quinto, sexto, séptimo, octavo, noveno y décimo. A partir de undécimo y onceavo las series divergen y no se vuelven a juntar.

Así, lo correcto es:

Me acaban de invitar al décimo quinto congreso de ferreteros y pienso ir.

Ayer se cumplió el vigésimo quinto aniversario de la muerte del poeta.

Y no:

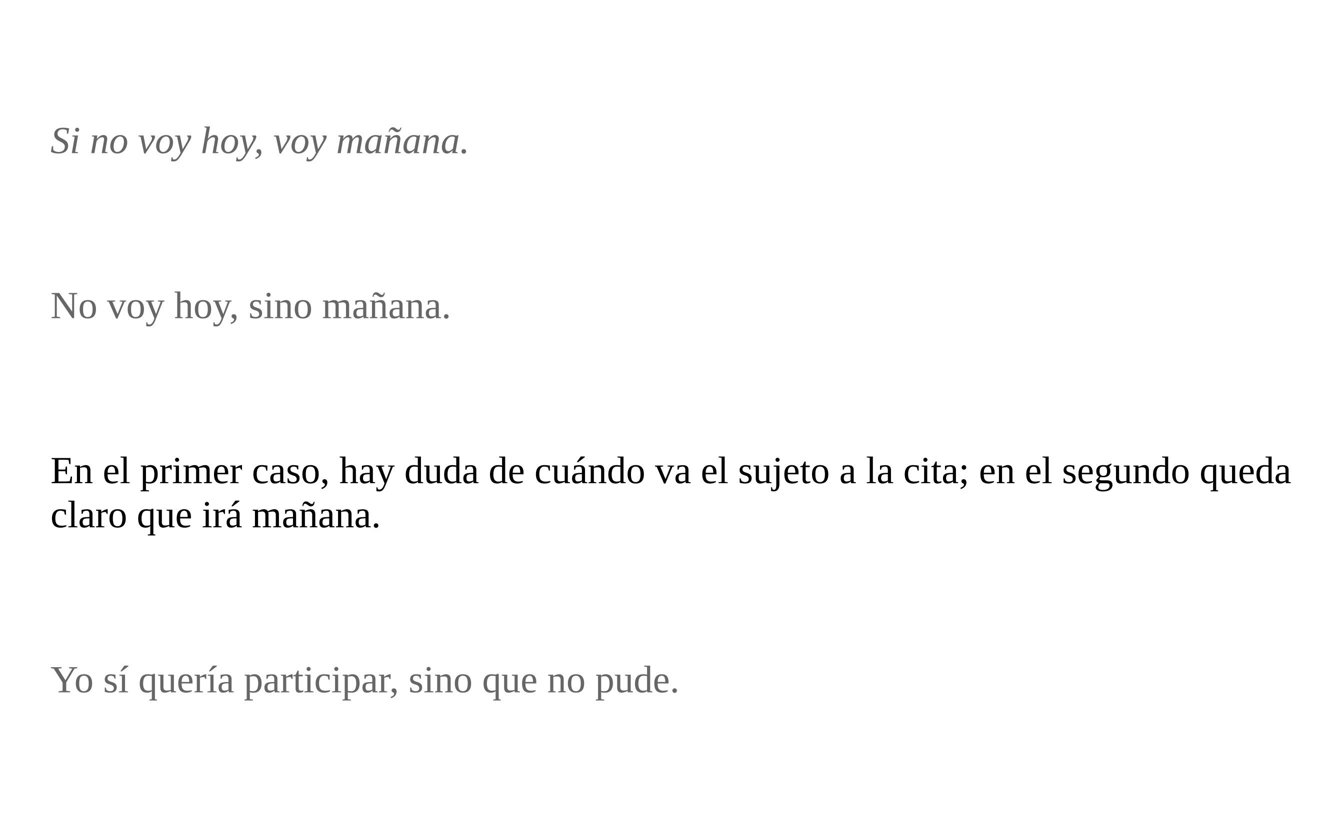
Me acaban de invitar al quinceavo congreso de ferreteros y pienso ir.

Ayer se cumplió el veinticincoavo aniversario de la muerte del poeta.

Ahora bien, a medida que aumenta el número, los ordinales se vuelven cada vez más aparatosos, cacofónicos y feos. Nadie querrá celebrar el ducentésimo vigésimo quinto aniversario de la Revolución Francesa, por lo que es más fácil decir que se celebra el aniversario 225 de tan polémico evento.

Sino y si no

Una cosa es la conjunción adversativa sino, y otra la expresión si no, que equivale a la forma negativa de la conjunción condicional si. Sobra decir que confundirlas es un error exclusivo de la lengua escrita, pues ambas expresiones se pronuncian igual. Un par de ejemplos aclararán la diferencia.



Si no voy hoy, voy mañana.

No voy hoy, sino mañana.

En el primer caso, hay duda de cuándo va el sujeto a la cita; en el segundo queda claro que irá mañana.

Yo sí quería participar, sino que no pude.

Si no participé, fue porque no pude.

En el primer caso la frase sino que podría sustituirse por pero. Inténtese esta sustitución en el segundo caso y el sentido se desbarata.

OTROS ERRORES PUNTUALES

Los de arriba son los errores más comunes del idioma. Repasemos ahora en orden alfabético otros errores en los que usted preferirá no incurrir.

A grosso modo

El bello y utilísimo latinajo no lleva la preposición a.

El séptimo gol representa grosso modo lo que se vio en el juego: el Barça hizo lo que se le vino en gana con el Osasuna.

Si quieren saber grosso modo qué le pasó a la ciudad bombardeada, miren las fotos.

Es exagerado a estas alturas poner la frase en cursiva, como lo será para los demás latinajos que citamos abajo.

A motu propio

Otra indispensable frase latina que no solo se escribe sin la preposición a, sino con otra r después de la segunda p.

Sabía que era un riesgo y lo tomé motu proprio.

Si de todos modos va a equivocarse, sáltese la segunda r, pero no incluya la preposición.

Acsequible

Existen en español dos adjetivos emparentados por significado y escritura: accesible, de acceso fácil, y asequible, una palabra un poco más rara que según María Moliner significa “susceptible de ser alcanzado materialmente”. La que no existe es la hija bastarda de ambas, acsequible. Veamos este tuit:

El valor de un objeto radica en lo poco acsequible del mismo. [incorrecto]

Al interior

Salvo que usted acuda a la contracción al para señalar la dirección de un movimiento, evite usar la expresión al interior. Vale, entonces, decir:

Me voy de viaje al interior del país.

El viajero regresó al interior de la embarcación.

En cambio, suena mal decir:

Hay problemas al interior de la oficina.

Al interior de su casa está la claraboya.

En ambos ejemplos, que suponen una localización fija, son más precisas las palabras dentro o en.

Alternativa y opción

Es preferible limitar el uso de la palabra alternativa a las situaciones que ofrecen dos opciones, la principal y la alternativa. Pasa lo mismo con dilema y disyuntiva, en las que también ha de decidirse entre dos. Cuando son muchos los caminos o no se sabe cuántos son, deben llamarse opciones.

Aun y aún

La primera se escribe sin tilde pues se considera acentuada en la a. Es un adverbio concesivo, con un significado cercano a incluso. También aparece en las frases aun cuando y aun así.

Aun con mi aguante, el puñetazo me dolió mucho.

La segunda va acentuada en la u y se escribe con tilde. También es un adverbio, pero equivale a todavía.

No ha llegado aún la carta en la que me pedías que te olvidara.

Calificar y clasificar

Algunas personas confunden estos dos verbos. Calificar significa asignar un atributo o una calidad a algo. Clasificar significa dividir un grupo en clases y asignar cada parte a una clase determinada.

Los críticos calificaron mal al Real Madrid por su juego, pero aun así el equipo clasificó a la final.

Dar de que hablar

Aquí sobra la preposición de. Uno da que hablar, da que pensar, da que sentir. Todos estos que se escriben sin tilde.

De acuerdo a

La pomposa frase que permite derivar algo de alguien no es de acuerdo a, sino de acuerdo con, pues los acuerdos se hacen con alguien. Dicho esto, es casi siempre más elegante usar la preposición según, tan económica y expresiva como olvidada por los grandilocuentes.

De acuerdo a las cifras, el desempleo en la provincia no aumentó durante 2014. [incorrecto]

En estos días soleados los lentes oscuros se convierten en un accesorio obligado. ¡Elígelos de acuerdo a tu estilo! [incorrecto]

Es importante que elijas una crema de acuerdo con tu tono de piel. [correcto, pero aparatoso]

Es importante que elijas una crema según tu tono de piel. [mejor]

De arriba a abajo

La elegante frase que nos permite mirar a alguien de un solo golpe y pasar raudo juicio sobre esa persona no es de arriba a abajo, sino de arriba abajo sin la preposición.

La chica del colectivo me miro de arriba abajo.

Odio que me miren de arriba abajo.

De ex profeso

Todavía otra utilísima frase latina que no necesita preposición. Se dice ex profeso a secas. Significa “con el único propósito de”.

Fui a su casa ex profeso a verlo.

Disgresión

La palabra correcta es digresión, sin la s furtiva.

Encontramos este tuit:

Disgresión: El quilombo que armó Edward Snowden!!! Nos espían los Yanquis pero también los Europeos.

Los errores no suelen venir solos. Aquí falta abrir las exclamaciones triplicadas y sobran varias mayúsculas.

Divisas extranjeras

Las divisas siempre son extranjeras, de modo que es redundante agregar el adjetivo.

La escasez de divisas se volvió crítica para Argentina.

En relación a

No se dice en relación a sino en relación con porque nadie se relaciona a una persona, sino con esa persona.

Opino, en relación con tu pregunta, que esa ley es desueta.

En base a

Hasta los mejores escritores a veces usan mal esta expresión. Aquí una columna de Gabo:

Fue en base a ese informe que Rockefeller y Kissinger solicitaron el ingreso del Sha en Estados Unidos.

No es en base a sino con base en porque las cosas se basan en algo, no a algo. Pero incluso la acepción correcta es aparatosa y conviene usarla poco. Es mejor basarse en algo que actuar con base en ese algo. De nuevo, es todavía mejor recurrir a la preposición según.

Con base en el análisis de los expertos, la economía este año crecerá en un 4%. [correcto, pero aparatoso]

Según los expertos, la economía este año crecerá en un 4%. [mejor]

Enjugar y enjuagar

Se enjuga cualquier líquido, sobre todo las lágrimas, es decir, se secan, y se enjuaga la ropa, verbo feo pero preciso.

Erario público

Hablar del erario público es redundante porque el erario es sinónimo de fisco, o sea que siempre es público.

Infligir e infringir

El verbo infligir es transitivo y significa causar un daño que debe especificarse en el complemento directo:

A mi equipo favorito le infligieron una humillante derrota el domingo.

Por su parte, el verbo infringir significa violar un precepto o una ley.

Juan infringió las normas y por eso fue expulsado del juego.

Dada la cercanía fonética, la gente ha forjado el híbrido inflingir, que no solo es equivocado, sino que no puede tener ningún significado porque las definiciones de los dos verbos originales no son ni parientes, como sí eran parientes accesible y asequible.

Inmune e indemne

Ser inmune a una enfermedad es no ser atacable por ella. Salir indemne de un accidente es no haber sufrido lesiones en él.

A veces la gente confunde ambos adjetivos, como sucede en este texto.


Ninguna esfera de la sociedad ha salido inmune de los retos contemporáneos. [incorrecto]

La versión correcta sería:

Ninguna esfera de la sociedad ha salido indemne de los retos contemporáneos.

Jeringonza

Pese a que jeringonza ha ido ganando terreno, quizá por influencia de jeringa, todavía es preferible saltarse la n intrusa y escribir jerigonza para referirse a “lenguaje o discurso enrevesado e incomprensible”.

Pírrico

Esta palabra, según María Moliner, significa “victoria que no lo es más que de nombre, pues deja maltrecho al vencedor”. No equivale, por lo tanto, a indigno o miserable.

El salario mínimo es pírrico. [incorrecto]

El número de jugadores expulsados y lesionados hizo de este un pírrico triunfo para el equipo local. [correcto]

Preveer

Este verbo es una deformación inconveniente de prever, en el sentido de “percatarse por anticipado de alguna cosa”.

Es imposible preveer cuál va a ser el resultado del elecciones.

[incorrecto]

La versión correcta sería:

Es imposible prever cuál va a ser el resultado de las elecciones.

Promedio y aproximación

El promedio de algo es el punto medio entre dos o más cantidades conocidas, y aunque el resultado puede no ser una cifra exacta, sí tiene que salir de una comparación y no puede confundirse con la palabra aproximación. Por eso las siguientes oraciones son incorrectas:

De las 500 mil palabras que en promedio tiene el castellano, un hablante corriente conoce a lo sumo cinco mil.

La funcionaria aseguró que en Bogotá hay un promedio de 1’160.526 árboles en

el espacio público.

Las versiones correctas serían las siguientes:

De las 500 mil palabras que aproximadamente tiene el castellano, un hablante corriente conoce a lo sumo cinco mil.

La funcionaria aseguró que en Bogotá hay aproximadamente 1.160.000 árboles en el espacio público.

Nótese que tampoco es congruente dar un número exacto para hablar de una cifra aproximada.

Vaso con agua

No se dice vaso con agua, de la misma manera en que no se dice plato con sopa o copa con vino.

HIPERCORRECCIÓN

Son comunes los falsos errores, o sea, los usos corrientes en el habla culta que todavía repugnan a los puristas. ¿Y por qué son tantos? Pues porque el caudaloso río del idioma va por un lado, hacia abajo, mientras que el pequeño pero locuaz sanedrín de quienes aspiran a ponerle diques va por otro, hacia arriba. Para un purista, el camino de la escritura está lleno de signos que dicen peligro, cuidado, prohibido, precipicio. Aunque los pecados que un purista no tolera son numerosísimos, lo que más le fastidia es el uso inconsulto de neologismos, en su mayoría traídos de contrabando de otros idiomas o cocinados a fuego lento en alguno de nuestros países ultramarinos.

El que galicado

La frase que galicado constituye una enseña mediante la cual se reconocen los templarios de la defensa del idioma en su cruzada contra la corrupción foránea. Usted no oirá nunca a un purista decir:

Es por eso que te llamo.

La construcción es, en efecto, traducción del francés –c'est pour cela que je t'appelle–. La versión hipercorrecta sería:

Es por eso por lo que te llamo.

Suena feo, ¿no es cierto? Pues sí, y una de las razones por las que esta eficiente construcción afrancesada entró al español hace más de 200 años, para no volver a salir jamás, ha sido siempre la de evitar la cacofonía. Quizá unas cuantas citas literarias vengan a cuento. El siguiente fragmento de María (1867) contiene un claro ejemplo del que galicado:

Algo como la hoja fría de un puñal penetró en mi cerebro: faltó a mis ojos luz y a mi pecho aire. Era la muerte que me hería... Ella, tan cruel e implacable, ¿por qué no supo herir?

También en los poemas del gran peruano César Vallejo hay ejemplos del que galicado. Estos versos son de “Enereida”.

Es enero que canta, es tu amor

que resonando va en la eternidad.

Citemos por último cuatro versos de “La cabeza del rawí” de Rubén Darío:

Por eso es que triste se halla

siendo del monarca esposa

y el tiempo pasa quejosa

en una interior batalla.

Anclados en la autoridad de los poetas, podemos decir que el combate contra el que galicado es una reliquia de tiempos idos y que si todavía aparece por ahí en

los manuales es porque constituye una suerte de omertà de los gramáticos. No hay que ponerles atención; el que galicado pertenece a nuestro idioma y nadie lo va a erradicar. La razón es palpable en los ejemplos: se trata de una forma económica y potente de escribir y hablar.

Doble preposición

Las preposiciones simples en español son: a, ante, bajo, con, contra, de, desde, en, entre, hacia, hasta, para, por, según, sin, so, sobre, tras. Los acuciosos agregan otras: cabe, durante, mediante y versus. Son, en todo caso, pocas, de suerte que no es raro que tengan más de un sentido y también se unan en dúos y hasta en tríos para lograr efectos nuevos. De ahí que sea equivocada la noción de que las dobles preposiciones, en especial a por, tan común en España, constituyen un error. A por no solo es una expresión correcta, sino potente. “Voy a por pan” es más expresivo que “voy por pan” o “voy a comprar pan”. Otras construcciones posibles son: “como por entre un tubo”, “por entre las nubes”, “para con usted”, “hasta ante el castigo”, entre muchas más.

Ahora repasemos otros falsos errores. Los correctores de pruebas ambulantes sienten tal gana de pillar a la gente en el error, que se han inventado muchos. Para ellos, las siguientes expresiones son yerros espantosos.

Accidente fortuito

No existe un accidente fortuito, dicen, porque todo accidente lo es. Cierto, pero al mismo tiempo es extraño que la palabra accidente no sea susceptible de matices. Se puede decir accidente esperado, accidente inevitable, de suerte que nadie va a llevarlo a usted a un tribunal si también califica un accidente de fortuito.

Adonde, a donde

Se proponía una regla complicada para diferenciarlas, pero no cuajó. Hoy se

consideran equivalentes. Use la que prefiera.

Amigo personal

A ojos del pelilloso, esta frase es otro nefando pleonasmo. Al parecer, los obsesos de la gramática no saben que la amistad tiene grados. Hay amigos íntimos y menos íntimos. Incluso, de creerle a Facebook, hoy uno puede tener miles de amigos impersonales. Así que usted puede seguir teniendo uno o varios amigos personales sin temor a ser fulminado por un rayo.

Autoridad constituida

No hay tal autoridad constituida, dicen los de la secta, porque si no está constituida, no es autoridad. ¿Y la del paramilitar o la del guerrillero acaso no es autoridad porque no esté constituida?

Buena ortografía

La palabra ortografía está compuesta por el prefijo orto, que significa “recto”, y por el sufijo grafía, que significa “escribir”, de suerte que para los quisquillosos es redundante decir que alguien tiene buena ortografía, como se dice a diario. Listo, pero entonces, ¿cómo se dice cuando alguien tiene mala ortografía, que es un cacógrafo? Bobadas, el prefijo orto ya no está en griego sino en español, lo que debilita su sentido original. Por eso uno puede tener buena o mala ortografía sin problemas. Conviene más la primera, claro.

Cita previa

Esta frase tan común irrita a los puristas porque, según ellos, toda cita tiene que haber sido previamente acordada. Es cierto que el adjetivo muchas veces es prescindible, pero hay expresiones en las que suena raro no usarlo. Un portal

español habla de cita previa de extranjería. Sin el adjetivo, quedaría cita de extranjería. ¿Qué quiere decir la frase? Otro portal habla de el servicio de cita previa estará disponible desde el lunes. ¿Sería mejor que dijera el servicio de cita estará disponible desde el lunes? Lo dudamos. Recomendación: quite el adjetivo cuando pueda; cuando no, déjelo.

Funcionario público

No hay tal que funcionario público sea siempre un pleonasmo, porque hay países en los que existen funcionarios privados.

Juicio crítico

La palabra juicio tiene demasiadas acepciones como para prohibir que sea modificada por adjetivos como crítico. En oraciones como: José pretendía dar un juicio crítico, pero al final salió con un chorro de babas, el adjetivo es útil.

Réplica exacta

Los puristas que dicen que toda réplica tiene que ser exacta. Paja, si usted parece una réplica de su hermano y no es su gemelo, pues no será una réplica exacta.

Yo, personalmente

Esta frase sirve en ocasiones para dar un énfasis. De ahí que su uso sea tan común.

LA PELEA CONTRA LOS NEOLOGISMOS

Y LOS EXTRANJERISMOS

Toda palabra alguna vez fue un neologismo".

JORGE LUIS BORGES

Atrás decíamos que la madre de todas las batallas que libra el purismo es la que pretende que el español no sea, como lo es, un idioma hospitalario. La batalla sería inocua si no alejara a mucha gente de la escritura por miedo.

La fobia a los extranjerismos viene desde la antigüedad y se sabe por la historia de los idiomas que está perdida de antemano. La cita de Borges en el epígrafe tendría que ser obvia para cualquiera. ¿Por qué, entonces, poner una fecha límite después de la cual la importación o invención de palabras se considera dañina? En las obras de Shakespeare aparecen más de 2.000 mil palabras nuevas, o sea 2.000 mil de esos odiados neologismos. Se sugiere, incluso, que él inventó 1.700, cantidad posiblemente exagerada, pues es probable que muchas sean palabras que Shakespeare haya oído en las calles londinenses y que aún no estaban en los libros. La mitad de esos 2.000 mil neologismos sobrevivió, la otra mitad no. Magnífico promedio de bateo, como se diría en el béisbol.

Considere el lector la siguiente lista de palabras o acepciones, muchas de origen francés, otras de origen inglés, que no figuraban en la edición del DRAE de 1970:

agresivo (en el sentido de “activo”), apreciable (en el sentido de “notorio”), banal, batería (en el sentido de “acumulador de energía”), cabaret, campus, camuflaje, clóset, columnista, confort (ya estaba confortable), costo de vida (se decía carestía), cubrir (una noticia), debut, enfatizar, esnob, espagueti, estándar, estatus, estrés, explotar (por “hacer explosión”), extraditar, ficción (por “narrativa imaginada”), financista, fólder (se decía carpeta), gánster, gueto, hábitat, hándicap, iceberg, ignorar (en el sentido de “pasar por alto”), impacto (en el sentido de “influencia”), insatisfactorio, irrelevancia e irrelevante, mansión (en el sentido de “casa grande y lujosa”), masacre y masacrar, pedigrí, penalizar, picnic, premonición, privacidad, récord, referí, retaliación, revitalizar, salvaguardar, sándwich, sentido del humor (se decía carácter jovial), succionar, surrealismo (se decía superrealismo), tabloide, tiquete, visualizar, whisky.

Pues bien, si la lista le resulta extraña, tiene toda la razón, es extraña. Muchas de estas palabras fueron objeto de álgido debate en su momento, se sugirieron alternativas “mejores” para cada una y en cada caso los puristas tuvieron que batirse en retirada.

Los neologismos que tanto fastidian a los puristas nacen de una fatalidad, la que dice que el idioma en el que habla la mayoría de los inventores y de los creadores de comportamientos de una determinada época es el que dará nombre a estos inventos y a estos comportamientos. Siempre ha sido así y siempre será así. En el siglo XIX el español importaba palabras del francés, pero a partir de la Segunda Guerra Mundial el idioma que impone su léxico es sobre todo el inglés.

La solución al impasse es que los hispanohablantes inventemos más cosas, más comportamientos y más modas, y así tengamos derecho a nombrarlos, como alguna vez nombramos el artefacto que hoy en muchos idiomas se llama canoa o el raudo sueño de la tarde, que se llama siesta. Tampoco está prohibido reformar los nombres de los inventos, de los comportamientos y de las modas que nos vienen de afuera. Muchas veces lo hemos hecho. Por algo hoy se habla de un líder y no de un leader. El yerro está en forzar la atropellada y cacofónica castellanización de cualquier neologismo, como intentan hacerlo los angustiados puristas, para quienes la presencia de alguno sin domesticar en un texto equivale a una derrota moral. Poco les importa proponer que usemos una frase de tres o cuatro palabras para decir menos de lo que decimos con un solo neologismo. En fin, hay que tener en cuenta que los gramáticos son gramáticos, no escritores.

Les da igual si una expresión es contundente o no.

Las palabras extranjeras que entran en un idioma como el español tienen tres posibilidades: 1) se transforman al entrar y adquieren una escritura castellana aparente, 2) mantienen su ortografía original, quizás perdiendo los acentos del idioma de origen, si este los tiene, 3) rechazan la castellanización y mantienen su forma original durante largo tiempo. Las fuerzas que gobiernan estos cambios son complejas e incluyen la estética, la sonoridad y el tiempo.

Argumentan los puristas que solo se debe importar una palabra o una frase cuando en español no exista otra adecuada que signifique lo mismo. Se trata de un argumento pobre. Primero porque los sinónimos cercanos no dejan de ser útiles en la medida en que suenan diferente y, por ende, pueden contribuir a la eufonía de una frase. Pero es todavía más importante entender que cuando dos o más palabras compiten por un mismo uso, cada una tiende a especializarse, es decir, a desarrollar connotaciones o subsignificados interesantes. Miremos el fenómeno en acción en las siguientes parejas de palabras:

Complicado, complejo

Son dos adjetivos obviamente relacionados. Aunque el primero es más antiguo, el segundo va ganando la partida. Los sentidos se han ido diferenciando: complejo se volvió sustantivo en frases como complejo de Edipo, complejo de Electra, complejo de inferioridad.

Influir, influenciar

El verbo influir, quizá porque abarcaba demasiadas acepciones, prohijó a influenciar, al cual como de costumbre se le hizo la guerra. Ensaye el lector y verá que no son para nada equivalentes.

Motivo, motivación

El sencillo y abarcador sustantivo motivo cedió una parte de su significado al más preciso y nuevo motivación, relacionado sobre todo con la voluntad para hacer algo. Todos los hablantes ganamos.

Poner, posicionar

El verbo posicionar es una especialización que significa “poner en situación competitiva”. Los puristas bien pueden mesarse los cabellos, que la palabrita está en situación competitiva.

Pues bien, querido lector, si usted quiere creerle a este manual, no tiene nada de malo usar con moderación las palabras y expresiones extranjeras que le apetezcan siempre que sean de comprensión general para una persona medianamente culta. Un lector promedio de habla española entiende, en su orden, inglés y francés. Tienen muchas menos nociones de, también en su orden, portugués, alemán, italiano, latín y griego antiguo. La única recomendación es no acumular los neologismos en forma caricaturesca, como en este pasaje:

Estando en el living, mi petite amie me dijo que si salíamos de camping. Yo le dije que yes, pero no este weekend, sino el del próximo Halloween. Qué perspectiva tan nice, bro.

Otra consecuencia del terror a la invasión lingüística consiste en usar las palabras y los giros cuando al parecer no hay más remedio, pero poniéndolos en cursivas. No obstante, el uso excesivo de un recurso lo debilita. ¿Por qué, por ejemplo, utilizar la cursiva o bastardilla (nombre harto indicativo) para los tempos musicales? No hay razón. La práctica más liberal y, sobre todo más sensata, consiste en usar las cursivas en aquellas palabras y frases que no se aparecen casi nunca en español y cuyo significado desconoce una amplia mayoría de los lectores. La cursiva ha de ser en últimas un gesto cortés del autor, que significa “usé esta frase o palabra extranjera porque era la que mejor expresaba lo que yo quería decir, pero estoy consciente de que mi lector tendrá que ir a buscarla en el diccionario o en internet”.

Neologismos que se quedaron, se están quedando o posiblemente se quedarán

Examinemos ahora, en orden alfabético, algunas palabras y frases que no les gustan a los puristas, pero que resultan muy útiles y se pueden usar sin ningún problema, a menos que a usted lo hayan invitado a dar un discurso en el colegio Reyes Católicos de su país.

Accesar

Se está volviendo popular por ser un verbo transitivo para una acción que claramente no necesita intermediarios. Acceder, el candidato académico, requiere de la preposición a.

Affaire

Pese a que los académicos siguen luchando contra esta palabra y la ponen en cursivas de castigo, cada vez se usa más por cuanto no tiene un sustituto ni de lejos satisfactorio en español. Cualquier intento de castellanizar su ortografía afea la palabra de forma irremediable. ¿Afer? Imposible.

Agendar

Entró porque no tiene sustituto verdadero. Sugieren anotar, apuntar, escribir, incluir/poner en la agenda. Algunos son intransitivos, otros dan un mensaje incompleto o utilizan cuatro palabras en vez de una.

Amateur

Obviamente, no es lo mismo que aficionado. La palabra francesa es muy precisa

al oponerse a la actitud profesional. Un amateur no ha hecho de una determinada actividad la principal de su vida. El aficionado, en cambio, es el no experto.

Aplicar, aplicación

Aplicar a una beca es preferible a pedir una beca o solicitar una beca. Al aplicar, se está buscando algo ya ofrecido. Al pedir o solicitar, no se sabe.

Back-up

No sirven copia de seguridad, ni copia de resguardo ni copia de respaldo. El inglés es el idioma oficial de la informática, nos guste o no.

Ballet

Esta curiosísima palabra ya está en el DRAE, que la ignoró durante décadas, pese a que hace siglos las niñas y algunos niños estudian ballet. Tras la inclusión, raro caso, el diccionario no se ha atrevido a castellanizar el término quitándole una l. Dicen que es palabra francesa cuando en últimas viene del italiano balleto, que significa "bailecito".

Bestseller

El sustantivo inventado por los académicos, superventas, no tiene la menor posibilidad de desplazar al original inglés, que por lo demás es refractario a cualquier intento de castellanización.

Boom

No, el movimiento que protagonizaron García Márquez, Vargas Llosa y el resto de luminarias latinoamericanas no fue el Bum ni el Auge, fue el Boom.

Brochure

Esta palabra (masculina), pese a tener buenos sustitutos en español, como folleto, prospecto, catálogo u opúsculo, sobrevive sin problemas.

Brunch

Ni hablar de convertir esta palabra contundente en refrigerio, piscolabis, tentempié, refacción, refuerzo o puntal. Ninguna de las alternativas reemplaza esta mezcla entre desayuno y almuerzo que se acostumbra sobre todo en los fines de semana.

Bypass

La versión española baipás (plural, baipases) no ha tenido mucho éxito porque la i latina afea la palabra original. Tampoco lo han tenido puente (aorto) coronario o derivación (aorto) coronaria.

Call center

El anglicismo original especifica que de un call center salen llamadas y no entran. La larga versión española, centro de atención telefónica, no aclara este punto crucial.

Casting

Echa uno de menos la g del original, tanto en el singular como en el plural que proponen: castin y cástines.

Commodity

Lo que la palabra inglesa sugiere, según se use en un caso u otro, abarca a todas las sustituciones que se proponen en español: mercancía, artículo, bien de consumo, producto básico y materia prima.

Como un todo

Esta traducción literal de as a whole es muy popular. Existe, sí, en conjunto, pero el anglicismo es más fuerte.

Conservatismo

Es curioso que este anglicismo no esté en el DRAE, pese a que en Colombia se usa desde el siglo XIX.

Croissant

El triunfo del cruasán está a décadas de distancia. Por alguna razón, uno sospecha que el croissant sabe mejor.

De otra parte

Sí, hay por otra parte, pero la alternativa es popular.

Desapercibido

Este es otro galicismo alrededor del cual los académicos dieron una dispéptica batalla de siglo y medio, que al final perdieron. Como cosa curiosa, en francés no existe desaperçu. El adjetivo original es inaperçu, que fue bellamente castellanizado desde un principio al fundirse con una palabra poco usada que significaba “desprovisto de lo necesario”.

Detentar

Quien detenta el poder lo tiene, quien lo ejerce hace uso de él.

Dos veces por semana

Sí hay dos veces a la semana, pero la alternativa no sobra.

Dumping

No es lo mismo que competencia desleal o abaratamiento anormal, y en el castellanizado dumpin uno echa de menos la g faltante.

Email

Ni modos, como dicen en México, la gente seguirá enviando emails y mails por millones en español. Son tantos, que también sirve la alternativa correo electrónico.

Espresso

Nadie quiere confundir un café concentrado y espumoso con un tren o un bus rápido, expreso, o con una olla pitadora, exprés.

Eventualmente

Ofrece un matiz dubitativo al más asertivo finalmente.

Feedback

No es retroalimentación, retroacción o retroinformación. Mucho menos se entiende analepsis.

Foie-gras

La palabra original es elegante; fuagrás resulta vulgar y no da ganas.

Freelance

Ninguna de las alternativas propuestas –independiente, autónomo o libre– cubre el espectro.

Goodwill

No es lo mismo que prestigio, posición social, buen crédito o renombre, así que se queda.

Hacer parte de

Este galicismo, traducción de faire partie de, es más elegante que formar parte de o integrar.

Hall

Las alternativas propuestas, vestíbulo, entrada o recibidor, no están ni tibias. Ah, y la palabra no es castellanizable.

Holding

Es más específico que grupo de empresas.

Impasse

No es callejón sin salida, atolladero, punto muerto, crisis, atasco, estancamiento, inconveniente, impedimento, obstáculo o incidente, sino todo lo anterior condensado en una sola palabra. Podría perder una s y volverse impase.

Jazz

Quienes tocan yaz desafinan tiro por tiro.

Jeep

No es campero o todoterreno y menos un feo yip.

Jet lag

Es más breve y expresivo que desfase horario, desajuste horario o descompensación horaria.

Jingle

No, melodía publicitaria no da un brinco.

Jockey

¿Para qué meterse con esta palabra noble e intentar volverla yóquey (plural, yoqueis) o yoqui (plural, yoquis)?

Know-how

El inglés ha inventado la mayoría de las palabras ligadas a los negocios y la administración, de modo que será vano el intento de sustituir esta por saber hacer, habilidad, destreza, experiencia, pericia o tecnología.

Masacre, masacrar

Este par de galicismos, tan sumamente exitosos que hoy hasta un crío los entiende, fueron objeto de una encarnizada batalla entre puristas y liberales. Aunque hace mucho que venimos de masacre en masacre, la palabra solo apareció hace poco en los orgullosos diccionarios españoles.

Motel

El original motor hotel se convirtió por compresión en el eufónico motel, fenómeno al cual se le montó otrora una persecución feroz en Colombia.

Alguien trató de aclimatar estadero, que como campero es palabra insulsa y sin personalidad.

Off the record

Se proponen: a micrófono cerrado, confidencial(mente), extraoficial(mente) o información confidencial, cuando la socorrida frasecita lo dice todo con claridad.

Offshore

No equivale a en el mar, fuera de costa o mar adentro y otras cursilerías semejantes.

Okey, Ok

Sí, existen está bien, de acuerdo, aprobado, estupendo, vale o visto bueno, sin que por eso desaparezca la palabrita inglesa (de origen desconocido).

Outlet

Punto de venta usa tres palabras para decir lo mismo.

Penthouse

Imposible de sustituir en español, pese a que en todas partes hay últimos pisos.

Prêt-à-porter

No basta ni suena bien ropa de confección. Podría castellanizarse sin daño pret-a-porter.

Ranking

Es más preciso que lista, clasificación o escalafón. Ranquin (plural, ránquines) no vuela por feo.

Rating

Sí es lo mismo que índice de audiencia, pero gana en economía tres a uno.

Remake

Es más preciso que nueva versión o adaptación.

Resultar en

Lleva las de ganar en la batalla con dar por resultado, tener como consecuencia o dar como resultado.

Revival

Es un compendio de las alternativas propuestas: resurgimiento, recuperación, resucitación, renacimiento, retorno, regreso, evocación, repetición y remedo.

Sex-appeal, sexy

Estas palabras pierden el sex-appeal al ser castellanizadas como sexapil y sexi (plural, sexis) y son más exactas que atractivo, atractivo sexual, sensual y sensualidad.

Show, show business, show room

En vano se proponen espectáculo, función, gala, número, exhibición, mundo del espectáculo, salón de muestras, sala de exposiciones.

Shower

Les gana el partido a lluvia de regalos y a entrega de regalos tres a uno.

Software y hardware

Ni siquiera vale la pena citar las frases cursis que proponen los académicos y que no tienen la menor posibilidad de desplazar estos anglicismos.

Spam

Sí, es lo mismo que correo basura o correo no deseado, pero una vez más gana por brevedad y concisión.

Staff

Se propone una larga lista de opciones castellanas, ninguna de las cuales cubre todo el espectro.

Surmenage

Sí, hay agotamiento y sobrefatiga, pero ninguna de las dos tiene la elegancia dolida de este galicismo.

Thriller

No sirven película de terror/suspenso o novela de terror/suspenso justamente porque la palabra original combina los conceptos de terror y suspenso.

Timing

No es programación de fechas/plazos, ni distribución de tiempos/etapas ni calendario.

Tip

Hay consejo, sugerencia, idea, dato y pista, pero el anglicismo es breve y contundente, lo que garantiza su permanencia.

Top secret

Ninguna de las alternativas propuestas, altamente secreto, de alto secreto, muy secreto, absolutamente secreto o rigurosamente secreto, da la talla de esta fuerte expresión inglesa.

Voz en off

De nada sirven voz lejana, voz distante o voz de fondo.

Whisky

Si uno quiere hacer el ridículo, basta con que escriba güisqui, como proponen los académicos.

Hay varias palabras en las que se usa tanto la ortografía original como la castellanizada. Uno puede ir a un cabaret o a un cabaré, puede portar un carnet como un carné, puede comer curry o curri, puede cocinar un soufflé o un suflé, puede medir los diamantes en kilates o en quilates. Lo anterior quizá significa que en estas palabras la castellanización se impondrá al final, pero que no hay afán.

Americanismos

La palabra americanismo, usada en el sentido de "excepción americana", entraña un contrasentido, pues muy poco se habla de españolismos, pese a que las distintas regiones de España tienen cualquier cantidad de palabras, frases y construcciones que solo ellos entienden. Pues bien, de los 420 millones de hispanohablantes, cerca del 90% vive en el continente americano. De ahí que los americanismos sean seguramente más comunes que los españolismos. Use, pues, el idioma de su país sin preocuparse de qué dirán los académicos. Cuando viaje, notará que a veces otro hispanohablante no le entiende algo muy puntual. Sabrá entonces que está usando una palabra, frase o construcción local de su país o ciudad y quizá se divertirá. Pero no tiene sentido andar revisando el diccionario a ver qué americanismo fue aceptado por la RAE antes de usarlo o no. Otro cantar es que en cualquier país haya usos cultos, usos populares, usos vulgares y eufemismos locales. En esos casos sí conviene distinguir, no sea que lo pillen fuera de base (la frase, muy común en América Latina, viene del béisbol).

VI. EDICIÓN, CORRECCIÓN Y VERSIÓN FINAL

...la esencia de escribir es reescribir”.

WILLIAM ZINSSER

EL LECTOR

¿Quién es el lector, ese personaje sin el cual un texto es apenas una colección inerte de palabras? Todo escritor tendrá para este fantasma de carne y hueso una definición distinta. Una cosa, sin embargo, es segura: a menos que sea su subordinado directo, no está ahí por obligación, de modo que si se aburre se va. ¡Tiene tantísimas opciones hoy en día! Lo más probable es que su texto le interese apenas medianamente. Lo tomó en sus manos y eso ya es ganancia, no garantía.

El lector, al menos el que vale la pena, debe presumirse inteligente y sofisticado, aunque también haya que asignarle una memoria huidiza e inconstante. Su actitud es paradójica: sabe que va a ser manipulado. Así que si usted no lo espanta, el lector experimentado no solo se dejará, sino que eso es justamente lo que desea: ser manipulado por una mano diestra, que ojalá no se note.

Aventuremos, pues, una respuesta provisional a la pregunta sobre la identidad del lector diciendo que si usted no es ese lector, sí será uno de ellos, el más importante.

LA EDICIÓN Y LA CORRECCIÓN

Otra paradoja de la escritura es que mientras la persona inexperimentada publica un texto sin pensarlo dos veces, los profesionales tienen rituales complicados a la hora de poner el punto final. Cómo será, que hay escritores que incluso vuelven a pasar a limpio la totalidad de un texto, largo o corto, para obligarse a revisarlo frase por frase. ¿Por qué? Porque entre ellos hay dos reglas no escritas: 1) un texto siempre es susceptible de ser mejorado, y 2) un texto siempre tiene defectos que solo se ven cuando sale publicado. Son dos caras de la misma moneda.

Recordemos por un instante la intención original de este manual: ayudar a nuestros lectores a superar una escritura deficiente y darles elementos para que con el tiempo se conviertan en prosistas dinámicos y divertidos. Atrás, en el capítulo dedicado a la semilla y la técnica, propusimos varias maneras para iniciar y desarrollar un texto. Aquí nos interesa reflexionar brevemente sobre el proceso de corrección final antes de entregarlo al verdugo.

Aunque la idea es que cada cual diseñe un esquema propio, veamos algunos procedimientos de edición que les funcionan a personas experimentadas a quienes consultamos. Supongamos, en gracia de discusión, que usted ya ha llegado a un borrador que tiene la longitud que buscaba y contiene todo lo que quiere decir. ¿Cómo proceder en forma práctica para mejorar una última vez lo escrito? El orden no es estricto, si bien resulta obvio que algunas cosas se deberán hacer antes que otras.

1. Corregir en caliente puede llevarnos a omitir el error, así que si no tiene demasiada urgencia, deje descansar el texto una hora, dos horas, un día, tres días, una semana, un mes o hasta más. El olvido es un profiláctico poderoso. Lo normal es que con la demora una parte del texto pase del consciente al inconsciente y nos permita una lectura desprevenida.

2. No les tenga miedo a las manías. Organice los tipos de letra, homogenice las formas de los párrafos, el interlineado, las sangrías, elimine los dobles espacios

involuntarios y los espacios antes y después del punto aparte. Todo ello es posible recurriendo a la función de “reemplazar” que ofrecen los procesadores de palabras. Le parecerá una exageración, pero no lo es. Además del efecto estético, este proceso tiene otro preventivo. De las manías que vienen con la escritura, pulir la presentación en el borrador es una de las más útiles.

3. Lea de corrido el texto en la pantalla e introduzca correcciones. Tenga en cuenta que la primera lectura tras cualquier lapso de descanso es de lejos la más importante. Lo que le diga el lápiz rojo mental en ese momento amerita atención. Cualquier relectura inmediatamente posterior tiende a volverse complaciente. Conviene creerle a la voz débil que todos llevamos adentro, llamada intuición por otras escuelas. Algo en el texto le llamará la atención, como si fuera una mancha en un dibujo. Allí podrá haber algún problema, así al rompe usted no sepa cuál es. Señálelo para que no se le pierda, por ejemplo, resaltándolo en color. Detecte palabras o expresiones notorias. Es probable que sean ellas las que están más repetidas de la cuenta. Esté atento a rimas internas inconvenientes, a redundancias o repeticiones, a problemas en el orden de los párrafos, a posibles fragmentos monótonos, a una sintaxis demasiado plana o demasiado barroca, según.

Vamos a suponer que la conjunción pero es una de esas palabras cuya sobreabundancia usted sospecha. Pídale a la función que tiene todo procesador de palabras resaltar cada una de estas expresiones:

• pero, aunque, pese a, a pesar, si bien

También puede, si tiene tiempo y paciencia, usar la función de “reemplazar” para que todas estas expresiones queden resaltadas en color.

Cuando vea el panorama completo, lo más seguro es que encuentre un pasaje en el que hay demasiados peros. No cambie por fuerza el primero, sino aquellos que se dejen cambiar con facilidad. No olvide que muchas veces la expresión se puede suprimir del todo.

Proceda en forma análoga con otros grupos de expresiones sobre los que haya sospechado un exceso. No tiene sentido repasar todos los que incluimos en el

capítulo 3. Tener un estilo, así sea inconsciente, también implica que uno tiende a usar una expresión en vez de otra equivalente. Es necesario detectar, mediante la práctica, cuál es esa expresión o esas expresiones que se deslizan en nuestra prosa con mayor frecuencia. Los siguientes grupos son típicos:

• adverbios en mente

• sin embargo, no obstante

• más

• cómo, como

• también, además, igualmente, asimismo

• pues, porque, por qué

• quizá(s), tal vez, a lo mejor

• después, luego, tras

4. Enderece lo torcido y repita el proceso del punto 3 al menos una vez.

5. Regrese al texto en blanco y negro y repase las construcciones verbales. Si puede suprimir algún verbo auxiliar sin demérito expresivo, hágalo. Igualmente repase las expresiones de duda o de matiz y ensaye a prescindir de ellas. Suelen sobrar.

6. Traicione a San Jerónimo (el inventor de la lectura silenciosa) e imprima el texto (ojalá en papel usado por una cara) para leerlo en voz alta. ¿Teme hacer el oso? Cierre la puerta del estudio antes, pero hágalo. Tome un lápiz o un bolígrafo de color distinto al de la tinta de la impresora y prepárese. Las cacofonías, los errores de ritmo y las incongruencias saltarán a la vista de inmediato como conejos asustados por la luz. Hallará que ese texto que tan resuelto le parecía en la pantalla tiene numerosas imperfecciones que usted solo detecta al leerlo en voz alta desde el papel. Anote las correcciones. Una vez haya

terminado la lectura, pase las correcciones en la pantalla.

7. Repita el proceso de impresión y lectura en voz alta una o más veces hasta que sienta que el texto fluye bien.

8. Según la importancia de lo que está escribiendo, pida a una persona de confianza que lea su escrito y oiga las críticas. Recuerde que su teclado todavía tiene la tecla de “suprimir”, cuyo uso ponderado conduce a mejoras en casi cualquier texto. Una vez entregado o publicado, ya no habrá remedio.

9. Envíe el texto a su destino final. Es posible que después, cuando lo vea impreso, sienta decepción y detecte errores que no vio en el proceso de corrección. No se preocupe, eso le debió pasar también a Shakespeare.

VII. CODA

Las palabras constituyen la droga más potente que ha inventado la humanidad”.

RUDYARD KIPLING

UN MANUAL COMO EL QUE USTED ESTÁ TERMINANDO de leer se parece a un entrenador deportivo. Todos los que toman sus clases aspiran a jugar mejor. Unos querrán progresar para no perder el partido de tenis que juegan los fines de semana con el vecino arrogante que luego se los echa en cara; otros querrán volverse profesionales y alguno aspirará a tener una alta figuración en el ranking. El entrenador, si es serio, insinuará que existen dos círculos en los que sus pupilos pueden inscribirse: uno vicioso y otro virtuoso. El círculo vicioso es el de quienes no saben jugar, juegan poco y pierden casi siempre los partidos. El virtuoso es definido por una paradoja: quien juega bien es porque juega con frecuencia, pero quienes juegan con frecuencia suelen ser quienes juegan bien. El buen entrenador les dirá a sus pupilos que sus cursos no les garantizan nada, pero que si ponen de su parte les ayudarán a pasar de un círculo al otro.

Siguiendo con nuestro símil, el propósito de un deportista es jugar, no aprender teorías. El entrenador competente inculcará buenos hábitos y ganas. Esos dos elementos son lo esencial. Oigamos lo que decía Paul Gallico, un reconocido columnista deportivo del New York Daily News: “Si uno quiere ser escritor, nada sustituye el hecho de escribir. Hablar y pensar bellos pensamientos al respecto no es suficiente. La escritura es un músculo y mientras más lo usa, más flexible y útil se vuelve”. O sea, ¿quiere escribir bien? Tendrá que escribir con frecuencia, porque es imposible que un tenista que juegue un partido cada dos años llegue a jugar bien. Si adquiere buenos hábitos y se ejercita, más pronto de lo que cree las cosas empezarán a salirle claras, limpias, expresivas y divertidas.

La lectura es una fuente de inspiración insustituible para la escritura, incluso la lectura con destornillador que sugirió García Márquez en su ensayo, “En busca del Silva perdido”. “He repetido mucho que los novelistas no leemos solo por placer sino por la curiosidad malsana de saber cómo están escritas las novelas de los otros. Aun si uno no se lo propone, cada paso cedemos a la tentación de voltear la página al revés para ver cómo está escrita, y desatornillar diálogos, situaciones, caracteres, hasta desentrañar su mecánica secreta. No hay otro método para aprender a escribir novelas, pero lo malo es que uno termina por no saber leer de otro modo”. El dichoso destornillador de Gabo no es útil nada más para quien escribe novelas; le sirve a cualquiera.

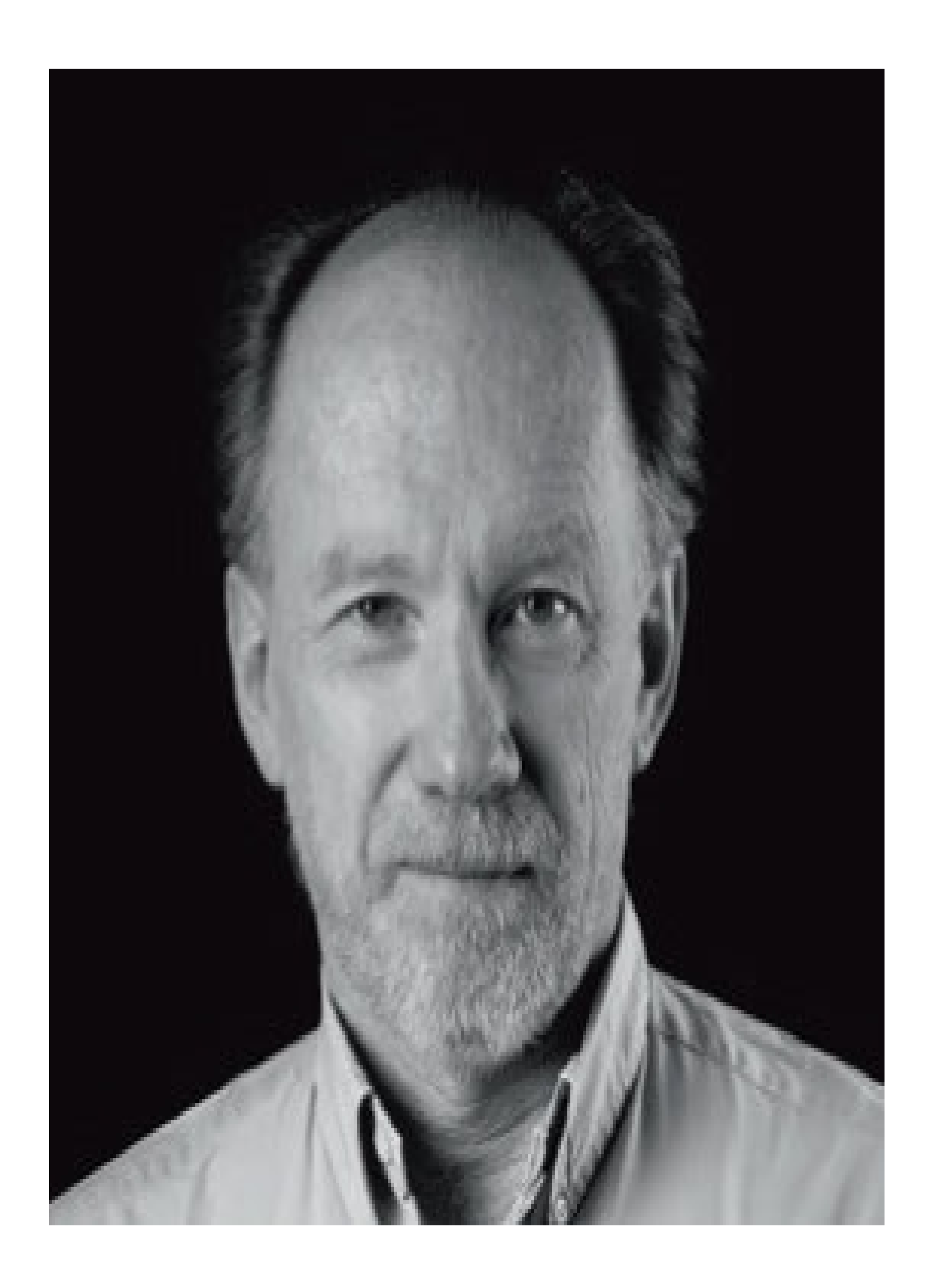
Escribir es una ocupación seria y no lo es. Si no hay seriedad, lo más corriente es que una incurable banalidad se apodere del texto, pero sin el componente divertido y alegre, la escritura suele resultar tediosa, pesada, obligatoria... seria. Al escribir hay que permitirse una dosis de infancia, una dosis de juego, una dosis de irreverencia, tras las cuales el mensaje de fondo tenderá a adquirir más potencia. Quizás la vieja fórmula del juramento judicial no sea un mal consejo literario: diga la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, entendiendo que también hay verdad en los adornos necesarios.

¿Qué sigue, aparte de sentarse a escribir con ganas y destornillador todos esos mails que tiene represados y esa columna que le pidieron y que no se ha atrevido a entregar? Lo dicho, lea. Por ejemplo, otros manuales de escritura. Si sabe inglés, los publicados en ese idioma son mejores, más prácticos, menos doctrinarios que los disponibles en español. Hallará allí sistematizados varios asuntos que aquí apenas enunciamos.

Aunque este manual está escrito para que cualquiera lo pueda leer y explorar en soledad, parece preferible abordarlo de la mano de un profesor, ojalá uno que sepa escribir y escriba con frecuencia. Los títulos académicos de esta persona son lo de menos. Sirven escritores de todas las ramas y periodistas experimentados. También sirven pedagogos, con la aclaración de que antes deben demostrar habilidad para expresarse por escrito con claridad y agilidad. Lo que garantiza un mal resultado es que intente enseñar a escribir quien no sabe hacerlo. Eso equivaldría a que enseñe contabilidad una persona que no sabe sumar y restar.

Terminemos con una última paradoja. Una vez usted haya adquirido los buenos hábitos que hemos querido inculcarle, de tarde en tarde podrá mandarlos a la

porra y tomarse, digamos, tres whiskies retóricos de más. Eso no lo hará un alcohólico verbal. Lo que hace daño es emborracharse consuetudinariamente sin percatarse. Así, podrá parecer casi inmoral decirlo de ese modo, pero al final de un libro como este lo que uno espera es que los lectores se vuelvan desobedientes y aspiren a la infidelidad. O sea que lo envíen a uno muy tranquilamente al carajo.



ANDRÉS HOYOS RESTREPO

(BOGOTÁ, 1953)

andreshoyos@elmalpensante.com

Ha publicado nueve libros: las novelas Por el sendero de los ángeles caídos (1989), Conviene a los felices permanecer en casa (1992), La tumba del faraón (2000), Vera (2002); el libro de relatos Los viudos (y otros cuentos) (1994); antologías de poemas de Silvia Plath (1993) y de Paul Verlaine (1995); una versión del Sueño de una noche de verano de Shakespeare (2000) y Gotas cordiales, un libro de aforismos y textos cortos (2003). En marzo de 2016, Libros Malpensante publicó su nueva novela titulada Los hijos de la fiesta.

En cuanto al periodismo, ha venido escribiendo para diversos medios desde hace 25 años. Sin embargo, es conocido principalmente por haber fundado en 1996, junto a varios amigos y colaboradores, la revista El Malpensante, la cual dirigió durante doce años. Desde mayo de 2008 escribe una columna semanal en El Espectador y está activo en Twitter como @andrewholes.